

EL LLAMADO A LA SANTIDAD: DE GLORIA EN GLORIA

REPORTE DE LA COMISIÓN MIXTA
INTERNACIONAL PARA DIÁLOGO ENTRE
EL CONCILIO MUNDIAL METODISTA
Y LA IGLESIA CATÓLICO ROMANA



2016 DÉCIMA SERIE



PREFACIO

Este reporte ha sido preparado por la Comisión Mixta Internacional para diálogo entre el Concilio Mundial Metodista y la Iglesia Católica Romana para presentarlo al Concilio Mundial Metodista que se reúne en Houston, Texas, EE.UU., en 2016 y al Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Éste es el décimo reporte de este tipo publicado en los últimos cincuenta años desde que se estableció la Comisión en el 1967 tras el Concilio de Vaticano Segundo (1962-65). Cada reporte investiga temas que han causado divisiones históricas en la doctrina cristiana con el fin de identificar el grado de convergencia entre católicos y metodistas, e identificar áreas donde mayor diálogo es necesario. El trabajo de la Comisión ha sido publicado para ser estudiado dentro y más allá de nuestras dos comuniones, y para documentar la profundización de la comunión en la fe entre católicos y metodistas.

En los últimos reportes, la Comisión ha adoptado la práctica de referirse a “metodistas” y “católicos” (en vez de “católico romanos”) sin implicar que los metodistas dejen de ser cristianos católicos. Con la excepción de citas directas de otros documentos, incluyendo sus propios reportes anteriores, la Comisión ha adoptado nuevamente esta práctica. Aquí “metodistas” y “católicos” denota los miembros de nuestras dos comuniones mundiales, denominados a veces con otros términos como wesleyanos o nazarenos, católicos de rito latino o católicos de rito oriental. Sin embargo, como el uso del término “Iglesia Católica” es ambiguo, y como el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos nombró miembros los miembros católicos de la Comisión, este reporte se refiere a la “Iglesia Católica Romana.” El actual reporte construye sobre los fundamentos teológicos arduamente asentados en reportes previos e idealmente será leído en conjunto con estos reportes anteriores, originalmente publicados en forma impresa (y subsecuentemente reimpresos por el Concilio Mundial de Iglesias en tomos que recopilan los reportes de los diálogos bilaterales a nivel mundial bajo el título de *Crecimiento en Acuerdo* y están ahora disponibles en el sitio de red del Vaticano y en el sitio de red del Concilio Mundial Metodista.

La fase inicial de este diálogo fue exploratoria, notando áreas de acuerdo básico en dos breves reportes: *El Reporte de Denver* (Denver, 1971) y *Crecimiento en Acuerdo* (Dublín, 1976). Una segunda fase emprendió una investigación más detallada sobre temas teológicos centrales: *Hacia una declaración de acuerdo sobre el Espíritu Santo* (Honolulu,

1981); *Hacia una declaración sobre la Iglesia* (Nairobi, 1986); *La tradición apostólica* (Singapur, 1991); *La palabra de la vida: Una declaración sobre la revelación y la fe* (Río de Janeiro, 1996); y *Hablando la verdad en amor: La autoridad para enseñar entre los metodistas y los católicos romanos* (Brighton, 2001). Desde entonces la Comisión ha concentrado su atención en la iglesia y los sacramentos, observando convergencias significativas en dos reportes notables: *La gracia que os ha sido dada en Cristo: Los católicos y los metodistas reflexionan más sobre la iglesia* (Seúl, 2006); y *Encontrando a Cristo el Salvador: Iglesia y Sacramentos* (Durban, 2011). En cada caso, el lugar de publicación denota el lugar donde el Consejo Mundial Metodista se reunía al momento de aprobar el reporte.

En 2011, la Comisión publicó el texto, *Juntos a la Santidad: 40 años de diálogo metodista y católico romano*, una síntesis que resumía el estado actual de consenso y convergencia en una serie de temas sobre la doctrina cristiana que fueron documentados en los primeros ocho reportes. Este texto provee un útil repaso de nuestro diálogo bilateral desde 1967 al 2007 pero no pretende suplantar los reportes originales.

La convergencia documentada en el actual reporte es el resultado no solamente de las conversaciones bilaterales sostenidas desde el reporte de Durban (2011), sino también de los últimos cincuenta años de diálogo entre católicos y metodistas a nivel mundial, tal como indican las numerosas referencias a los reportes previos de la Comisión. Como de costumbre, estos son citados por el topónimo que asocia cada reporte a un lugar, y por su número de párrafo (como: Nairobi §20).

Los miembros de la Comisión, nombrados en igual número por el Concilio Mundial Metodista y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, incluyen teólogos y teólogas profesionales competentes en áreas de investigación relevantes, al igual que otras personas con capacidad y experiencia en ecumenismo, y aquellos que ejercen ministerios de supervisión como obispos y líderes eclesiales. Al designar los miembros, se ha tomado en cuenta la necesidad de representar nuestra diversidad geográfica.

Para poder aprender más de la variedad regional en cuanto a las relaciones ecuménicas, la cultura eclesial, y el contexto social de los metodistas y los católicos, la Comisión se reunió en una variedad de lugares: Buenos Aires, Argentina (2012); Atlanta, EE.UU. (2013); Asís, Italia (2014); y Kuala Lumpur, Malasia (2015). Un subcomité se reunió en Boston, EE.UU. en marzo 2015, y nuevamente en Roma, Italia en marzo 2016 para finalizar el texto para publicación.

La naturaleza del diálogo ecuménico requiere que gran parte del tiempo disponible se dedique a conversaciones teológicas. Sin embargo, no se debe omitir la dimensión espiritual, porque el diálogo no es un mero ejercicio intelectual, sino que envuelve siempre un encuentro personal. Al reunirse los miembros de la Comisión, el ecumenismo espiritual nos llevaba a una experiencia cada vez más profunda de la

comunión real, aunque imperfecta que ya existe entre los metodistas y los católicos por nuestro bautismo en el cuerpo de Cristo. Cada día, dondequiera que la Comisión se reunía, el diálogo transcurrió en un contexto de oración compartida y en un lugar donde los miembros podían interactuar con comunidades locales de metodistas y católicos.

En la conclusión al reporte de Durban (2011), la Comisión señaló su intención en cuanto a la dirección futura al trazar un tema nuevo para la investigación: “Concierne toda la cuestión sobre la experiencia de la salvación y la respuesta del creyente al don de la gracia de Dios. Los católicos y metodistas denotan distintos énfasis en sus modos de hablar sobre este tema, lo que parece suponer varias materias en las cuales usualmente divergen” (Durban §197). El actual reporte cumple con esa intención.

Como la gracia y la santidad son centrales para la vida cristiana, el estudio teológico es ilustrado eficazmente con ejemplos prácticos para vivir en santidad. Por tanto, el reporte está ilustrado con referencias a las vidas ejemplares de personajes de las tradiciones católicas y metodistas.

Este reporte está dedicado a dos destacados embajadores ecuménicos y antiguos presidentes de la Comisión. El Obispo Michael Putney (+2014) de Townsville, Australia, que sirvió como co-presidente católico desde 1996 hasta ser diagnosticado con cáncer terminal en 2012. El Reverendo Geoffrey Wainwright, Profesor de Teología en la Universidad de Duke, Carolina del Norte, EE.UU., que sirvió como co-presidente metodista entre 1986 a 2011. Damos gracias a Dios por su colegialidad y por su servicio dedicado al ecumenismo.

Obispo Donald Bolen
Co-Presidente Católico

Reverendo, Dr. David M. Chapman
Co-Presidente Metodista

Los miembros de la Comisión:

Católicos:

Obispo Donald Bolen (Co-Presidente), Canadá (desde 2013)

Obispo Michael Putney (Co-Presidente), Australia (2012)

Reverendo Mark Langham (Co-Secretario), Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (2012)

Reverendo Anthony Currer (Co-Secretario), Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (desde 2013)

Sor Dra. Lorelei Fuchs, USA

Reverendo Dr. Gerard McCarren, USA

Obispo Joseph Osei-Bonsu, Ghana

Reverendo Dr. Jorge Scampini, Argentina

Obispo John Sherrington, Inglaterra

Dra. Clare Watkins, Inglaterra

Metodistas:

Reverendo Dr. David M. Chapman (Co-Presidente), Gran Bretaña

Reverenda Dra. Karen Westerfield Tucker (Co-Secretaria), EEUU

Reverendo Dr. Young-Ho Chun, Korea/EEUU

Reverendo Dr. Edgardo Colón-Emeric, EEUU

Reverendo Dr. James Haire, Australia (2012-13)

Reverendo Dr. Trevor Hoggard, Nueva Zelanda

Obispo Chikwendu Igwe, Nigeria

Reverendo Dr. Reynaldo Ferreira Leão Neto, Brasil/Gran Bretaña

Reverenda Dra. Priscilla Pope-Levison, EEUU (desde 2014)

El status de este documento

El Reporte aquí publicado es la labor de la Comisión Internacional de Diálogo Metodista-Católico. Los miembros de la Comisión fueron nombrados por el Concilio Mundial Metodista y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos de la Santa Sede. Las autoridades que nombraron la Comisión ahora han autorizado que este Reporte sea publicado para que sea discutido ampliamente. Es un reporte de la Comisión Mixta, no una declaración oficial de la Iglesia Católico Romana o del Concilio Mundial Metodista, las cuales estudiarán el documento a su debido tiempo.

JESÚS Y ZAQUEO (LUCAS 19:1-10 NVI)

Jesús llegó a Jericó y comenzó a cruzar la ciudad. Resulta que había allí un hombre llamado Zaqueo, jefe de los recaudadores de impuestos, que era muy rico. Estaba tratando de ver quién era Jesús, pero la multitud se lo impedía, pues era de baja estatura. Por eso se adelantó corriendo y se subió a un árbol sicómoro para poder verlo, ya que Jesús iba a pasar por allí. Llegando al lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: "Zaqueo, baja en seguida. Tengo que quedarme hoy en tu casa." Así que se apresuró a bajar y, muy contento, recibió a Jesús en su casa. Al ver esto, todos empezaron a murmurar: "Ha ido a hospedarse con un pecador". Pero Zaqueo dijo resueltamente: "Mira, Señor: Ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes y, si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces la cantidad que sea."

"Hoy ha llegado la salvación a esta casa", le dijo Jesús, "ya que este también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido."

El encuentro entre Jesús y Zaqueo en el evangelio de Lucas es una historia de la gracia divina y del llamado a la santidad. Zaqueo, un personaje inmerecido, es a pesar de todo aceptado gratuitamente por Jesús y adentrado en una relación salvífica con el Señor, que transforma toda su antigua manera de ser, egocéntrica e interesada, en un vivir en santidad. Al recibir el llamado de Jesús, Zaqueo inmediatamente decide hacer satisfacción por todo su pasado pecaminoso prometiendo donar la mitad de sus bienes a los pobres y repagar al cuádruple a todos los que él hubo defraudado.

El trasfondo de detalles de este evangelio refuerza la operación del drama de la gracia divina y su poderoso efecto salvífico. Jericó, siendo una ciudad fronteriza, era una importante estación de aduana y una de las ciudades más ricas de Palestina. Esta se beneficiaba económicamente de su ubicación en la parte más fértil de Judea y se beneficiaba políticamente de ser el lugar de un palacio de Herodes. En conjunto, las oportunidades para imponer tarifas de aduana y recaudar otros impuestos eran muchas. Como jefe de los recaudadores de impuestos, Zaqueo era responsable de la recaudación de los impuestos y las tarifas de aduana. Además supervisaba oficiales a su cargo. En tal

puesto de poder, Zaqueo tenía muchas oportunidades para amontonar su riqueza personal por medio de las trampas y la explotación.

Zaqueo podía poseer riquezas y un puesto oficial, pero era un marginado social ya que los judíos por lo general despreciaban a los recaudadores de impuestos como traidores a Israel. Él estaba manchado por su ocupación odiosa y corrompida por la avaricia. A los ojos de sus compatriotas, la bajeza de la estatura de Zaqueo era algo más que física. Era un don nadie, indigno de estar en la compañía de judíos decentes. Desde su solitario punto de observación en el árbol de sicómoro, Zaqueo podría ver a Jesús sin ser visto por la muchedumbre.

A pesar de la intención y acción previa de Zaqueo, la verdadera iniciativa en la historia pertenece a Jesús. En el evangelio de Lucas, Jesús tiene una asombrosa intuición sobre los asuntos secretos de otros. Por tanto, Zaqueo no permanece oculto a Jesús, quien se acerca a su observador anónimo en un encuentro personal que vivifica. Al invitarse a sí mismo al hogar de Zaqueo, Jesús hace algo asombroso y significativo, pues no importa cuán alta sea su clase social, los judíos normalmente no se invitarían a sí mismos al hogar de otra persona. Además, los judíos escrupulosos como los escribas y fariseos jamás entrarián en el hogar de un recaudador de impuestos o comerían su comida (algo implicado en la extensión de hospitalidad). Al recibir a Jesús como huésped, Zaqueo ya no es un marginado.

Los espectadores se escandalizaron ante el reconocimiento social que Jesús otorga a un pecador tan notorio. Sin embargo, la aceptación generosa por parte de Jesús produce un cambio profundo en la situación de Zaqueo y transforma su vida interiormente y externamente. Zaqueo responde repartiendo la mitad de su fortuna para satisfacer las necesidades de los pobres y para reponer generosamente por sus injusticias pasadas en una manera muy práctica para vivir en santidad. Por tanto, su acto de restitución sobrepasa por mucho la ley farisea, que solamente requería reponer el cuádruple o quíntuple de bueyes y ovejas robadas, y solamente si éstas eran matadas o vendidas ante un número específico de testigos. En contraste, el acto de restitución extravagante de Zaqueo se asemeja a las historias antiguas del discipulado, en las que la entrega radical de los bienes personales era una señal contundente de la recién adquirida devoción al Maestro. En esta manera, Lucas afirma enérgicamente que Zaqueo ha entrado en una relación salvífica con Jesús.

A través de su evangelio, Lucas identifica la presencia de Jesús con la venida del Reino de Dios y con una salvación inmediata para los marginados como Zaqueo. En Jesús, “[Dios] nos envió un poderoso salvador en la casa de David su siervo” (Luc 1:69). En la sinagoga de Nazaret, Jesús anuncia que el oráculo de salvación de Isaías se había cumplido “hoy” (Luc 4:21). Apropiadamente, Zaqueo el arquetípico del marginado, ha recibido salvación “hoy”. Donde abunda la gracia, llega la santidad.

INTRODUCCIÓN

1. La historia de Zaqueo en el evangelio de Lucas ilustra bellamente cómo un Dios amoroso llama gratuitamente a toda la gente a responder a la invitación a vivir en santidad en relación familiar con Dios. Desde una perspectiva cristiana, tal relación es hecha posible por la vida, muerte, resurrección, y ascensión de Jesucristo y por el poder vivificante del Espíritu Santo. Católicos y metodistas describen la respuesta cristiana a esta invitación en término similares como crecimiento en gracia y santidad por medio de una relación cada vez más profunda con Jesucristo (Denver §55).
2. Este acuerdo sobre la vida cristiana—un acuerdo que será consolidado y desarrollado en el actual reporte—esta encapsulado en la idea evocativa del “llamado a la santidad”. Para los católicos, esta idea hace eco de las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo sobre “El llamado universal a la santidad en la Iglesia” (LG, Capítulo 5); para los metodistas se identifica con la misión histórica del metodismo de “expandir la santidad escritural por la tierra”.¹
3. El llamado a la santidad es relacional, dinámico, y holístico; relaciona al Dios que llama y a los hombres, individualmente y comunitariamente, que responden al llamado de Dios en sus particularidades históricas y contexto cultural. El llamado a la santidad relaciona al Dios que habla al mundo y a los que oyen y reciben la palabra divina. En el libro de Deuteronomio, Dios invita al pueblo de Israel a “escoger la vida” para que puedan vivir en plenitud (Deut 30:19), uniendo en amistad al Dios santo y a “un pueblo santo para el Señor” (Deut 14:2). El llamado a la santidad es una invitación transformadora a la vida en una comunidad nueva que gozosamente vive y proclama las buenas nuevas de Jesucristo: “ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2:9).

¹ ‘Large Minutes’ (1763), WJW 10:845.

4. Titulado *El llamado a la santidad*, este reporte considera cómo los católicos y los metodistas entienden la naturaleza y efecto de la gracia divina sobre la persona humana y las implicaciones de esto para la vida cristiana. De esta manera, investiga la gracia y la santidad no solamente como conceptos teológicos, sino en relación con su lugar central en la vida cristiana. Pues el Dios de gracia llama a la gente a vivir en santidad en relación de comunión o compañerismo (*koinonia*) con la Santísima Trinidad y del uno con el otro.
5. El llamado a la santidad es también un llamado a la unidad en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Jesús oró por sus discípulos para que fueran santificados en la verdad y así pudieran ser uno (Jn 17:17, 21). La santidad y la unidad cristiana caminan juntas como aspectos gemelos de la misma relación con la Trinidad de tal modo que la búsqueda de una de estas implica la búsqueda de la otra. La meta del diálogo entre los católicos y los metodistas sigue siendo la de plena comunión de fe, misión y vida sacramental (Nairobi 20).
6. Entre los fundamentos teológicos del reporte, tres son especialmente notables. El primero es la misión trinitaria en la historia de la salvación como atestiguada en las escrituras y la tradición. El reporte de Honolulú (1981) establece un acuerdo significativo en el entendimiento de la persona y obra de Dios Hijo en relación a la persona y obra de Dios Espíritu Santo, en el diseño y propósito de Dios Padre en la creación y redención. El segundo fundamento es *La declaración metodista de asociación a la declaración conjunta sobre la doctrina de justificación* entre la Iglesia Católico Romana y la Federación Mundial Luterana (MAJDDJ) (2006/1999), que es una declaración acordada sobre ciertos elementos básicos sobre la naturaleza y efecto de la gracia divina y su relación con las obras de misericordia y piedad. El tercer fundamento es el tema que fue explorado muy fructíferamente en el reporte de Durban (2011): la participación en común de los cristianos en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo.
7. El reporte presente está dividido en tres partes. La primera parte, que incluye los primeros dos capítulos, esboza una antropología Cristiana en común y un entendimiento sobre la naturaleza y efecto de la gracia divina y la santidad en relación a la persona humana, notando ciertos aspectos donde los metodistas y católicos todavía difieren en maneras significativas. La segunda parte, que incluye los cuartos y quintos capítulos, apela a un entendimiento en común sobre la gracia y la santidad para investigar elementos particulares para vivir en santidad en la comunión de los santos. La tercera parte, que incluye el quinto capítulo, ofrece un resumen de las convergencias y divergencias de este reporte e investiga como los

frutos del diálogo pueden tener un efecto transformador en las comunidades católicas y metodistas. Un apéndice incluirá una selección de oraciones pertinentes de nuestras dos tradiciones.

8. Para ayudar al lector, puede ser útil resumir el contenido de cada capítulo. El primer capítulo, “El misterio del ser humano”, articula una antropología cristiana como fundamento teológico para los capítulos siguientes. Éste considera: lo que significa para el ser humano el ser creado a imagen y semejanza de Dios en relación al resto de la creación; la caída y sus efectos sobre la humanidad y la creación; el anhelo de la reconciliación; y la persona de Jesucristo como la medida en plenitud del ser humano. Los católicos y los metodistas pueden decir mucho en conjunto sobre el papel de la humanidad en el plan y propósito de Dios.
9. La antropología cristiana está estrechamente ligada al estudio de la salvación o soteriología. El segundo capítulo, “La obra divina de la re-creación de la humanidad”, describe la obra salvífica de Cristo y la obra del Espíritu Santo en la mediación de la gracia antes de enfocarse sobre tres aspectos particulares: la gracia que capacita, la gracia que justifica, y la gracia que santifica. El capítulo también trata los temas que han sido históricamente divisivos como el “mérito” que se acumula por las buenas obras de misericordia y piedad, y el tema de la “certeza” cristiana.
10. Al igual que la antropología cristiana lleva a la soteriología, la consideración de la obra salvífica de Cristo es inseparable de la eclesiología, ya que la experiencia de la gracia y la santidad siempre está orientada hacia la formación de relaciones en la Iglesia y la transformación del mundo. El tercer capítulo, “El santo pueblo de Dios: los santos aquí”, considera los efectos personales y eclesiales de la gracia y lo que significa ser llamado por Dios a vivir en santidad en la Iglesia y el mundo. El capítulo describe la Iglesia peregrina como una casa de gracia. El vivir en santidad es descrito en relación con los sacramentos, el testificar al evangelio, las prácticas devocionales, y el servicio en el mundo.
11. Ya que los vivos y los difuntos están unidos en amor y adoración en la casa de la gracia, el Cuarto Capítulo, “El pueblo santo de Dios, los santos allá”, considera el efecto escatológico de la gracia, y lo que esto significa para una comunión entre los santos que transciende la muerte. El capítulo explora un número de temas relacionados: la muerte y la esperanza de la resurrección; el juicio; la purificación y crecimiento en gracia más allá de la muerte; la oración por los santos difuntos; la intercesión de los santos difuntos y María, la Madre de Jesús; el regreso del Señor; las imágenes sobre la

salvación final; y el cumplimiento del plan y propósito de Dios para la humanidad en el cielo nuevo y la tierra nueva.

12. El capítulo final, “Creciendo juntos en santidad: Oportunidades para testimonio, devoción, y servicio en común”, reflexiona sobre la íntima relación entre la santidad y la unidad. La obra de reconciliación entre nuestras comuniones mundiales es en sí una respuesta guiada por el Espíritu al llamado a la santidad. Al trazar el diálogo entre metodistas y católicos en los últimos cincuenta años, que nos ha llevado a consensos y convergencias significativas, el texto recalca que cada paso hacia una mayor comunión en la fe se debe traducir en acciones fructíferas en el sentido de oración común, testimonio y misión en conjunto, y en un compromiso renovado a la reconciliación, y una creciente relación con el Señor. El capítulo concluye con un resumen a modo de credo sobre lo que los católicos y metodistas han podido decir juntos en este documento, y plantea una serie de preguntas que han de discutirse a nivel local o regional sobre las implicaciones eclesiológicas prácticas de nuestros acuerdos y convergencias en la fe.
13. El subtítulo del reporte, *De gloria en gloria*, refleja la naturaleza transformadora del llamado divino a la santidad, como atestiguado por San Pablo: “Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu.” (2 Cor 3:18). Carlos Wesley utilizó esta frase al componer el himno, “Amor divino, excelso sobre todos los amores”,² un himno que todavía hoy se canta con frecuencia por metodistas y católicos. El resumen de la vida en Cristo en la última estrofa anticipa la consumación final del llamado a la santidad:

Completa ya tu nueva creación,
Puros y sin mancha déjanos ser;
Déjanos ver tu gran salvación
Perfectamente restaurados en ti;
Cambiados de gloria en gloria,
Hasta que en el cielo tomemos nuestro lugar,
Hasta que tiremos nuestras coronas ante ti,
Perdidos en asombro, amor, y adoración.

² WJW 7:547; publicado por Carlos Wesley, *Hymns for Those that Seek and Those that have Redemption in the Bood of Jesus Christ* (London: Straham, 1747), no. 9.

CAPÍTULO UNO

El misterio del ser humano: Creado por Dios y re-creado en Cristo a la comunión con Dios

14. Los seres humanos son misterios a sí mismos. Sin comunión con Dios, el ser humano está insatisfecho. Como San Agustín dijo tan célebremente: “nuestros corazones están inquietos hasta que alcanzan su reposo en ti”.³ Los humanos son creados con un deseo de Dios, pero el poder del pecado ha corrompido este deseo en maneras impuras. El corazón enfermo de pecado es buscado por el Espíritu Santo quien intercede “con gemidos que no pueden expresarse con palabras” (Rom 8:26) y testifica a los anhelos humanos de Dios clamando. “¡Abba! ¡Padre!” (Rom 8:15). Metodistas y católicos afirman que “El amor sobreabundante del Padre creó la humanidad para sí mismo, y que el mismo amor creador reúne los seguidores de su Hijo en la comunidad visible de la Iglesia” (Seúl §54).
15. Los humanos son hechos en la imagen de Dios. Esta afirmación es el punto de partida para reflexionar sobre la dignidad de todo ser humano y el llamado a la santidad. Aunque no es posible encontrar una antropología sistemática plenamente desarrollada en la Biblia, las escrituras ofrecen verdades profundas sobre la persona humana. Su testimonio **sobre el** misterio del humano comienza con la creación y alcanza su plenitud en el misterio de Cristo, Dios verdadero y humano verdadero. El Espíritu Santo que levantó a Jesucristo de entre los muertos (Rom 8:11) y que habló por los profetas (Ef 3:15) juega un papel crucial en la realización y revelación de este misterio. De esta manera, el plan de Dios, revelado en el don de la creación, es confirmado y re-creado en los misterios de la encarnación y la redención.

³ *Confesiones*, Libro I, Capítulo 1.

16. El punto de inicio de este capítulo es que la humanidad ha sido creada por y para Dios. Este punto es seguido por una evaluación de los efectos del pecado sobre la naturaleza humana y concluye con una reflexión sobre la re-creación de la humanidad en Cristo. La re-creación del primer Adán en el nuevo es un don de Dios, pero un don que solamente puede ser recibido por medio del arrepentimiento y la conversión. La re-creación del humano no significa la aniquilación de la naturaleza humana. La nueva creación no es de la nada (*ex nihilo*) sino de la vieja (*ex vetere*). La vieja creación no es desecharla sino transformada. Dios no dice “todas las cosas son nuevas”, sino “hago nuevas todas las cosas” (Ap 21:5). A fin de cuentas, el origen y destino del ser humano están relacionados a la identidad divina. Ésta es la razón por la cual, a la luz de la revelación, el tema de este capítulo no debe ser tratado como un acertijo que debe ser resuelto, sino como un misterio que se debe tratar con humildad y reverencia.

Creados con el don de la vida y llamados a la comunión con el creador

Creados para la relación con Dios

17. El relato de la creación en Génesis (Gen 1:1-2:4) declara la singularidad de los seres humanos con respecto a todas las otras criaturas: con la humanidad Dios completa su obra creadora. El lugar y misión especial de los seres humanos se basa en el hecho de que son creados a imagen de Dios (*imago Dei*) (Gen 1:27-27). Ser creado en la “imagen y semejanza” de Dios es un don y una responsabilidad. El ser humano ha sido creado para existir en relación con Dios, para que Dios le hable y escuchar y recibir la palabra de Dios, y para de este modo vivir en comunión con él. La santidad es otro nombre para esta comunión. El misterio de lo que significa ser hecho a imagen de Dios solamente se revela plenamente en Cristo (cf. 2 Cor 4:4; Col 1:15; Heb 1:3; Fil 2:6). Aunque es cierto que los humanos han sido creados de la nada (*ex nihilo*), también es posible afirmar que han sido creados de la plenitud (*ex plenitudine*) de Cristo mismo.

Creados para la relación con los otros

18. Desde el inicio, la humanidad ha sido creado varón y hembra (Gen 1:27). Génesis nos dice como Dios otorga una “compañera” a Adán, porque no es bueno que él esté sólo (cf. Gen 2:8, 20-24). Los seres humanos son seres sociales creados para vivir en relación. La interpretación contemporánea sobre el género es un tema controversial entre los cristianos y este documento no lo trata. En cuanto al llamado a la santidad es importante recalcar que las relaciones humanas se expresan no solamente en el matrimonio

sino también en las amistades y en los campos de la economía, la política y la cultura. La diferenciación sexual es una expresión fundamental pero no exclusiva de la dimensión social de la existencia humana.

19. En la visión cristiana, la dimensión social está fundamentada esencialmente en la Trinidad de Personas Divinas, revelada en Cristo. Dios no es un ser solitario, sino una comunión perfecta de Personas que viven en relación eterna la una con la otra. De modo analógico, los seres humanos, creados a imagen del Dios trino, también encuentran su identidad en relación con Dios, los unos con los otros, y el mundo. Sólo en el ejercicio de sus dimensiones sociales, y especialmente en la comunión y auto-entrega interpersonal, los seres humanos pueden ser auténticamente lo que son. En el encuentro con el otro como persona, los humanos se encuentran ante una imagen que no ha sido hecha por manos humanas. El lenguaje de “persona” se refiere no solamente a la identidad de cada individuo, sino también a la relación esencial con otros que forma la base de la comunidad humana. Ninguna persona como tal está sola en el universo en algún momento. Cada persona está siempre constituida con otras y está llamada a formar una comunidad con ellas. Los seres humanos encuentran su plenitud a condición de que la naturaleza esencialmente social de la propia humanidad se realice dentro de las relaciones de familia, comunidad, y sociedad. Ésta es la razón por la cual la ética y moralidad cristiana no puede reducirse a aspectos individuales, sino que respondiendo a todo lo que corresponde al ser humano, la moralidad alcanza también una dimensión social. Es sobre esta base antropológica que Juan Wesley dice: “El evangelio de Cristo no conoce de religión que no sea social; ni otra santidad sino social”.⁴

Creados para la relación con la creación

20. Según las escrituras, Dios creó a la humanidad en relación a la creación. Dios plantó el Jardín de Edén y asignó a Adán la tarea de nombrar los animales (Gen 2:9, 19-20). Estás historias ofrecen una antropología fecunda; los humanos son hechos para la comunión de los unos con los otros y son llamados a cuidar de la creación. Pero solamente vivirán si mantienen la relación con el Dios que los creó y que les dio la vida, y si se mantienen fieles a los mandamientos de Dios. La prohibición de comer “del árbol del conocimiento del bien y del mal” explica esto, pues “el día que de él comas, ciertamente morirás” (Gen 2:17). Ese árbol simbólicamente evoca los límites insuperables que el ser humano, como criatura, debe reconocer

⁴ Juan Wesley, Prefacio, *Hymns and Sacred Poems* (London: Strahan, 1739), p.viii.

libremente y respetar con confianza. Esto significa que la relación con Dios es esencial para la persona humana. Esta relación es la única dimensión absoluta que sirve de punto de referencia para toda otra relación. El ser humano fue creado para estar en armonía con Dios, la creación, y el prójimo. Otro nombre para esta armonía es la santidad, y uno de los obstáculos principales a la santidad es el rechazo de parte de la humanidad a aceptar como un don los límites que tiene como criatura.

21. Los humanos necesitan el mundo que los rodea para subsistir. Esto es una experiencia fundamental. Pero esta misma relación donde el ser humano depende del mundo, le permite percibir su transcendencia sobre el mundo. El trabajo humano es un fenómeno novedoso en el cosmos. El ser humano puede ser denominado “co-creador” porque con la creación del ser humano y su habilidad de transformar la realidad que lo rodea, algo nuevo surge: nuevas posibilidades se encuentran en la naturaleza que de otro modo nunca habrían sido alcanzadas. Estas posibilidades en la naturaleza, a su vez, son nuevas posibilidades para el mismo ser humano. Aun cuando están inmersos en el mundo, los seres humanos muestran por sus acciones que transcenden el mundo, que no son otro engranaje en la maquinaria. Aún más, los humanos experimentan una insatisfacción persistente con sus logros, entre lo que tienen y lo que todavía desean. Por tanto, no pueden esperar que el mundo les provea el sentido final de la vida. El mundo no puede satisfacer los deseos del corazón humano ni proveer un significado satisfactorio a la existencia humana. Sin embargo, el mundo está lleno de la gracia de Dios y al cuidar del mundo como ordena el creador, los seres humanos comienzan a vivir su vocación orientados hacia la comunión con el creador.
22. El testimonio de Francisco de Asís es una confirmación de que “la dignidad de la raza humana consiste en que es hecha a “imagen” de Dios para ser el representante real del rey de la creación al ejercer “dominio” sobre el mundo (Gen 1:26). Este “dominio” no implica una licencia para explotar la tierra, sino para [tutelarla y] cuidar de ella, [tal] como Dios lo hace” (HEFG §16). El Jardín de Edén es nombrado como el primer espacio designado para vivir esta vocación; fue un lugar de intimidad con Dios y armonía con la creación (Gen 2:8). Ahora, los humanos viven enajenados de esta realidad. A la vez, anhelan la restauración de esta armonía original. Este anhelo se encuentra en la raíz del llamado a la santidad. Según el Papa Francisco, “Por eso es significativo que la armonía que vivía san Francisco de Asís con todas las criaturas haya sido interpretada como una sanación de aquella ruptura” (*Laudato si*” §66).

El ser humano: alma y cuerpo

23. Los seres humanos son constituidos alma y cuerpo. Existiendo como cuerpo, los humanos están sujetos al tiempo y el espacio y son por tanto finitos y mortales. Existiendo como alma, los seres humanos transcenden el mundo y son llamados a la inmortalidad. Esta inmortalidad, la cual no tiene sentido alguno salvo en comunión con Dios, garantiza la continuidad del sujeto personal entre la vida presente y la plenitud de la resurrección en plena conformidad con el Cristo resucitado. Por tanto, toda consideración sobre la santidad, que sea auténticamente cristiana, descarta cualquier tipo de dualismo o reduccionismo. Una concepción de la perfección, que espera que el alma escape de su existencia corporal, es incapaz de reconocer la integridad del ser humano en su rica y compleja realidad.
24. El ser humano constituye una unidad misteriosa. La escritura describe en varias maneras la dimensión del cuerpo y del alma en el ser humano; éstas son necesarias para testificar la realidad elusiva que buscan describir. A pesar de esto, el ser humano en su totalidad es creado a imagen de Dios, y por eso el ser corporal es intrínseco a su identidad personal. Esta perspectiva excluye interpretaciones que reducen la imagen de Dios solo a un aspecto de la naturaleza humana o a una de sus cualidades o funciones.
25. La teología cristiana afirma que el cuerpo es bueno. El cuerpo es creado por Dios y sujeto a una transformación final en la resurrección. Las perspectivas negativas sobre el cuerpo, que de cuando en cuando han ofuscado el testimonio cristiano sobre el don de la materialidad, deben ser rechazadas. A la misma vez, el cuerpo es actualmente débil, caído, y necesitado de transformación. Como dice San Pablo, “nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo” (Rom 8:23).

La caída y sus efectos sobre la humanidad y la creación

El don de la libertad

26. Al ser creados a imagen de Dios para compartir la comunión de la vida divina, los seres humanos son constituidos con la capacidad de aceptar libremente esta comunión. Los humanos reciben el don de la libertad para poder amar. Esta libertad, como todos los aspectos de la existencia humana, es finita y limitada. La libertad significa no solamente la posibilidad de escoger entre varios bienes o posibilidades específicas, sino también y sobre todo, la capacidad de determinarse a sí mismo por sus propias decisiones. A pesar de los límites obvios que por ser criatura imponen condiciones al ser

humano, el poder de auto-determinación es real. Los metodistas y los católicos creen que “hay un orden moral real que está basado en Dios; [todos] están llamados a vivir responsablemente como individuos y en comunidad” (Denver §40). Uno debe hablar, por tanto, no solamente de libertad *de* impedimentos o restricciones, ya sean internos o externos, sino también de libertad *para* responder a la invitación de Dios a ser santos.

27. Pero con el don de la libertad también existe la posibilidad del fracaso. En vez de aceptar el bien supremo de participar en la vida divina, los humanos transgredieron los límites que constituían su existencia como criaturas. El ser humano, hecho por Dios en un estado de libertad para ser santo, abusó de esta libertad ante la incitación del Maligno (Gen 3). Aunque una tradición venerable de teólogos no ha dudado en identificar el “orgullo” como el primer pecado, los orígenes del pecado son misteriosos. En lenguaje metafórico, el relato escritural de la caída narra un evento primordial, un acto que tuvo lugar al comienzo de la historia humana. La revelación declara que toda la historia está marcada por esta falla original que los primeros padres de la raza humana, Adán y Eva, cometieron libremente. De hecho, éste es el mundo tal como lo encontramos, marcado por el bien pero también manchado por los seres humanos que repetidas veces tergiversan y dan la espalda a su relación con Dios, los demás, y la creación.

El fracaso de la libertad: la realidad del pecado

28. La escritura representa en vivo color las consecuencias trágicas de este primer acto de desobediencia. Adán y Eva inmediatamente pierden su santidad original (Gen 3). Ahora, la armonía en que se hallaban ha sido destruida. Ellos temen a Dios y lo perciben como alguien que protege celosamente sus privilegios divinos. Están enajenados de la creación en la cual Dios los había ubicado y sienten vergüenza de sus propios cuerpos. Como resultado de ese primer pecado, el mundo está desfigurado por el pecado. En él está el asesinato de Abel por manos de su hermano Caín y la corrupción que sigue en la estela de este acto de violencia. Igualmente, el pecado frecuentemente se manifiesta en la historia de Israel, especialmente como infidelidad al Dios del pacto y como transgresión de la Ley.

El ser humano enajenado de Dios

29. La realidad del pecado, expuesta por la revelación divina, resuena con la experiencia humana. Al examinar sus corazones, los humanos descubren que poseen inclinaciones hacia el mal y que están rodeados por una multitud de males que no pueden venir del buen creador. Cuando los seres humanos se niegan a reconocer a

Dios como su creador, tergiversan su relación correcta con su último fin y también su relación consigo mismos, los otros humanos, y todas las cosas creadas. Por tanto, los humanos están divididos en su interior. Consecuentemente, la vida humana implica un conflicto ineludible entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas. De hecho, los humanos encuentran que son incapaces por su propia cuenta de combatir los ataques del mal exitosamente y se sienten atados por cadenas (Rom 7:15ss).

30. Los metodistas y los católicos no consideran que la caída haya causado la destrucción de la *imago Dei*. La tradición católica siempre ha insistido en que el pecado puede desfigurar o deformar la imagen de Dios en el ser humano pero no destruirla. Similarmente, los metodistas enseñan que la caída de Adán y Eva manchó pero no destruyó la imagen de Dios. La persona pecadora sigue siendo un ser humano hecho a imagen de Dios.

No sin esperanza

31. Dios no abandonó al ser humano después de la caída. Al contrario, según Génesis 3:15, Dios continúa dirigiéndose a sus criaturas y misteriosamente anuncia la victoria venidera sobre el mal y la restauración de la humanidad de esta caída. La tradición católica lee el Génesis 3:15 como el primer anuncio del evangelio (*Protoevangelium*): el primer anuncio del “Nuevo Adán”, de una batalla entre la serpiente y la mujer, y sobre la victoria final de su descendiente. Los hermanos Wesley también escucharon en este versículo un anuncio del redentor, “semilla celestial de la mujer”, “el golpeador de la cabeza de la serpiente”, quien “aplastaría al enemigo que nos aplastó a todos”.⁵ Los metodistas y católicos afirman en común que los propósitos salvíficos de Dios para la humanidad son evidentes desde el principio.
32. El amor de Dios por sus criaturas caídas se hace concreto en la historia de la salvación. Los metodistas pueden afirmar con los católicos que “por los Patriarcas, por Moisés y por los Profetas para que lo reconocieran Dios único, vivo y verdadero, Padre providente y justo juez, y para que esperaran al Salvador prometido, y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio” (*Dei Verbum* §3). Al escoger a Israel como su propio pueblo, el llamado de Dios a la santidad asume particularidad histórica y social. Israel es llamado a ser santo porque el Señor es santo (Lev 11:44). El pueblo de fe nombrado en Hebreos 11 ofrece un testimonio elocuente de cómo Dios ha estado obrando a través

⁵ Carlos Wesley, *Short Hymns on Select Passages of the Holy Scriptures*, vol. 1 (Bristol, Farley, 1762), no. 22.

- de la historia de Israel, pero también fuera de ésta en gente como Rajab (Heb 11:31). Estas personas vivieron en espera del que iba a venir quien sería el “iniciador y perfeccionador” de su fe (Heb 12:2).
33. La encarnación del Verbo eterno y el envío del Espíritu Santo superan la enajenación humana de Dios, la creación, y el ser mismo, sufrida en la caída. La escritura enseña que el remedio para el pecado tiene un efecto mayor que el pecado mismo: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom 5:20). Con las profundas palabras del Papa Francisco: Dios “no quiere que nadie se pierda. Su misericordia es infinitamente más grande que nuestro pecado, su medicina es infinitamente más poderosa que la enfermedad que debe curar en nosotros”.⁶ Gracias a la obra redentora de Dios, dice Juan Wesley, “Surgirá entonces un estado de pura santidad y felicidad superior en sobremanera al que Adán gozó en el paraíso”.⁷ Por la obra salvadora del Dios trino, la caída del primer Adán viene a ser una *felix culpa*, una culpa alegre, porque lo que se gana es mayor que lo que se pierde.⁸

Cristo, el Nuevo Adán, revela plenamente el misterio del ser humano

Creado a imagen de Dios y llamado a ser imagen de Cristo

34. La imagen creada (*imago Dei*) manchada por el pecado es hecha una nueva creación a imagen de Cristo (*imago Christi*). El tema de la imagen de Cristo es expresado con mayor claridad por San Pablo, quien declaró que Cristo es la imagen de Dios. La re-creación a imagen de Cristo no remplaza la imagen de Dios. Hombres y mujeres son llamados a vestirse de Cristo y hacerse miembros del único cuerpo de Cristo al aceptar su ofrecimiento de salvación por la fe (Gal 3:27-28). Dios Padre ha hecho a los seres humanos para ser conformes a la imagen del Hijo por el poder del Espíritu, de tal modo que el Hijo sea el primogénito entre muchos hermanos y hermanas (Rom 8:29). Tal como el ser humano porta la imagen del primer Adán, formado de la tierra y llenado por el aliento del creador, así también seremos hechos portadores de la imagen del Adán celestial, Jesucristo, al compartir de su cuerpo resucitado (1 Cor 15:45-49). La esperanza cristiana aguarda el regreso de Cristo, quien “transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso” (Fil 3:21). El destino humano, por tanto, es ser transformados de la gloria del primer Adán a la gloria del segundo

⁶ Papa Francisco, *El nombre de Dios es misericordia* (New York: Random House, 2016), p.52.

⁷ Juan Wesley, Sermón ‘La nueva creación’, WJW 2:510, §18.

⁸ Cf. el Exsultet o la proclamación pascual.

(2 Cor 3:18). La vocación cristiana a la santidad significa ser hechos conformes a Cristo y vestidos de su imagen.

35. En su vida terrenal, Jesús vivió su relación eterna como Hijo del Padre, al trabajar con manos, amar con su corazón, y pensar con su mente. En la persona de Jesús, todas las dimensiones de la existencia humana se convirtieron en lugares donde vivir su relación con el Padre; por tanto, él santificó todo lo que significa ser humano. El primer Adán es una figura del último Adán. En Cristo, la dignidad del primer Adán es confirmada, renovada, y elevada. En conjunto, el misterio de la creación y el misterio de la redención constituyen el fundamento apropiado para un entendimiento verdadero sobre la humanidad.
36. El ser re-creados en la imagen de Dios tiene una orientación escatológica. Ya que el estar orientados a Cristo es la meta final de la existencia humana, esto debe haber sido así desde el principio. La meta de la creación y la meta de la salvación existen en una íntima relación. Todo fue hecho por Cristo y todo está dirigido hacia él (1 Cor 8:6; Col 1:15-20; Ef 1:3-10; Jn 1:3, 10; Heb 1:2-3). Jesús es el Alfa y la Omega, el principio y el fin de todas las cosas (Ap 1:8; 21:6; 22:13). Desde esta perspectiva, la salvación es ante todo liberación del pecado y reconciliación con Dios.

La vida cristiana como un don ya recibido y un llamado a ser cumplido

37. La vida cristiana comienza con un reconocimiento de los muchos dones recibidos: el perdón, la adopción, la gracia, las virtudes. Estos dones comportan responsabilidad; el dador llama al receptor a que se acerque. Los hermanos y hermanas de Cristo son llamados a crecer según la estatura de Cristo. Crecer hasta la estatura de Cristo conlleva compartir su filiación divina, es decir, la relación única que Jesús, el unigénito Hijo de Dios, tiene con su Padre. Esta relación es posible solamente por el don del Espíritu Santo en quien tenemos acceso al Padre por medio de Cristo (Ef 2:18). En otras palabras, la santidad consiste en vivir nuestra identidad bautismal. Los santos son los que llevan vidas de constante arrepentimiento y conversión en gratitud por los generosos dones y misericordias de Dios.
38. En Cristo, la verdadera vocación de todo ser humano es revelada. Ya que “todo ha sido creado por medio de él y para él” (Col 1:16), todo encuentra en él su dirección y destino. Por el Espíritu Santo, la vocación de todo ser humano puede ser realizada. El Espíritu Santo llevará a la plenitud el último grado de conformidad de los cristianos con Cristo en la resurrección de los muertos en el día final. Pero aún ahora los cristianos comparten la gloria del Señor resucitado. En el tiempo y en la historia, el fin está cerca, aunque no plenamente presente.

En Cristo, todos los aspectos de la existencia humana son re-creados

39. El drama de la existencia humana se desarrolla en la historia entre la creación y la consumación final. El pleno significado de la condición existencial de la humanidad en el tiempo presente se encuentra solamente en Cristo. Cristo es el que da la forma definitiva y verdadera a la imagen de Dios en el humano “por medio de él, [Dios quiso] reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz” (Col 1:20). En medio de su existencia pecaminosa los humanos son perdonados y, por medio del Espíritu Santo, conocen el amor salvífico de Dios y crecen en conformidad con Cristo.
40. En Cristo, la libertad humana alcanza su meta—la libertad en el Espíritu. El Espíritu quiebra las cadenas del pecado y el egocentrismo que esclaviza a los humanos para que gocen de la libertad de los hijos de Dios. Jesús revela la verdadera naturaleza de esta libertad. En él, la libertad se manifiesta como receptividad al Padre y apertura hacia todas las personas en una postura de servicio, misericordia, y amor. “Cristo nos libertó para que vivamos en libertad”, dice San Pablo (Gal 5:1). Libertad *del* pecado significa libertad *para* Dios en Cristo y el Espíritu Santo; libertad *de* la obediencia servil a la ley significa libertad *para* la obediencia gozosa; libertad *de* la muerte significa libertad *para* vivir una vida nueva en Dios. Muchos santos en la historia de la iglesia han testificado esta libertad, especialmente los mártires que por amor ofrecen sus vidas voluntariamente.
41. En Cristo, la existencia humana recibe un significado nuevo y más profundo; la creación entera es restaurada. El ser humano, como “co-creador”, está llamado a participar en esta obra de recreación del universo entero. No nos debe extrañar que en los primeros siglos, siguiendo el ejemplo de la comunidad apostólica (cf. Hec 2:42-44), muchos cristianos compartieran una vida fraternal en comunidad, teniendo en común todos sus bienes, y animándose mutuamente en el discipulado. En estas formas de vida reglamentadas, las cuales se distinguen en ambas tradiciones, católicas y metodistas, los cristianos adoran al creador y defienden la dignidad del humano y la integridad de la creación. “En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama evangelio” (*Redemptor hominis* §10). San Francisco es un excelente heraldo de este evangelio: Era un místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismo. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza,

la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (*Landato si*” §10). Pero no es solamente en la vida consagrada donde los cristianos participan en la renovación de la tierra. Viviendo su identidad bautismal en las tareas ordinarias de la vida cotidiana, los cristianos contribuyen a la re-creación del universo. En la entrega y receptividad mutua en las familias, la iglesia, y la sociedad en general, personas de todos tipos de vida encuentran el camino a su plenitud humana en el amor y su santificación en Cristo.

42. “La gloria de Dios es el humano viviente, mas la vida del humano es la visión de Dios”, escribe Ireneo de Lyon.⁹ La existencia humana y el llamado a la santidad deben ser entendidos conjuntamente. Ser “cambiados de gloria en gloria” no rebaja al ser humano. La santidad humaniza. Por la gracia de Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo, los humanos son abrazados por el amor de Dios y así los humanos descubren y realizan su verdadero llamado. Esta aseveración no vacía la vida humana de su misterio. En las palabras de Juan “ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Santa María de la Cruz MacKillop

María Elena MacKillop (1824-1909) nació de padres escoceses a los inicios de los tiempos coloniales de Melbourne, Australia. Aunque su padre proveyó para su educación, la familia nunca fue holgada, y María tuvo que empezar a trabajar en su adolescencia para proveer a su familia. Ella trabajó como institutriz y así comenzó un ministerio en educación que duraría toda su vida.

En 1866, María y el sacerdote de su parroquia Padre Juliano Tenison Woods alcanzaron su sueño de fundar una congregación de hermanas religiosa que socorrerían las necesidades de los pobres e impartirían educación a los niños en áreas remotas. La Regla de Vida que Woods y MacKillop produjeron para la comunidad enfatizaba el compromiso con la pobreza; dependiendo de la providencia divina, no se permitía que las hermanas tuvieran posesión personal alguna. Las Josefinas, como llegaron a ser conocidas, se distinguían por vivir en la vecindad de las comunidades que servían en vez de aislarse en un convento. Además de dirigir escuelas, la orden dirigía otras instituciones sociales como orfanatorios, y hogares para los ancianos y los enfermos. Pero todo este trabajo estaba animado por un deseo incondicional de

⁹ *Adversus haereses*, Libro IV, capítulo 20.7.

servir a los pobres, y la orden rehusó admitir niños de familias ricas. El enfoque principal de la orden se centró en la educación de los pobres y, como la necesidad era grande, la orden y las escuelas crecieron rápidamente.

Durante su vida, María encontró oposición y acusaciones falsas, y sufrió tribulación por parte de ciertos líderes eclesiásticos e incluso de algunas de sus propias hermanas. Por un breve tiempo, fue excomulgada por su obispo. Su profunda fe y especialmente su devoción a la cruz de Cristo dieron a María la fuerza y el valor que necesitaba para continua su trabajo, un trabajo que con frecuencia requería viajar largas distancias. La visión de María no tenía fronteras y ella gozó del apoyo y la amistad de personas de todos tipos de fe y tradiciones cristianas. Incluso, fue enterrada en una cripta pagada por un amigo presbiteriano de toda su vida. Las hermanas de San José y sus compañeras que trabajan en muchas partes del mundo continúan el legado de María luchando por llevar dignidad y amor a todas las personas.

Juan Sung (Song Shangjie)

Juan Sung (1901-1944) fue el principal evangelizador chino del siglo veinte. Fue responsable de llevar a más de 100,000 personas, aproximadamente 10% de los protestantes chinos a profesar la fe en Cristo. Sung se convirtió al cristianismo en su juventud después de que su vida se había deteriorado a causa de enfermedades mentales. Cuando, en el caos de su mente, encontró la manera de nombrar a Jesús como Señor, su vida entera se reconstituyó en torno al salvador.

Su experiencia de sanidad divina dio forma a su proclamación del evangelio. Viajando por China y el sureste de Asia como Evangelista Nacional de la Iglesia Metodista Episcopal, Sung predicó un mensaje de santidad que enfatizaba la salvación plena: Jesús libra a la gente tanto del pecado como de la enfermedad. El enfatizaba que la restauración total era el resultado de la santificación plena, porque solamente el Espíritu Santo podía limpiar los corazones y restaurar los cuerpos.

Los que respondieron a la invitación de Sung de entrar a una vida santa debían esperar que la integridad moral floreciera en sus vidas, porque el Espíritu de Dios guiaría a los conversos por caminos de justicia. Sung no predicaba una perfección sin pecados, sino una conciencia vivificada. Su propia vida ofrece un ejemplo. En una ocasión, él se dio cuenta de que por alguna razón una serie de sermones predicados carecían de poder, hasta que el Espíritu Santo le recordó que en días anteriores él no había dado ayuda a alguien que se la pidió (Mat 5:42). Sung buscó a la persona ofendida, confesó su pecado, e hizo restitución. Así, purificado de su injusticia, Sung se regocijó de que Dios volvió a obrar por medio de su predicación nuevamente.

En ciertos sentidos, el entendimiento que Sung tenía sobre el vivir en santidad puede sonar a puritano, pues él requería que los

cristianos evitaran las películas, el fumar, las novelas, los bailes, las obras de teatro, e incluso los picnics. Sung, sin embargo, explicaba su posición de una manera diferente. Él argumentaba que la religión no es opio del pueblo, pero sí lo eran estas formas de recreo que entumecían la mente y mataban el tiempo. En vez de usar el tiempo libre para gratificarse a sí mismos, deberían propagar el evangelio. Él organizó equipos de evangelistas dondequiera que iba y les encomendaba que salvaran la nación erradicando el pecado.¹⁰

¹⁰ La información sobre Juan Sung proviene de Daryl R. Ireland, 'John Sung: Christian Revitalization in China and Southeast Asia' (Ph.D. diss., Boston University, 2015).

CAPÍTULO DOS

La obra de Dios en re-crear la humanidad

43. Habiendo dado una narración común sobre como la humanidad fue creada a imagen y semejanza de Dios es posible ahora considerar lo que los católicos y los metodistas pueden decir en conjunto sobre como Dios re-crea la humanidad. Esta obra revela la gran inmensidad del amor de Dios porque requiere superar la enajenación humana de Dios como resultado del pecado. Un concepto clave para este segundo capítulo es el de la “gracia”. La salvación humana es posible solamente porque un Dios amoroso y misericordioso emprendió la obra de re-crear la humanidad por medio del misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo. Comenzando con un breve resumen de la gracia de Dios en la persona y obra de Cristo y el Espíritu Santo, este capítulo explora la naturaleza y efecto de la gracia divina en sus aspectos personales y sociales. El capítulo concluye con una investigación de dos temas relacionados que han sido contenciosos entre católicos y protestantes: el mérito que se acumula por las buenas obras de misericordia y piedad, y si es apropiado hablar sobre las “seguridad” de la salvación.
44. Para efectos de la exposición es conveniente considerar el efecto de la gracia bajo tres categorías: la gracia que capacita, la gracia que justifica, y la gracia que santifica. Sin embargo, estos no son tres efectos separados, como si la gracia operara en forma lineal, sino mas bien son aspectos relacionados de la obra salvífica de Dios y del llamado a la santidad. Al tratar el tema de la gracia, la *Declaración Metodista de Asociación con la Declaración conjunta sobre la Doctrina de la Justificación* es una fuente importante de acuerdo fundamental entre católicos y metodistas (y luteranos) sobre cuestiones teológicas que han dividido a los católicos y protestantes desde los tiempos de la Reforma Protestante.

La gracia de Dios en Jesucristo

45. Los católicos y los metodistas describen la “gracia” en términos parecidos. Para los católicos, la gracia es el “*favor*, el *auxilio gratuito* que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios, hijos adoptivos, partícipes de la naturaleza divina, de la vida eterna (CCC §1996). Para los metodistas, la gracia es “el amor soberano y favor de Dios, gratuitamente dado a un pueblo hostil e indigno” (CPM §10). El misterio de la salvación es obra de un Dios clemente por medio de la vida, ministerio, muerte y resurrección de Jesucristo: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn 3:16).
46. La gracia de Dios, por tanto, no es una idea abstracta sino un amor salvador revelado en la persona y obra de Jesucristo, el Verbo hecho carne “lleno de gracia y verdad” (Jn 1:14). Los cristianos confiesan que “Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores” (1 Tim 1:15), y que su gracia hacia la humanidad es revelada en que “se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8). La gracia de Jesucristo (2 Cor 13:13) está orientada hacia la salvación de la humanidad y “de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia” (Jn 1:16).
47. En el misterio de la salvación, la gracia de Jesucristo transforma la naturaleza humana y su condición, pues “si alguno está en Cristo, es una nueva creación” (2 Cor 5:17). El ser re-creados como seres humanos “en Cristo” constituye una manera nueva de vivir en el mundo, de ser reconciliados con Dios y los unos con los otros. San Pablo urge a los miembros del cuerpo de Cristo a que “la actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús” (Fil 2:5). Al crecer en conformidad con la mente de Cristo, la vida cristiana conscientemente modela su vida terrenal para que los que están “en Cristo” puedan seguir su ejemplo de vivir en santidad.
48. El amor salvador de Dios, que los cristianos proclaman a todas las personas, no se limita a la humanidad como si el resto de la creación fuera simplemente una tarima para el drama de la salvación. Aunque el enfoque de este reporte concierne la obra de la gracia en personas y comunidades humanas, la plenitud de la perspectiva bíblica de la salvación como nueva creación implica que la obra de Cristo abarca el cumplimiento del propósito de Dios para todo el orden creado y no solamente para la humanidad. Por tanto, vivir en santidad supone el testimonio cristiano en conjunto a responsabilidad de la humanidad sobre la mayordomía de la tierra (Gen 2:15b) la cual es la buena creación de Dios (Dublín §22; cf. HEFG).

La gracia de Dios y el Espíritu Santo

49. El Evangelio según San Lucas y el libro de los Hechos describen cómo el Espíritu Santo está constantemente presente y activo en la persona y obra de Jesucristo. Es por el poder del Espíritu Santo que María concibe (Luc 1:35). El Espíritu desciende sobre Jesús en su bautismo “en forma de paloma” (Luc 3:22). Consecuentemente, Jesús está “lleno del Espíritu Santo” (Luc 4:1) y “lleno del poder del Espíritu Santo” (Luc 4:14). El Espíritu unge a Jesús “a proclamar la libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor” (Luc 4:18-19).
50. Jesús promete que Dios Padre dará el don del Espíritu a todos quienes lo pidan (Luc 11:13). El Espíritu enseñará a los discípulos de Jesús qué decir en el tiempo de la prueba (Luc 12:12). El Señor resucitado dirá a los apóstoles “cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder” (Hec 1:8). En el día de Pentecostés, los apóstoles “todos fueron llenos del Espíritu Santo” (Hec 2:4), dando a Pedro poder para proclamar que los que se arrepientan y se bauticen “recibirán el don del Espíritu Santo” (Hec 2:1-21). El don del Espíritu Santo en Pentecostés establece la Iglesia como una comunidad de fe (Hec 2:42-46) y no simplemente como un agrupamiento de individuos.
51. Espíritu Santo continúa estando presente y activo en la Iglesia por los siglos, testificando en nombre de Jesús (Jn 15:26), enseñando a la comunidad de fe acreditado sus palabras (Jn 14:26), y guiando la Iglesia a la plenitud de la verdad revelada en Cristo (Jn 16:13). El Espíritu Santo es el “Espíritu de la gracia” (Heb 10:29), quien hace presente y activa la gracia de Cristo, llevando a las personas a una comunión cada vez más profunda con Dios y los unos con los otros. El efecto sobre el ser humano es profundo: “La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla” (CCC §1999).
52. Los diversos dones del Espíritu Santo siempre son un don de la gracia en una manera u otra. El Espíritu otorga esos dones individualmente para el bien común de la Iglesia (1 Cor 12:7; LG §12). Hay diversos dones espirituales y ministerios, pero el mismo Espíritu (1 Cor 12:4). Además de los dones espirituales que son relacionados con los sacramentos y los ministros autorizados, los católicos y los metodistas atestiguan la libertad del Espíritu Santo en otorgar dones o carismas particulares “según él lo determina” (1 Cor 12:11). Tanto en la tradición católica como en la metodista la renovación carismática de los bautizados ha sido un fenómeno recurrente.

La gracia que capacita

53. Los católicos y los metodistas “Juntos confesamos que en lo que atañe a su salvación, el ser humano depende enteramente de la gracia redentora de Dios” (JDDJ §19). Como pecador, el ser humano es incapaz de alcanzar la salvación por sus propias fuerzas o aun de tornarse a Dios para buscar su liberación. Viviendo bajo el juicio de Dios, ellos son salvos solamente como consecuencia de la misericordia de Dios. Por tanto, la iniciativa en la salvación pertenece a Dios cuya gracia precede y capacita la respuesta humana. En todas las dimensiones de la obra salvífica de Dios, la iniciativa, la actividad, y la consumación son obra del Espíritu Santo, quien nos lleva a Cristo y nos conduce a tener fe en él (Honolulu §15).
54. El Espíritu Santo obra aún antes de que el individuo tenga fe en Jesucristo ya que la preparación de las personas para recibir la gracia ya es obra de la gracia (CCC §2001). Es solamente por la gracia de Dios que los seres humanos tienen “la capacidad de responder a la salvación que se nos ofrece por medio de Jesucristo”.¹¹ Esta gracia capacitadora, que está obrando de modo universal en los seres humanos, es lo que el Concilio de Trento llamó “gracia preventiva”—un término utilizado posteriormente por Juan Wesley en su exposición sobre la salvación (Honolulu §14). Como el ser humano nunca vive sin la gracia que capacita, no puede haber una separación radical entre la “naturaleza” y la “gracia”. Por tanto, la obra salvífica de Dios en Jesucristo es el resultado de “gracia sobre gracia” (Jn 1:16).
55. Sin embargo, la gracia que capacita solamente llega hasta ese punto; no elimina la necesidad de una respuesta humana libre a la iniciativa de Dios en la salvación. Los católicos y los metodistas rechazan la idea de la salvación universal cuando se interpreta como que todos serán salvos independientemente de si dan su consentimiento gratuito o no. Para los católicos, la gracia que capacita despierta y sostiene la colaboración humana en la obra salvífica de Dios, pero aún requiere una respuesta libre (CCC §§2001-2). De igual modo, en el entendimiento metodista, la gracia que capacita “asiste” pero no “fuerza” la respuesta humana.¹² Los católicos y los metodistas están de acuerdo en que “la persona es salva por la gracia *con* libre consentimiento (en el caso de un adulto) pero no es salva *por* libre

¹¹ Saved by Grace: A Statement of World Methodist Belief and Practice (1986; repr. 1996) §7.

¹² Cf. Juan Wesley, ‘The General Spread of the Gospel’, §11, WJW 2:489; MAJDDJ §4.1.

consentimiento” (JCS, p.89). San Agustín expresó esto con elocuencia: Dios “que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti”.¹³

56. La respuesta humana positiva al amor salvador de Dios es lo que el Nuevo Testamento llama el arrepentimiento. Al comienzo de su ministerio, Jesús proclamó: “Se ha cumplido el tiempo —decía—. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepíntanse y crean las buenas nuevas” (Mc 1:15)! Para los metodistas “el arrepentimiento significa tornarse en tristeza contra el pecado y tornarse a Dios para buscar perdón y una vida nueva en Jesucristo” (CPM §4). De igual modo, para los católicos “Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto” (CCC §1989). Los católicos y los metodistas frecuentemente hablan de esta primera obra de la gracia del Espíritu Santo en términos de conversión.
57. La persona de María, la Madre del Señor, es una bella ilustración de cómo la gracia que capacita opera en un modo especialmente poderoso. “Ella representa en un modo especial la gracia gratuitamente dada e inmerecida de Dios. María se puede considerar como un signo o ícono de la “sola gracia” (*sola gratia*). Solo por la gracia fue ella capacitada para decir su valiente y libre “Sí” al llamado de Dios: “Aquí tienes a la sierva del Señor...Que él haga conmigo como me has dicho” (Luc 1:38). Solo por la gracia la pobreza espiritual de María recibió el don de ser la madre del Señor” (MML §8).

La gracia que justifica

58. Una de las controversias mayores de la Reforma Protestante giraba alrededor del tema de la doctrina de la justificación. Un texto fundamental para los reformadores protestantes fue Efesios 2:8-9 “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte”. Para los teólogos católicos de ese tiempo, el énfasis de los reformadores socavaba la necesidad de buenas obras en la vida cristiana: “Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta” (Stg 2:17). Estas perspectivas diversas se atrincheraron en diferencias doctrinales sobre la justificación, aparentemente irreconciliables.
59. Dada la historia de la controversia entre católicos y protestantes sobre la justificación, es de la más suma importancia que tanto católicos como metodistas puedan confesar unidos: “Solo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica y no por algún

¹³ Citado en CCC §1847: *Sermo* 169, 11, 13: PL 38, 923.

mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo que renueva nuestros corazones, capacitándonos y llamándonos a buenas obras” (JDDJ §15). Aun la fe no es un logro humano ya que “La fe es en sí don de Dios mediante el Espíritu Santo que opera en palabra y sacramento en la comunidad de creyentes” (JDDJ §16).

60. El Nuevo Testamento describe en varias maneras lo que significa para un pecador ser “justificado” ante Dios. La justificación significa liberación del poder despótico del pecado y la muerte (Rom 5:12-21) y de la maldición de la ley (Gal 3:10-14) por medio del perdón de los pecados (Rom 3:23-25; Hec 13:39; Luc 18:14). La justificación une al pecador con Cristo y su muerte y resurrección. La justificación significa ser aceptado a una relación de comunión (*koinonia*) con Dios aquí y ahora y luego en plenitud en el reino venidero de Dios (Rom 5:1; JDDJ §11).
61. Aunque las buenas obras no contribuyen a la justificación, éstas son su consecuencia inevitable. La fe en la acción salvadora de Dios en Cristo está siempre y necesariamente activa en el amor y por tanto resulta en buenas obras de misericordia y piedad. Sin embargo, “todo lo que en el ser humano antecede o sucede al libre don de la fe no es motivo de justificación ni la merece” (JDDJ §25).
62. La justificación ocurre por medio de la recepción del Espíritu Santo y la incorporación en el cuerpo de Cristo (Rom 8:1f., 9f; 1 Cor 12:12f.) del cual el sacramento del bautismo es el signo efectivo. El nuevo nacimiento, el lavado, la regeneración, y la conversión son términos usados para describir el proceso por el cual las personas son llevadas por Dios de un estado del pecado a una vida nueva en Cristo (CPM §15; CCC §§1214, 1987).
63. La gracia de la justificación re-crea la persona humana pero no necesariamente en un estado de ser permanente. Los católicos y los metodistas rechazan la idea de que la persona justificada perseverará en gracia hasta el fin. Siempre es posible que una persona justificada se aparte de la gracia y caiga de vuelta en un estado de pecado, pero aun así, la gracia de Dios hace posible el arrepentirse otra vez y recibir la gracia que justifica.

La gracia que santifica

64. “La justificación no es un evento aislado en la vida cristiana sino un aspecto del proceso de la santificación, el ser hechos santos por medio de una relación cada vez más profunda con Cristo en su cuerpo, la Iglesia” (Honolulu §13). “La justificación y la santificación son como dos caras de una moneda, distintas pero van juntas” (JCS, p.88). Al haber recibido la gracia de la justificación, el

proceso de la santificación conlleva una experiencia cada vez más profunda de la gracia santificante; el cristiano crece en la imagen de Cristo y es llevado más profundamente a participar en la vida divina de la Trinidad (Seúl §110).

65. La gracia que santifica no es solamente algo interior al alma humana, sino que también conlleva un compromiso a vivir en santidad en todos los aspectos de la vida humana (cf. Rom 12:1). Los católicos y los metodistas confiesan en un común que las buenas obras de misericordia y piedad son fruto de la justificación y una obligación para una vida santa (JDDJ §37). Por tanto, éstas pertenecen a la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte. Para los católicos, “La gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor” (CCC §2000). De igual modo, para los metodistas, la gracia que santifica es una disposición habitual; “la fe que actúa mediante el amor” (Gal 5:6) produce buenas obras en las vidas de los fieles.
66. El vivir en santidad conduce a crecer en santidad. Para los católicos, “las buenas obras, posibilitadas por obra y gracia del Espíritu Santo, contribuyen a crecer en gracia para que la justicia de Dios sea preservada y se ahonde la comunión en Cristo” (JDDJ §38). Para los metodistas, “las obras [de misericordia y piedad] ayudan también a los creyentes a vivir en comunión con Dios y a ser “colaboradores con Dios” (1 Tes 3:2) en el campo de la misión de Dios y en el ministerio con los pobres quiénes más necesitan del amor de Dios (MAJDDJ §4.7; cf. BDUMC/ART 10)).
67. El estar comprometido a vivir en santidad no debe causar que el cristiano se estanque en un estado de su vida. Como se observó anteriormente, la justificación no es necesariamente un estado permanente. Los cristianos deben vivir conscientes constantemente del peligro de resbalar y ser atrapados por el poder del pecado (cf. 1 Jn 1:6-9; MAJDD §4.4). A la vez, la conciencia del presente poder del pecado no debe llevar a los cristianos a dudar del efecto de la gracia que santifica en sus vidas.

El llamado universal a la santidad

68. La gracia que capacita, la gracia que justifica, y la gracia que santifica son aspectos del amor salvífico de Dios y de su llamado a la santidad. Del tal modo, estas gracias están siempre y necesariamente relacionadas directa o indirectamente con la Iglesia: el pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo, y el templo del Espíritu Santo. La Iglesia de por sí es un fruto de la gracia de Dios, y su naturaleza y misión pertenecen al misterio del plan amoroso de Dios para salvar toda la humanidad (Seúl §49).

69. Los católicos afirman el “llamado universal a la santidad en la Iglesia porque Dios es santo”, “en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad” (LG §39). De igual modo, el llamado a la santidad mora en el corazón del metodismo, cuya misión providencial era la de “reformar la nación, especialmente la Iglesia, y expandir la santidad escritural por toda la tierra”.¹⁴
70. El llamado a la santidad se dirige a todas las personas en sus contextos culturales, sociales, e históricos. Es por tanto un llamado personal y comunitario que transciende sin negar esos contextos. En el Antiguo Testamento, Dios llama al pueblo de Israel para que sea una luz para las naciones (Deut 7:6). En el Nuevo Testamento, la Gran Comisión es: “vayan y hagan discípulos de todas las naciones” (Mat 28:19). Como comunidad visible de los que han contestado al llamado a la santidad, en el Nuevo Testamento la Iglesia ya incorpora judíos y gentiles, un “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios” (1 Pe 2:9).
71. Como pueblo de Dios, “La Iglesia es llamada a ser un signo efectivo para el mundo del plan de Dios de salvar y congregar toda la humanidad, y un vislumbre de nuestra congregación definitiva por Dios en el cielo” (Seúl §62). Aunque elementos de gracia y santidad existen más allá de la Iglesia visible como resultado de la obra del Espíritu Santo, estos siempre y necesariamente están dirigidos al fin de la incorporación en Cristo. Por tanto, todos los que reciben gracia están relacionados y “orientados” a la Iglesia de algún modo.
72. Como agente escogido por Dios y como instrumento del llamado a la santidad, la Iglesia en la tierra es esencialmente misionera y orientada hacia la transformación de todas las cosas en una nueva creación en Cristo. La obra de la evangelización tiene el propósito de congregar todos los pueblos en la comunidad de fe y de desarrollar relaciones y estructuras sociales conforme a la nueva creación en Cristo.

La perfección en el amor y santidad

73. Jesús exhorta a sus discípulos a que “sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto” (Mat 5:48). Aunque la perfección absoluta pertenece solamente a Dios, los católicos y los metodistas están de acuerdo en que “la santificación es un proceso que conduce al amor perfecto” (Honolulu §18) según los cristianos crecen en gracia y se dedican al amor de Dios y del prójimo. La

¹⁴ BDUMC, ‘Our Distinctive Heritage as United Methodists’, p.49; cf. British Methodist ‘Deed of Union’, §4.

cumbre del vivir en santidad y del crecimiento personal en gracia es el amor perfecto, lo que los metodistas denominan la santificación plena o la perfección cristiana (cf. 1 Tes 5:23; Seúl §66).

74. Para los metodistas, la perfección cristiana consiste en amar a Dios “con todo tu corazón, con todos tu ser, y con toda tu mente” y “a tu prójimo como a ti mismo” (cf. Mat 22:27-29; 1 Jn 2:5; MAJDDJ §4.4). Tal amor “no implica una exclusión de ignorancia, o error, o debilidades, o tentaciones”.¹⁵ Los que reciben la gracia que santifica continuarán luchando contra la tentación y el pecado. “Pero en esta lucha serán fortalecidos por la promesa del evangelio que dice que en Cristo Dios ha roto el poder del pecado”. La perfección cristiana es siempre un don de Dios y una obra de gracia; no es nunca el resultado de un mérito o logro humano” (MAJDDJ §4.4).
75. Aunque la teología católica no se refiere a la perfección cristiana o la plena santificación como tal, la enseñanza católica afirma que “que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad...a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos.” (LG §40).
76. Los católicos y los metodistas afirman en sus propias maneras que la perfección en el amor es posible antes de la muerte. Los católicos enfatizan la dificultad de vencer al pecado debido a la persistencia de la tentación y la auto-decepción (cf. 1 Jn 1:8). Sin embargo, “Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre” (LG §11). Igualmente, los metodistas reconocen la realidad del pecado pero enfatizan la posibilidad de la perfección en el amor en esta vida porque no hay límite al poder de la gracia de Dios. Para Wesley, tal perfección, la cual es a la vez un proceso y un estado final, es el profundo deseo y la meta del vivir en santidad. Ésta es una anticipación en la historia capacitada por la gracia de la santificación cristiana. Las vidas de los santos de la tradición católica y las vidas de las personas cristianas ejemplares en la tradición metodista testifican la posibilidad de la perfección en el amor.

¹⁵ Juan Wesley, Sermón ‘La perfección cristiana’ §1.9, WJW 2:104.

77. Alcanzar un estado final de perfección en amor y santidad es obra de la gracia. Para los católicos, este estado final de perfección es alcanzado por la mayoría de las personas por medio de una experiencia de purificación después de la muerte, conocido tradicionalmente como “purgatorio”. Los metodistas consideran seriamente los pasajes en las escrituras que proponen un proceso de purificación de los efectos del pecado, pero no aceptan la doctrina católica del purgatorio tal como fue entendida y rechazada por los reformadores protestantes (cf. BDUMC/ART 14). Este tema será tratado en el capítulo cuatro.

Las buenas obras y los méritos

78. El asunto de si y cómo los cristianos adquieren “mérito” ante Dios por virtud de sus buenas obras de misericordia y piedad ha sido materia de controversia entre católicos y protestantes desde la Reforma Protestante. Los reformadores protestantes interpretaron la enseñanza católica sobre el mérito como contraria a su convicción teológica fundamental de que la justificación es por la gracia por medio de la fe solamente. Los metodistas heredaron esta perspectiva; por ejemplo, “Solamente somos tenidos por justos delante de Dios, por los méritos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo por medio de la fe, y no por nuestras propias obras o nuestro merecimiento” (BDUMC/ART9).
79. Hoy, sin embargo, los católicos y los metodistas están de acuerdo en que “Solo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo que renueva nuestros corazones, capacitándonos y llamándonos a buenas obras” (JDDJ §15). Las buenas obras de misericordia y piedad en la vida cristiana no contribuyen a la justificación sino que son su fruto.
80. Para los católicos, la posibilidad de que las buenas obras en la vida cristiana ganan mérito emana porque Dios ha escogido gratuitamente involucrar a los seres humanos en la obra de la gracia. El mérito de las buenas obras se atribuye principalmente a la gracia de Dios y solamente en un modo secundario a los fieles (CCC §2008). “Cuando los católicos afirman el carácter “meritorio” de las buenas obras, por ello entienden que, conforme al testimonio bíblico, se les promete una recompensa en el cielo. Su intención no es cuestionar la índole de esas obras en cuanto don, ni mucho menos negar que la justificación siempre es un don inmerecido de la gracia, sino poner el énfasis en la responsabilidad del ser humanos por sus actos” (JDDJ §38).
81. Los metodistas de igual modo afirma que los individuos cooperan libremente con la obra de la gracia de tal modo que son plenamente

responsables por sus actos.¹⁶ En cuanto las buenas obras motivadas por amor a Dios y al prójimo son “aceptadas y agradables a Dios por medio de Cristo” (BDUMC/ART 10), un Dios bondadoso las recompensará según los “méritos” de los actos humanos involucrados. Por tanto, Jesús habla de una “recompensa” de Dios Padre en respuesta a las limosnas, la oración, y el ayuno (Mat 6:4, 6, 18).

82. Los católicos y los metodistas continúan en desacuerdo en lo concerniente a la posibilidad de que el mérito que surge de las buenas obras de los cristianos pueda auxiliar la santificación de otros. Para los católicos, tal mérito indica la justa recompensa que acumula la comunidad según el beneficio o el daño que recibe de uno de sus miembros (CCC §2006). En la Iglesia, el mérito de Cristo es compartido y celebrado por todos. Como el amor salvador del Padre capacita a los cristianos a ser co-herederos con Cristo (Rom 8:17), sus oraciones por una recompensa inmerecida no son ignoradas: “Bajo la moción del Espíritu Santo y de la caridad, podemos después merecer en favor nuestro y de los demás gracias útiles para nuestra santificación, para el crecimiento de la gracia y de la caridad, y para la obtención de la vida eterna. Los mismos bienes temporales, como la salud, la amistad, pueden ser merecidos según la sabiduría de Dios” (CCC §2010).
83. Aunque los católicos afirman la suficiencia y valor universal de la acción salvífica de Dios en Cristo, los lazos del amor entre los cristianos posibilitan un “intercambio admirable” por el cual “la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo causar a los demás” (CCC §1475, *Indulgentiarum doctrina* §5). La “tesorería de la Iglesia” contiene el valor infinito de los méritos de Cristo, junto con “las oraciones y buenas obras” de la Bendita Virgen María y todos los santos de Dios (CCC §§1476-7, *Indulgentiarum doctrina* §5). En virtud del poder que recibió de Cristo para atar y desatar, la Iglesia “interviene en favor de un cristiano y le abre el tesoro de los méritos de Cristo y de los santos para obtener del Padre de la misericordia la remisión de las penas temporales debidas por sus pecados” (CCC §1478, *Indulgentiarum doctrina* §5).
84. Los metodistas preguntan por qué es necesario mantener el concepto de una tesorería de mérito que se acumula por las oraciones y buenas obras del pueblo de Dios, si los católicos afirman la suficiencia del valor infinito del mérito de Cristo para auxiliar al cristiano individual en su lucha contra el pecado. Las oraciones metodistas, reconociendo la naturaleza inmerecida de

¹⁶ Cf. Juan Wesley, “Working out your own salvation”, WJW 3:199-209.

toda invocación de Dios en oración, hablan con frecuencia del “mérito de nuestro Señor Jesucristo”. A la manera de pensar metodista, cualquier tipo de idea de que la recompensa por las buenas obras pueda de algún modo suplementar el mérito de Cristo para el beneficio de individuos particulares socava la suficiencia de su muerte salvífica y corre el riesgo de generar un entendimiento mecánico y transaccional de tales obras.

85. Sin embargo, los lazos de amor entre los cristianos llevan a los metodistas a creer que las oraciones de los fieles son de beneficio mutuo. La oración ferviente de intercesión siempre ha estado en el corazón del culto metodista; por medio de ésta los metodistas oran para que el amor y misericordia de Dios se manifieste en situaciones y persona particulares. Del mismo modo, las reuniones de oración donde los fieles comunes se reúnen para orar por preocupaciones específicas, han sido un rasgo insigne del metodismo y siguen siendo una parte integral de la vida congregacional de muchas iglesias metodistas. La eficacia de tales oraciones se deriva de la convicción de que Dios responde con gracia y misericordia a la intercesión de la Iglesia. En ese sentido, los metodistas aceptan que las buenas obras de piedad pueden beneficiar individuos particulares.
86. Algunos metodistas incluso aceptarían que las oraciones de los santos que han fallecido y las oraciones de los santos en la tierra pueden también ser de beneficio mutuo, pero en maneras que no se pueden identificar precisamente en términos de su efecto salvífico. Siguiendo el ejemplo de Juan Wesley, las liturgias autorizadas de un número de iglesias metodistas incluyen una intercesión general por los fieles que han fallecido. Una reflexión teológica más extensa sobre las implicaciones de los lazos de amor dentro de la comunión de los santos puede llevar a mayores convergencias entre los católicos y los metodistas en cuanto a la posibilidad de un “intercambio” en el cual la santidad de uno beneficia a otros.

La seguridad de la fe y la salvación

87. “Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve” (Heb 11:1). La Carta a los Hebreos insta a que “Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos además un gran sacerdote al frente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe, interiormente purificados de una conciencia culpable y exteriormente lavados con agua pura” (Heb 10:19-22).

88. Lo que la Carta a los Hebreos llama “la garantía de lo que se espera” o “la plena seguridad de fe” se deriva de las promesas de Dios en Cristo. Los católicos y los metodistas “Juntos confesamos que el creyente puede confiar en la misericordia y las promesas de Dios. A pesar de su propia flaqueza y de las múltiples amenazas que acechan su fe, en virtud de la muerte y resurrección de Cristo puede edificar a partir de la promesa efectiva de la gracia de Dios en la Palabra y el Sacramento y estar seguros de esa gracia” (JDDJ §34).
89. La seguridad de la gracia de Dios se deriva de la fidelidad de las promesas de Dios y es confirmada por la obra interior del Espíritu Santo. “La experiencia religiosa cristiana incluye la seguridad de la misericordia inmerecida de Dios en Cristo, el testimonio interior del Espíritu de que [los cristianos] son en verdad hijos de Dios, perdonados y reconciliados por el Padre (Rom 8:12-17)” (Honolulu §24). Tal experiencia de “la plena seguridad de la fe” es parte de las tradiciones católicas y metodistas. El célebre 24 de mayo de 1738 cuando Juan Wesley sintió “un extraño ardor” en su corazón fue una experiencia de “seguridad” de que Dios había removido sus pecados y lo había librado del pecado y la muerte. En la tradición católica, hay vidas escritas de santos que manifestaron la misma seguridad gozosa de fe (e.g., Felipe Neri).
90. ¿Pero cómo, y en qué sentido, es posible hablar de una “seguridad de salvación”? En el pasado, cuando los católicos oían a los metodistas hablar de poseer seguridad de salvación, los católicos consideraban esto como una aseveración presumida basada en una experiencia subjetiva. Por su parte, cuando los metodistas oían a los católicos cuestionar tal experiencia, los metodistas consideraban que estos rechazaban el obrar del Espíritu Santo. De hecho, se trata solo de una diferencia de énfasis y no constituye una diferencia substantiva entre católicos y metodistas en cuanto al entendimiento de la naturaleza de la seguridad cristiana. La obra objetiva de la salvación y el conocimiento subjetivo de esa salvación convergen en una experiencia personal dinámica.
91. Para los católicos, tener fe significa confiar en Dios. Nadie puede tener fe en Dios y a la vez considerar la promesa divina como no fidedigna. Aun reconociendo sus debilidades, flaquezas, y fracasos, los creyentes pueden estar seguros de que Dios *busca* su salvación (JDDJ §36). De hecho “la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor” (CCC §2005). El tener confianza o seguridad de que la gracia que salva está obrando en ellos no debe llevar a los cristianos a suponer que su salvación está asegurada a tal grado de que se niegue la posibilidad de caer de esta gracia.

92. Para los metodistas, la seguridad de la salvación viene “por medio de las promesas dadas a nosotros en la Biblia, por la seguridad interior dada a nosotros por el Espíritu Santo, por la evidencia de los actos Dios obrando dentro de nosotros, y por la exhortación de otros cristianos” (CPM §18). La experiencia de seguridad es una característica valorada de la piedad metodista, no como garantía de la perseverancia que elimina la necesidad de la esperanza, sino como un don del Espíritu Santo que otorga una convicción interior de haber recibido la gracia que salva” (Seúl §92). Por tanto, “la seguridad de la fe y la seguridad de la salvación siempre han pertenecido al núcleo de la predicación metodista. Tal seguridad no se debe entender como certeza de posesión sino como la confiabilidad de una relación basada en el amor de Dios. Esta relación es vivida utilizando los “medios de gracia”, especialmente el escudriñar de las Escrituras y el recibir de la Cena del Señor” (MAJDDJ §4.6). La seguridad de salvación no implica una seguridad de salvación final ya que es posible caer de la gracia.

Febe Worrall Palmer

Febe Worrall nació en la ciudad de Nueva York en 1807. Sus padres eran metodistas devotos quienes la criaron en la fe cristiana por medio de la oración, el estudio bíblico, y cultos familiares dos veces al día. Desde su niñez, Febe deseó experimentar la conversión emotiva y constatable atestiguada por otros, pero su anhelo espiritual perduraría hasta el 1837, diez años después de haberse casado con el médico metodista Walter Clarke Palmer. El 26 de julio, lo que ella describiría subsecuentemente como el “día de los días”, ella percibió al Espíritu Santo guiándola a un pacto absoluto e incondicional con Dios.

Motivada por un amor apasionado por Dios y por la aspiración de promover la santidad, Febe organizó reuniones de oración semanales para mujeres. Esta práctica pronto sobrepasó los límites de su hogar y eventualmente incluyó a los hombres. Como oradora y predicadora potente, ella exhortaba a sus oyentes a que pusieran todo sobre el altar de Dios para ser perfeccionados en el amor. Enseñando que la santidad se expresaba necesariamente en servicio a la comunidad y al prójimo, Febe fue un ejemplo por su apoyo al movimiento por la templanza y la abolición de la esclavitud, y por su trabajo con la Sociedad Misionera Nacional de Damas Metodistas. Ella es reconocida como la directora que funda la Misión Cinco Puntos en los tugurios de la parte baja de Manhattan.

Varias publicaciones portan su nombre, entre éstas: *El camino de la santidad* (1843, la cual fue impresa en varias ediciones), *La devoción plena a Dios* (1845), y *La fe y sus efectos* (1848). Ella contribuía con regularidad a *La guía a la santidad* y al final de su vida fue la editora de esta publicación.

Gracias a su vida ejemplar y a sus aportaciones literarias, Febe es comúnmente conocida como la “madre del movimiento de santidad”. Febe Palmer murió en Nueva York el 2 de noviembre 1874. Continuó auspiciando las reuniones de oración de los martes justo hasta el momento de su muerte.

Beato Federico Ozanam

El Beato Federico Ozanam combinó la vida familiar y profesional con un profundo amor por los pobres y dedicación a aliviar su sufrimiento. Su ejemplo inspiró a muchos hombres y mujeres dentro de la Sociedad de San Vicente de Paul alrededor del mundo a ser activos en el cuidado de los necesitados. La Sociedad es bien conocida y respetada por su espiritualidad y ministerio práctico.

Nacido en Milán en 1813 y criado en Lyon, Federico se hizo abogado. Colaboró en la vida intelectual franco-católica por medio de sus escritos y su relación con líderes del movimiento neo-católico de los inicios del siglo diecinueve como François-René de Chateaubriand, Jean-Baptiste Henri Lacordaire, y Charles René de Montalembert. Él también estaba íntimamente involucrado en un grupo de discusión estudiantil que con frecuencia se enfocaba en la enseñanza social del evangelio.

Fue en este último contexto donde uno de sus adversarios lo retó respecto al compromiso de su Iglesia con los pobres de París. Herido por este reto, Federico y un amigo empezaron a visitar las viviendas necesitadas de París. Movidos por compasión hacia los indigentes que encontraron allí, Federico fundó la Sociedad de San Vicente de Paul en mayo 1833. Esta asociación laica servía a los necesitados, inspirados por el ejemplo de San Vicente de Paul (1581-1660) y bajo la influencia de Sor (ahora Beata) Rosalie Rendu, Hija de la Caridad, quien se destacó en su servicio por los pobres en los tugurios de París. Durante una epidemia de cólera, su recién fundada sociedad ayudó a los enfermos, llegando a ser ejemplo viviente de la fe cristiana puesta en acción en el Duodécimo distrito de París.

Ozanam combinó la vida intelectual y académica de la universidad con su servicio a los pobres e indigentes. Murió de tuberculosis a la edad de los cuarenta años en 1853. Bajo su inspiración, la Sociedad San Vicente de Paul ha crecido y está presente ahora en un sinfín de parroquias en diversos países. La espiritualidad práctica de esta organización ha ayudado a muchos católicos laicos a encontrar una vida de santidad en servicio a las necesidades de los menos afortunados que ellos.

CAPÍTULO TRES

El pueblo santo de Dios: Los santos en la tierra

93. La vida de la santidad para el cristiano consta fundamentalmente en caminar con el Cristo resucitado. En el evangelio de Lucas, el primer encuentro con Jesús después de la resurrección tuvo lugar en el camino. Allí la confusión, ansiedad, y duda son transformadas al reconocer la presencia de Jesús (Luc 24:13-35). Por medio de conversaciones sobre las escrituras, compañerismo, y el partir del pan, Cleofás y su compañero tuvieron un encuentro con el Señor resucitado. Sus corazones “ardían en ellos”. Este encuentro les hace dar media vuelta en el camino y regresar a los discípulos en Jerusalén. En ese lugar comparten las buenas nuevas de la resurrección de Jesús y su presencia permanente, y de tal modo mueven la familia apostólica un paso más en el camino de la misión en y para el mundo. Este mismo caminar en santidad y misión constituye el tema del presente capítulo.

La Iglesia: Un Pueblo Santo

94. Los católicos y los metodistas afirman la naturaleza social del vivir en santidad. “Ser cristiano tiene necesariamente un aspecto personal y comunitario. Es una relación viva con Dios en y por Jesucristo en donde la fe, la conversión de vida, y la membresía en la Iglesia son esenciales. Los creyentes individuales están unidos a una familia de discípulos; el pertenecer a Cristo significa pertenecer también a la Iglesia que es su cuerpo” (Nairobi §11). Para los católicos y los metodistas este pertenecer en conjunto al cuerpo de Cristo caracteriza la práctica comunitaria de vivir en santidad. Somos llamados a ser santos juntos, como Iglesia.
95. Los reportes previos de esta comisión demuestran un considerable acuerdo común en el entendimiento de la naturaleza de Iglesia a pesar de diferencias obvias en nuestras prácticas eclesiales. Ambos compartimos la convicción de que la Iglesia es esencialmente misionera y el compromiso a una vida de gracia y santidad incorporada socialmente. Además, “tanto los católicos como los

metodistas estamos interesados en las estructuras *y en la santidad y la misión, y la relación entre éstas. Estamos de acuerdo en que las estructuras de la Iglesia deben servir efectivamente tanto a la santidad de sus miembros como como a la misión de la Iglesia*” (Seúl §101; cf. CLP §4.7.10).

96. La santidad de la Iglesia es la de un pueblo en el camino, en peregrinaje, y por tanto tiene las características de una realidad presente por medio de la presencia del Cristo resucitado que camina con nosotros y de una promesa de santidad hacia la cual los discípulos caminan, paso por paso. La Iglesia en su peregrinaje todavía posee los pecados y flaquezas de sus miembros pero está orientada inexorablemente hacia su cumplimiento futuro en Dios. Es en este sentido que los católicos y los metodistas confiesan unidos, en las palabras del credo niceno y de los apóstoles, que la Iglesia es santa.
97. La orientación escatológica de la vida eclesial ofrece el contenido teológico en el cual ubicar y resolver los problemas que han causado divisiones históricas como el de si la Iglesia es pecadora. Los católicos enfatizan que la Iglesia como realidad escatológica presente en el mundo no tiene pecado, aunque sus miembros pueden ser pecadores. La Iglesia es *sancta simul et semper purificanda*—“a la misma vez santa y siempre en necesidad de purificación” y por eso “avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (LG §8). Sin embargo, la realidad escatológica de la Iglesia en Cristo no encuentra una expresión sin pecado en el mundo caído donde los miembros de la Iglesia, junto con algunos procesos eclesiales, llevan las marcas y debilidades del pecado.
98. Aunque los metodistas afirman la santidad de la Iglesia, enfatizan que las mismas estructuras de la Iglesia pueden estar afectadas por el pecado. La reticencia metodista en declarar la Iglesia como libre de pecado denota sensibilidad a los riesgos de tal proposición la cual puede llevar a rechazar la necesidad del arrepentimiento y reforma cuando el pecado ocurre en la Iglesia. La santidad jamás puede limitarse a una posesión o característica incuestionable de la Iglesia, sino que tiene que ser entendida como la acción y don gratuito de Dios.
99. Estos énfasis parecen ser contrastantes pero no son incompatibles, aunque tienen implicaciones para la manera en que los metodistas y los católicos hablan de la Iglesia en sus aspectos institucionales y de la posibilidad y limitantes de un discernimiento autoritativo. Las implicaciones son significativas y subyacen a muchas de las diferencias y divisiones persistentes entre los cristianos, especialmente las que conciernen la relación entre la Iglesia “visible”

(su realidad histórica e institucional) e “invisible” (la realidad espiritual en Cristo). Aunque los católicos y los metodistas entienden que estas realidades están interconectadas, difieren en la manera de describir esta relación. Para los metodistas, la correlación entre la Iglesia visible e invisible es menos precisa, en términos teológicos, que para los católicos. Aunque estas bases eclesiológicas no son tratadas en este reporte, influyen sobre el contexto en el cual los metodistas y los católicos practican el vivir en santidad.

100. La idea de peregrinaje late en el corazón de todos los aspectos de la Iglesia y la vida cristiana. El Cristo resucitado aparece en el camino de Jerusalén y en la congregación de discípulos en Jerusalén (Luc 24:34ss), pero su mensaje es siempre el mismo—mover a sus amigos del temor y la duda a la fe y el gozo, para poder enviarlos al mundo como testigos de su resurrección (Luc 24:48-9). Hay un sentido apropiado en que las comunidades cristianas pueden ser entendidas como “familias” de gracia y santidad. De tal modo, son lugares de enviar y regresar para equipar a personas para la misión de Dios en y por el mundo. Por tanto, la misión y el servicio son características del llamado a la santidad.
101. La Iglesia como familia de gracia siempre preparándose para el camino es santa porque comunica ciertamente las bendiciones y gracias del misterio pascual de Cristo. Esta afirmación de fe en la santidad de la Iglesia nunca debe encubrir la realidad de la Iglesia como hogar de pecadores y como lugar de quebrantamiento humano, o, en las palabras del Papa Francisco, como un “hospital de campaña”.¹⁷ Para la comunidad cristiana, la santidad es vivida por medio de prácticas de amor, a pesar, de nuestras heridas. Como un pueblo formado por el Padrenuestro, los metodistas y los católicos se conocen a sí mismos como pueblo que depende totalmente de Dios, el Padre, que provee por las necesidades de sus hijos, y como un pueblo perdonado llamado a perdonar y encarnar el plan amoroso de Dios para un mundo quebrantado. La santidad de la Iglesia no es producto de esfuerzos humanos, sino que es un don gratuito de Dios que requiere gratitud, humildad, y el deseo de compartir este don con todos.
102. El lenguaje de los sacramentos provee un acercamiento a un entendimiento común sobre la naturaleza de la Iglesia. Este lenguaje es especialmente fuerte para los católicos, para quienes “la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la

¹⁷ Pope Francis, in an interview with Antonio Spadaro SJ, August 2013: https://w2.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2013/september/documents/pa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html.

unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG §1). Como cuerpo de Cristo, la Iglesia no es simplemente un medio de gracia entre otros, sino que es el medio de gracia fundamental para el mundo. A la vez, la Iglesia no *es* un sacramento en el mismo modo que la Eucaristía, por ejemplo. La Iglesia es *como* un sacramento al ser un medio de gracia visible, concretamente realizado y cierto en el mundo.

103. Los metodistas también afirman que la Iglesia es un medio de gracia. La Iglesia misma, como signo, instrumento, y visión anticipada del reino de Dios, está llena de gracia y sirve como instrumento que confiere gracia (CLP §1.4.1; §3.1.7; §3.2.1; cf. Seúl §102). Como “comunidad redentora”, ésta es un medio de gracia (BDUMC/CON 5). Los metodistas están de acuerdo con los católicos en afirmar el carácter sacramental de la Iglesia, pero reservan el término de “sacramento” solamente para nombrar el bautismo y la eucaristía (cf. Seúl §102).
104. Edificando sobre este entendimiento común de la Iglesia como medio de gracia sacramental y misionero para el mundo, las secciones siguientes explorarán las prácticas eclesiales de la Iglesia que buscan nutrir el vivir en santidad y la misión del pueblo peregrino de Dios. Empezando con la celebración litúrgica de los sacramentos y ritos en nuestras iglesias, las secciones siguientes nos llevan a pensar en común sobre las prácticas de justicia social, ética, y devociones personales y públicas, antes de considerar la manera en que nuestras tradiciones tratan el morir y la muerte como el fin del peregrinaje cristiano en la tierra.

La familia de gracia: El vivir en santidad y los sacramentos

105. Al igual que Jesús, el Verbo encarnado, se comunicaba con la gente por medio de los sentidos, así en la Iglesia los cristianos encuentran a Cristo en formas consistentes con nuestra existencia humana como seres corporales y sociales. La economía de la salvación es sacramental en su naturaleza. Dios usa experiencias sensibles particulares (vista, sonido, tacto, olfato, y gusto) para mediar la gracia ciertamente; así invita a hombres y mujeres a una relación cada vez más profunda de comunión o compañerismo con Dios y con los otros, y los llama a vivir en santidad. Las liturgias y las prácticas de adoración, especialmente los sacramentos y la predicación, son maneras eclesiales públicas de nutrir el vivir en santidad en el mundo.
106. Para los católicos y metodistas, el sacramento del bautismo es “una *vocación*—un llamado continuo a una vida de peregrinaje hacia el reino” (Durban §67). Al otorgar gracia sacramental vitalicia para el caminar cristiano, el bautismo es ese participar en Cristo que

permite que nuestros corazones arden con el Espíritu al oír la palabra de Dios, y nos lleva a comulgar con Cristo en el partir del pan, consagrándonos para la santa obra de la misión de Dios.

107. A pesar de ciertas diferencias doctrinales sobre el sacramento de la Cena del Señor, los metodistas y los católicos afirman juntos que la participación continua en la eucaristía renueva a los fieles para la misión y el vivir en santidad. En el partir del pan, Cristo está verdaderamente presente, y los creyentes son enviados al camino a portar un nuevo testimonio de él. La eucaristía es comida para el peregrinaje que transforma los discípulos más y más en la semejanza del Hijo de Dios (cf. Seúl §94). Para los católicos, la eucaristía es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (SC §7; LG §11). Para los metodistas la Cena del Señor es uno de los principales medios de gracia.¹⁸
108. Para los católicos, el bautismo y la eucaristía, junto con la confirmación, constituyen los sacramentos de iniciación. Los metodistas consideran el bautismo como el único sacramento de iniciación, pero están de acuerdo en que el bautismo comúnmente culmina con la participación en la eucaristía. Algunos metodistas también poseen un ritual suplementario de confirmación u otra forma litúrgica de recibir a alguien en la “plena membresía” de la Iglesia. Este ritual puede tener un carácter sacramental. Los ritos de confirmación, para los católicos y los metodistas que los practican, estrechan los lazos fraternales que unen a las personas en la comunidad cristiana y fortalece su crecimiento en santidad para la misión por medio del poder del Espíritu Santo (Durban §70).
109. Los católicos reconocen otros cuatro sacramentos: el matrimonio, los órdenes sacerdotales, la penitencia, y la unción de los enfermos. Los metodistas reconocen el carácter sacramental de estos ritos sin nombrarlos sacramentos. Estos ritos invocan al Señor para que confiera gracia para la santidad del cristiano individual y de toda la familia de fe. Los dos principales ritos de vocación de adultos—el matrimonio y los órdenes—estructuran la familia. Antes de cada ritual hay una tradición fuerte para hacer discernimiento, un cuestionamiento piadoso: ¿A qué me llama el Señor? ¿Cuál es mi lugar en la comunidad cristiana? Estas preguntas están ligadas. La gracia dada y la santidad buscada en la vida casada u ordenada están siempre enraizadas en el contexto de la comunidad de fe, pero son vividas en servicio al mundo. La gracia sacramental es siempre conferida al individuo pero es destinada a la comunidad exterior.

¹⁸ John Wesley's sermon ‘The Means of Grace’, §II.1, WJW 1:381.

110. Además de los estados de matrimonio y ordenación, muchos cristianos se han sentido llamados a la santidad en la vida soltera o en varias formas de vida consagrada y comunitaria. Históricamente, para los católicos, los diversos modos de vida consagrada han sido inspirados por un fundador carismático. En algunos casos, el énfasis de estos ha sido un modo de oración especial. En otros casos, el *carisma* ha sido un modo de vida evangélica que fortalece la vida espiritual de la Iglesia. Otras comunidades han sido establecidas para responder a necesidades concretas como la pobreza, la educación, o la salud. Para los católicos y los metodistas nuevos modos de vida en comunidad y formas emergentes de vida consagrada continúan siendo descubiertos y vividos con integridad a medida que los cristianos disciernen en oración cómo es que Dios los está llamando a responder al evangelio y las necesidades del mundo. No hay ningún orden jerárquico entre los diversos estados de vida cristiana; todos son caminos a, y expresiones de, la santidad (cf. LG §39).
111. En todas las formas de vida - y con frecuencia de modo muy público en el ministerio ordenado y la vida matrimonial – se dan las tragedias del pecado, la debilidad, y la fragilidad humana. El peregrinaje terrenal a la santidad está marcado no solamente por la presencia de Cristo sino también por la debilidad y el pecado. En estos casos también las celebraciones eclesiales de nuestras comunidades buscan fomentar la vida santa. Los católicos y los metodistas se mantienen unidos en su compromiso por una visión de la Iglesia como una comunidad cercana a los necesitados; cercana especialmente a aquellos cuyos pecados, debilidades, y marginación los deja en necesidad de compasión, acompañamiento, y de vendar de heridas. La santidad no consiste principalmente en el éxito de ser buenos sino en estar abiertos en todas las heridas y dones de la vida humana a la gracia transformadora de Dios.
112. En respuesta a la realidad del pecado, la debilidad, y la fragilidad, los católicos reconocen dos sacramentos de sanidad: la penitencia y reconciliación (comúnmente llamado confesión) y la unción de los enfermos. Aunque los metodistas no denominan a estos ritos como sacramentos, sí los consideran entre los “medios prudenciales de gracia” (Nairobi §13, Brighton §§59-60).
113. Los metodistas poseen una larga historia de cuidadoso examen de conciencia en comunidad. En el metodismo primitivo los grupos pequeños como las reuniones semanales de las clases proveían un foro para tal examen. El mismo deseo de plantear la pregunta “¿Cómo está tu alma?” y de hablar libremente sobre los obstáculos para vivir en santidad pueden ser reconocidos en la aspiración católica que lleva a la confesión y en la tradición del examen

nocturno de la conciencia. Para los católicos y los metodistas, los rituales de auto-examen, arrepentimiento, y reconciliación deben ser prácticas centrales del pueblo peregrino.

114. En continuidad con el ministerio de sanidad de Jesús, los cristianos desde los inicios, oraban, imponían manos, y ungían a los enfermos entre ellos (Stg 5:14-15). Los católicos y los metodistas por igual han considerado el cuidado de los enfermos como un aspecto intrínseco del vivir en santidad. Esto ha incluido el establecer centros de salud y lugares para cuidar los enfermos. Mediante esta y otras prácticas, ambas tradiciones abren un lugar a la fragilidad humana dentro de la vida de los que son llamados a la santidad. De hecho, la misma enfermedad puede ser transformada por la gracia en una forma especial de vivir en santidad y servicio.
115. Mientras que la participación en estos sacramentos y rituales no constituye necesariamente el vivir en santidad, sin embargo estos eventos son momentos especiales y efectivos de la recepción de gracia que fortalecen al pueblo peregrino que atraviesa un terreno difícil. Para los metodistas y los católicos, las gracias concedidas en la familia de la Iglesia y están siempre orientadas a vivir en santidad en y para el mundo. Esto impulsa a los cristianos al camino para allí reconocer la presencia del Señor en maneras nuevas y a veces sorprendentes.

Prácticas compartidas de vivir en santidad

116. La importancia de los sacramentos y otras celebraciones litúrgicas en la vida de la Iglesia no deben ocultar las muchas otras prácticas de santidad en el mundo que también constituyen el vivir en santidad. Dentro de éstas la lectura y estudio de las escrituras tanto en ambientes personales como comunitarios ocupan un lugar central. Las Sagradas Escrituras son la “suprema autoridad en materia de fe” (*Ut unum sint* §79). Según caminamos en santidad “es Cristo, por medio del Espíritu Santo, quien abre nuestras mentes para entender las Escrituras” (Seúl §55), encendiendo nuestro corazones otra vez. Para los católicos y los metodistas, el culto público incluye necesariamente la lectura fiel de las escrituras, la cual es de por sí un medio de gracia que alimenta el crecimiento en santidad (Río §107).
117. Ambas tradiciones, católicas y metodistas, exhortan la lectura y estudio de la Biblia en grupos pequeños como también la lectura personal de las escrituras con regularidad. En las últimas dos generaciones, este aspecto de vivir en santidad ha experimentado una renovación substancial entre los católicos. En el Concilio Vaticano Segundo, el dicho de San Jerónimo de que “la ignorancia de las escrituras es ignorancia de Cristo” fue invocado para exhortar

a “a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan “el sublime conocimiento de Jesucristo”, con la lectura frecuente de las divinas Escrituras” (*Dei Verbum* §25). Esta renovación de la devoción bíblica llama a nuestras dos comuniones a una relación cada vez más profunda cuando los cristianos pueden leer y estudiar las escrituras juntos con mayor regularidad.

118. En diversas maneras los católicos y los metodistas han buscado describir las características de la santidad personal desde una lectura especial de las escrituras, notablemente de las Bienaventuranzas y de las epístolas del Nuevo Testamento. Por eso Juan Wesley se refería a una “disposición santa” o a los “temperamentos santos” como una manera de dar una explicación más detallada y práctica de los rasgos de la santidad en el cristiano. Una “disposición santa” o “temperamentos santos” implica una orientación del corazón humano (i.e., la voluntad) hacia Dios, resultando en un comportamiento especial. Los “temperamentos santos” son “disposiciones estables y dirigentes” que se derivan del amor de Dios; emergen de la gracia y la responsabilidad humana. Por tanto, Wesley hablaba de “ocuparse” en la salvación propia.
119. La terminología wesleyana de los temperamentos santos, con su fuerte énfasis en disposiciones básicas y hábitos que forman los afectos, tiene mucho en común con el lenguaje católico de las virtudes. San Gregorio de Nisa aclara el papel de las virtudes en el llamado cristiano a la santidad: “El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios.¹⁹ Al igual que con los “temperamentos” nominados por Wesley, las virtudes no son actos de por sí sino que orientan a la persona en su totalidad a lo que es bueno y dan forma así a las acciones y decisiones de la persona (cf. CCC §1803). Para la tradición católica, el crecimiento en la virtud requiere el esfuerzo humano, especialmente en relación a las virtudes morales de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. A su vez, las virtudes teológicas de la fe, la esperanza, y la caridad, que tienen su origen en Dios y el don del Espíritu Santo, sirven de fundamento para toda vida animada por la moral cristiana: “Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano” (CCC §1813).
120. La vida cristiana de santidad se caracteriza por la proclamación gozosa del Cristo resucitado que se encuentra en el camino: “¡Ay de mí si no predico el evangelio!” (1 Cor 9:16; cf. Rom 10:14-15). Este testimonio requiere involucrarse hondamente con la complejidad del mundo y la diversidad de las culturas. Bajo la dirección del

¹⁹ San Gregorio de Nisa, *De beatitudines*, 1.

Espíritu Santo, el dar una explicación de la esperanza cristiana requiere toda la inteligencia y habilidad que los discípulos puedan ejercer en la tarea. Los metodistas y los católicos están en acuerdo en que los cristianos testifican al evangelio y evangelizan no solamente, ni principalmente, por medio de sus palabras, sino sobre todo por su vivir en santidad; éste se caracteriza por la fidelidad personal y por un actuar en el mundo basado en el evangelio.

121. Los católicos y los metodistas poseen tradiciones extensas del testificar al evangelio por medio del compromiso activo con el mundo al servicio del reino de Dios y ambos pueden hablar con una voz común a los lugares de poder e influencia. Por tanto, la santidad es práctica y no solamente espiritual. El vivir en santidad se expresa socialmente en la búsqueda de justicia y en los actos de misericordia. Esto se refleja, por ejemplo, interviniendo en los debates políticos sobre el medio ambiente y el modo como los seres humanos son llamados a habitar la creación de Dios; recibiendo al extraño, ofreciendo santuario al extranjero; protegiendo al vulnerable, y enfrentándose al tráfico y esclavitud humana; desafiando estructuras sociales injustas y promoviendo el desarrollo del pobre para trabajar por un mejor acceso a la educación, a la salud, y al empleo con salario justo; y eliminando las causas estructurales de la pobreza.²⁰ Tal vivir en santidad requerirá despojarse personal y socialmente del status de privilegio, en solidaridad con los que están siendo servidos, para ser una “Iglesia que es pobre y por los pobres”, encarnando así la compasión y amor de Dios por el mundo.
122. Las obras de santidad en y por el mundo están profundamente arraigadas en la práctica de oración en todas sus formas personales y sociales. Muchas de éstas son compartidas por las tradiciones católicas y metodistas: las oraciones privadas y familiares; el canto de canciones cristianas; peregrinajes a lugares santos y santuarios; días de reposo y retiros espirituales. Igualmente, los católicos y los metodistas recomiendan el ayuno y las limosnas como fundamentos para el crecimiento en santidad personal y como actos de caridad y solidaridad con otros. En muchas partes del mundo, tales prácticas santas son vividas en solidaridad ecuménica con otros cristianos.

²⁰ Éste ha sido uno de los mayores énfasis de la enseñanza reciente del Papa Francisco; cf. ‘A Church Seeking Justice: The Challenge of Pope Francis to the Church in Canada’, Episcopal Commission for Justice and Peace of the Canadian Conference of Catholic Bishops (2015) (<http://www.cccb.ca/site/images/stories/pdf/184-902.pdf>).

Temas para proseguir el diálogo

123. Mientras que hay mucho que los católicos y los metodistas comparten en cuanto el vivir en santidad en el mundo, también hay temas de inquietud y diferencia. En particular, hay un número de prácticas devocionales tradicionales en la vida católica que provocan preguntas e incluso alarma para los metodistas. Las prácticas particulares que causan ansiedad para los metodistas conciernen el énfasis católico en ciertos gestos corporales, el uso y veneración de imágenes, la bendición de objetos inanimados, y las devociones especiales hacia María, los santos, la veneración de las reliquias, y la adoración de la eucaristía. La preocupación concierne al riesgo de opacar la centralidad de la persona y obra de Jesucristo y al peligro de diluir el evangelio con la superstición. Mientras que algunos metodistas aprecian el uso de imágenes en el culto, las devociones, y la educación, también comparten la preocupación de Juan Wesley de “lo que inicialmente fueron designados como monumentos para edificar, se han convertido en instrumentos de superstición”.²¹
124. Sin embargo, en muchas partes del mundo, los metodistas comienzan a redescubrir una espiritualidad más táctil y encarnada como un medio de avanzar en la santidad mediante el uso de velas y artificios religiosos en el culto, la unción con aceite, y las prácticas devocionales relacionadas al año litúrgico. Tales desarrollos no solamente reflejan algo de las sensibilidades espirituales integrales de la cultura occidental contemporánea sino que también reviven la fuerte sensibilidad sacramental de la tradición wesleyana, y así abren caminos a un entendimiento más profundo de las devociones específicamente católicas.
125. Las prácticas devocionales brotan de los corazones y vida del pueblo fiel en lugares y tiempos particulares, y por tanto reflejan necesariamente rasgos culturales y contextuales. Esto significa que ciertas prácticas devocionales en una parte del mundo pueden parecer extrañas y hasta raras en otros, aún a aquellos de la misma tradición eclesial. El discernimiento eclesial de que constituyen una práctica devocional apropiada es una tarea delicada para los metodistas y los católicos.
126. El carácter de la naturaleza corporal de la santidad es característico de muchas devociones católicas tradicionales. “Las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías

²¹ John Wesley, ‘The Origin of Image-Worship among Christians’, *The Works of John Wesley*, 3rd ed., vol. 10 (Peabody, MA: Hendrickson, 1984; repr. 1872 ed.), p. 176.

armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas” (EG §90). Pero también los católicos expresan cautela sobre algunas prácticas devocionales que han tomado formas exageradas y pueden ser consideradas como expresiones falsas de piedad (cf. LG §67).²²

127. Los metodistas y los católicos reconocen, basados en las escrituras, el rol único de María como la Madre de Jesús y la portadora de Dios (*Theotokos*) (Mat 1:18-25; Luc 1:26-29), ejemplar de santidad (Luc 2:19, 51), defensora de los pobres y humildes (Luc 1: 46-55), y discípula (Hec 1:12-14). Los católicos también identifican a María como intercesora (Jn 2:5) y Madre de todos los cristianos (Jn 19:26-27). Si bien los metodistas no tienen una tradición de devoción mariana, los católicos poseen una tradición rica de devociones hacia la Madre del Señor: las oraciones y cantos marianos, el rezo del rosario, los días santos, las procesiones, y las peregrinaciones a lugares de apariciones marianas. Muchas de estas devociones preocupan a los metodistas.
128. Para los católicos, la devoción mariana legítima lleva al cristiano a una relación más íntima con la encarnación de Dios y la humanidad de Jesús por medio del misterio de la maternidad de María por el poder del Espíritu Santo. Aunque la devoción mariana de por sí no es obligatoria, cuando los católicos invocan a María como “Madre”, u oran a ella o con ella, están expresando una respuesta natural y amorosa al misterio de esta mujer fiel en cuya carne Dios se encarnó y en cuyo amor y cuidado maternal todos pueden confiar. Los católicos buscan en María a alguien que conoce a Jesús de manera privilegiada y única. Las devociones marianas son simplemente gestos de amor hacia ella.
129. Una de los anclas de la vida devocional católica es el “Ave María” y especialmente el rosario. Aunque los orígenes del rosario son inciertos, sí se sabe que durante el medioevo se desarrolló una colección para los laicos de 150 oraciones del Ave María en quince meditaciones o misterios, como una alternativa a la oración monástica de los 150 salmos en el Oficio Divino. Esta colección fue un medio de santidad para la gran mayoría los fieles que en ese tiempo eran analfabetos. Las meditaciones consideraban la encarnación (los misterios gozosos), la pasión (los misterios dolorosos), y la resurrección (los misterios gloriosos). En 2002, el Papa San Juan Pablo II añadió cinco misterios nuevos al rosario (misterios luminosos) que enfatizan la vida y ministerio de Jesús.

²² Cf. Directory on Popular Piety in the Liturgy, 2001.

Los católicos ven el rosario como “una oración evangélica” (*Marialis Cultus* §44). Sus oraciones repetitivas pueden ser vistas como una manera de entrar en contemplación de la encarnación, ministerio, y sufrimiento de Cristo. Por medio de su recitación, el cristiano se acerca más a Jesús en compañía amorosa con su Madre, la Madre de todos los cristianos y la discípula ejemplar, guardando, como ella, todas estas cosas en su corazón. “En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo —en compañía de María— este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir “amistosa”” (RVM §15). Los católicos invitan a otros cristianos a reconocer el beneficio espiritual de rezar el rosario para profundizar su relación con Jesús.

130. La práctica católica de la veneración de las reliquias causa mucha inquietud en muchos metodistas. Aunque es menos frecuente que anteriormente, la veneración de las reliquias—usualmente obtenidas de los cuerpos o artículos personales de los santos—es una tradición antiquísima en el catolicismo. Por costumbre los altares permanentes en las iglesias católicas incluyen pequeñas reliquias de un santo relacionado en alguna manera a la comunidad. Esta costumbre se remonta a la antigua práctica de celebrar la eucaristía en las catacumbas o cementerios, donde las tumbas de los mártires y los otros fieles difuntos eran usadas como altares, enfatizando de tal modo la fe cristiana en la resurrección de los muertos. El orar junto a las tumbas de los santos y venerar sus reliquias extiende esta práctica. Estos actos afectivos dan expresión tangible a la comunión real que los santos en la tierra tienen con los santos en el cielo.
131. Estas prácticas devocionales surgen del anhelo humano natural de visitar las tumbas de los que queremos y de recordarlos guardando algunas de sus posesiones. Los metodistas igualmente reverencian objetos y lugares especiales incluyendo los sitios vinculados con figuras de importancia para la tradición metodista. Los católicos preguntarían a los metodistas si estarían más dispuestos a aceptar la práctica de venerar las reliquias, entendiéndolas como actitudes humanas afectivas. A su vez, los católicos pueden ser interpelados pertinente por las inquietudes metodistas sobre el riesgo real de la idolatría; pues aún una cosa muy santa se puede convertir en foco de una idolatría pecaminosa. Para los católicos y los metodistas, la devoción popular a las reliquias debe ser objeto de discernimiento para que no se torne en una distracción de la alabanza exclusiva de Dios.

El morir en santidad

132. El morir en santidad llega a su conclusión en la muerte, el final del peregrinaje en la tierra. Los católicos y los metodistas creen que el morir en santidad es parte del vivir en santidad, y que el pueblo de Dios da testimonio del evangelio en su manera de morir. Narraciones edificantes del morir en santidad han inspirado y animado a fieles de todas las generaciones cuando contemplaban la realidad de su propia muerte. La posibilidad de buscar una “muerte buena” en espera de la resurrección a la vida eterna es un testimonio poderoso del evangelio frente a las tendencias sociales contemporáneas que conciben el fin de la vida como una experiencia negativa que debe ser apresurada.
133. En la tradición católica, una “muerte buena” ha sido un tema constante para la oración privada y pública. Al final de la vida, las oraciones y rituales de la Iglesia apoyan el vivir en santidad en la forma particular del morir en santidad. Por medio del arrepentimiento y la confesión de los pecados en el sacramento de la reconciliación, y en la unción del sacramento de la sanidad, la persona que muere es fortalecida para emprender su viaje final. En estas circunstancias, la persona que está muriendo recibe la eucaristía como “comida para el camino” (*viaticum*). El pasar de la vida por la muerte es, por tanto, un momento de gracia. Tal reverencia por el final de la vida y el deseo de posibilitar el morir en santidad continúa expresándose hoy en los programas de cuidados paliativos promovidos por los católicos y otros cristianos.
134. En un modo similar, los metodistas primitivos creían que el vivir en santidad preparaba a la persona para experimentar el morir en santidad. La “buena muerte” era considerada como un testimonio a Cristo poderoso y ejemplar. Por tanto las narraciones emotivas del morir en santidad fueron publicadas frecuentemente en la literatura metodista. El morir era visto como una oportunidad para crecer más en la gracia, y por eso el lecho fue acompañado por el canto de himnos, la lectura de las escrituras, y la comunión en la Santa Cena. Hoy día, los metodistas continúan siguiendo estos y similares rituales y prácticas con los que mueren y en la hora de la muerte. Algunos recursos litúrgicos utilizan oraciones de la tradición católica como “Id, pues, alma cristiana” (*Proficisciere*) (e.g., UMBW, p. 167; MWB, p. 431).
135. Los metodistas y los católicos entienden conjuntamente la muerte como una experiencia llena de gracia, aún ante el sufrimiento y la pérdida. Por eso, el morir en santidad no es simplemente un asunto privado o exclusivamente perteneciente a una élite espiritual. Al contrario, la convicción del valor de morir en santidad informa a los

católicos y metodistas en su aportación a los campos de elaboración de políticas, cuidado social y de salud. En estos campos, el llamado a la santidad se expresa como respeto a la dignidad de los que mueren y de sus seres queridos, y en presentar una visión del fin de la vida como una situación de amor, paciencia, cuidado, y esperanza. En estos días, cuando el morir es visto como “una pérdida de tiempo”, y se busca legalizar la eutanasia y el suicidio asistido, los metodistas y los católicos pueden hablar juntos a las autoridades políticas para desafiar algunas perspectivas seculares sobre el fin de la vida que desvaloran el morir.

El camino a Jerusalén—y más allá

136. Este capítulo ha investigado las maneras en que las iglesias católicas y metodistas capacitan y acompañan al pueblo peregrino de Dios en su crecimiento en santidad. Implícito en el vivir en santidad—por medio del encuentro con el Cristo resucitado en las escrituras, los sacramentos, la oración y la acción—es el llamado a vivir con Dios en beatitud. El caminar del cristiano es un caminar al corazón de la Trinidad, un caminar al amor perfecto que es el principio y fin de la santidad. Estas consideraciones sobre el vivir en santidad por los peregrinos “en vía” lleva a la consideración de los “santos en el cielo” como meta final del vivir en santidad.

Santa Josefina Bakhita

Josefina Bakhita (nombre que significa “afortunada”) fue canonizada en el año 2000 y es reconocida como santa por su santidad y la manera en que superó sufrimientos indescriptibles, descubrió la libertad humana, y llegó a depositar su confianza y profesar su fe en su salvador, Jesucristo.

Nació en la región del Darfur en el sur del Sudán en 1869, Bakhita fue secuestrada cuando era joven y fue vendida como esclava en los mercados de El Obeid y Karthoum. Sus dueños la trataban cruelmente y ella portó las cicatrices físicas de su sufrimiento por el resto de su vida. Eventualmente fue comprada por el cónsul italiano Callisto Legnani, quien la trató bien y le mostró respeto por medio de gestos de bondad. Cuando Legnani tuvo que regresar a Italia por razones políticas, Bakhita obtuvo permiso para viajar con su familia y así comenzó su tránsito a la libertad. Después de pasar un tiempo con otra familia, fue encomendada a las Hermanas Canosianas en Venecia. Allí ella llegó a conocer sobre el Dios que ella reconoció desde su niñez: “Recuerdo como, cuando niña, contemplaba el sol, la luna, las estrellas, y todas las cosas bellas de la naturaleza, y me preguntaba “¿quién es amo de todo

esto?” Y sentí un agudo deseo de verlo, conocerlo, y rendirle homenaje”.²³

En 1890, recibió el bautismo y el nombre de Josefina. Seis años después entró al convento y pasó el resto de su vida en oración, trabajos sencillos, y recibiendo a las personas con bondad y calurosa hospitalidad. Murió en 1947. Los católicos la reconocen como la patrona de las víctimas del tráfico humano y se busca su intercesión por la libertad y dignidad de las personas que son abusadas de tal modo.

El Reverendo Doctor Donald Oliver Soper, el barón Soper de Kingsway

Donald Soper fue reconocido en el mundo como el profeta callejero. Predicaba a la intemperie semanalmente, todos los miércoles y domingos, en Tower Hill y *Speaker's Corner* en Londres. Continuó en este ministerio desde 1926 hasta tres semanas antes de su muerte en 1998 a la edad de 95. Siempre logró vincular una profunda piedad cristiana, santidad, y testimonio evangélico al cuidado por la justicia social y el servicio al pobre. Guió la Misión de Londres Occidental y su trabajo de ministerio social por cuarenta y dos años.

Donald Soper leyó el Sermón de la Montaña no como un bello pero imposible ideal, sino como un programa práctico para vivir. Su fe lo llevó a un ministerio arraigado espiritualmente y a la vez comprometido en la acción política y social. Acuñó la frase “la compañía de controversia”, que describe bien la manera en que vivió su fe cristiana. Donald Soper defendió el pacifismo en una era de guerra y conflicto. Aunque era un locutor de radio sobresaliente, se le prohibió trasmitir desde la BBC durante la Segunda Guerra Mundial porque rehusó mitigar sus convicciones pacifistas. Con regularidad era desalojado del muro en Tower Hill por sus ideas.

Además de ser Presidente de la Conferencia Metodista de Gran Bretaña en 1953, el puesto más alto en la denominación, Soper fundó o estuvo activo en organizaciones que reflejaban las convicciones que surgían de su fe. Fue co-fundador del Movimiento Social Cristiano en 1960 y por un tiempo fue presidente de un Albergue de Caridad para los Ambulantes, presidente de la Liga contra Deportes Crueles, presidente de la Compañía Sacramental Metodista, y presidente de la Compañía Metodista de Paz. En 1981, el Concilio Mundial Metodista le otorgó el Premio Metodista Mundial de la Paz. A pesar de todo esto, Soper se sentía satisfecho de ser conocido como “uno de los predicadores itinerantes del Señor Wesley”.

²³ Maria Luisa Dagnino, *Bakhita Tells Her Story* (Rome: Casa Generalizia, Canossiane Figlie della Carità, 1993), p. 61.

CAPÍTULO CUATRO

El pueblo santo de Dios: Los santos en el cielo

137. Este capítulo explora la transición del cristiano de la muerte a la vida, y de la consumación final de todas las cosas en Cristo al fin de los tiempos. Se enfoca en los “santos arriba”—los santos en el cielo. La cultura del pensamiento científico contemporáneo dificulta para muchos el entender los misterios cristianos sobre lo que sigue después de la muerte. El tema de este capítulo, por tanto, debe ser abordado con una humilde fe cristiana y con una reserva adecuada, reconociendo que las palabras, los conceptos, y las imágenes son inadecuadas para expresar el misterio del amor y vida de Dios más allá de la tumba. En presencia del misterio, es mejor decir menos que tratar de especular.
138. La riqueza de la revelación de Dios en las escrituras proveen un fundamento para la enseñanza cristiana sobre la resurrección y la vida eterna. Esta verdad es conocida tanto por la enseñanza de Jesús—“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás” (Jn 11:25)—como por los testigos de la resurrección. San Pablo enseña que si Cristo no ha resucitado de los muertos, nuestra fe es en vano (1 Cor 15:20-21). Los cristianos confían que “todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Jn 3:2). La esperanza cristiana consiste en que “estaremos con el Señor para siempre” (1 Tes 4:17).
139. Como amigos y seguidores de Cristo, los cristianos caminan juntos como peregrinos hacia la promesa de la vida eterna y la comunión con los santos “de pie delante del trono” (Ap 7:9). Jesús ordenó a sus discípulos a amar a Dios y el uno al otro en relaciones que comienzan en esta vida pero se extienden más allá de la muerte cuando el conocimiento y el amor sean perfectos. “Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces

veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido” (1 Cor 13:12).

140. Hay muchas preguntas que conciernen “las últimas cosas” la cuales los cristianos exploran porque “la fe busca entendimiento”. Los evangelios contienen muchas referencias al juicio final (cf. Mat 25:21-46) y hablan del regreso de Cristo en gloria (cf. Mc 13:26). En el evangelio de Lucas (23:43), Jesús dice al ladrón arrepentido en la cruz, “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Esta promesa suscita la pregunta sobre qué ocurre entre la muerte de la persona y el juicio final y la resurrección general. ¿Hay un estado intermedio? ¿Qué significa hablar de “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21:1) cuando “Cristo es todo y está en todos” (Col 3:11) y el reino de Dios se realiza? ¿Cuál es la relación entre los santos en la tierra y los santos en el cielo?
141. Los católicos y los metodistas confiesan los credos ecuménicos que afirman la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo, y la vida perdurable. Esta confesión común expresa una esperanza cristiana compartida, pero sin embargo hay diferencias en el entendimiento teológico entre nuestras comuniones; algunas de estas se derivan de las controversias de la Reforma Protestante. Aún más, lo que una comunidad cristiana cree es articulado en el contexto de culturas particulares, por lo cual una fe común en la resurrección y la vida después de la muerte pueden ser expresados en una variedad de formas litúrgicas y culturales.

La comunión con los santos en el cielo

142. Todos los bautizados, vivos y muertos, componen la comunión de los santos. Sin embargo, los metodistas y los católicos reconocen dentro de esta comunión, la presencia ejemplar de la gracia divina en personas específicas cuyas palabras y vivir en santidad—aún hasta el punto de derramar su sangre por Jesús—testifican la acción transformadora del Espíritu. Esta “nube de testigos” transciende las divisiones eclesiales (Singapur §66). Los santos en el cielo, que han pasado a la plenitud del misterio de la gracia de Dios son siempre partes de la comunidad. El testimonio y ejemplo del pasado continúan siendo valorados; los santos en el cielo son reconocidos como instancias del más íntimo amor de Cristo y señales del cumplimiento final de las promesas de Dios (Singapur §74). El vivir en santidad entre los santos en la tierra puede recibir inspiración de la contemplación y meditación de los testimonios de estas figuras ejemplares.
143. La comunión entre los santos en la tierra y los santos en el cielo es como la de una familia, donde los lazos de amor continúan existiendo entre los vivos y los muertos. Los muertos todavía son

recordados como miembros de la familia en oración y en los días especiales como también en lugares particulares. Hay un sentido de solidaridad entre los santos en el cielo como cristianos fieles que han vivido el evangelio y se hacen santos durante sus vidas.

Vengan unámonos a nuestros amigos arriba
Los que han obtenido el premio,
Y en las alas amorosas de águila
A gozos celestiales se elevan;
Que todos los santos terrestres canten
Con los que a la gloria han partido,
Pues todos los siervos de nuestro Rey
En la tierra y el cielo son una cosa.²⁴

La muerte y la esperanza de la resurrección

144. La muerte lleva a las personas a los límites más lejanos, e impone una finalidad inmersa en misterio. La vida humana es una vida hacia la muerte. Es precisamente frente a la muerte que la proclamación del evangelio estalla: Jesucristo ha vencido al pecado y a la muerte y ofrece la promesa de la salvación, resurrección, y vida eterna a todos los que creen en él (Jn 3:16-17). Por medio del bautismo, los fieles participan en la muerte y resurrección de Cristo y se convierten en sus hijos adoptivos que “caminan en novedad de vida” (Rom 6:3-8) como miembros de su cuerpo, el santo pueblo de Dios. La seguridad del triunfo de Cristo sobre la muerte inspira el peregrinaje del cristiano que desea ver a Dios cara a cara y cuya vida anticipa la resurrección final. La muerte física completa el morir con Cristo que comenzó en su bautismo y anticipa el cumplimiento de las promesas de resurrección. Mientras que el dolor y la pérdida envuelven naturalmente el fin de esta vida, los cristianos atribuyen un significado positivo a la muerte. “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia” (Fil 1:21).
145. Los rituales del morir son seguidos por los rituales de la muerte. Los metodistas y los católicos mantienen en común los siguientes: la oración con los dolientes, frecuentemente en presencia del difunto; un velorio o vigilia; un funeral, servicio memorial o misa; y el entierro o cremación seguido por la distribución reverente de las cenizas. En estos rituales, la comunidad cristiana ofrece consuelo a los que lloran y proclama esperanza de resurrección por la lectura de las escrituras y el cantar de himnos cristianos, y confiando el difunto a la misericordia de Dios.

²⁴ Carlos Wesley, *Funeral Hymns* (London: [Strahan], 1759), no. 1.

146. La enseñanza cristiana mantiene en tensión la continuidad de identidad personal entre este mundo y el que sigue, y la discontinuidad entre la vida en la tierra y en el cielo. San Pablo expresa la convicción de que ni aun la muerte puede separar a una persona del amor de Jesucristo (Rom 8:38-39). Esta esperanza es para todas las personas. La fe cristiana afirma el poder creativo de Dios que reunirá el cuerpo y alma en la resurrección general según el patrón de Jesucristo.
147. Los católicos y los metodistas creen que Dios quiere la salvación de todas las gentes, mientras que también creen que la salvación se alcanza exclusivamente por medio de Jesucristo (Hec 4:12). La esperanza para los que no llegan a tener una fe salvadora y explícita en Jesucristo se apoya en la justicia y misericordia de Dios. La enseñanza católica afirma que “quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna” (LG §16). Los metodistas no han considerado como necesario el articular una enseñanza autorizada sobre la posibilidad de salvación para los que nunca llegan a tener una fe salvadora y explícita en Jesucristo. Sin embargo, la tradición teológica wesleyana mantiene que hay un conocimiento básico de Dios que está disponible a todos los que no han escuchado el evangelio de Cristo. Tal conocimiento es el resultado de la gracia preventiva, la cual está basada en la obra expiatoria de Cristo. Cuando los humanos responden al llamado de Dios a la santidad, según el conocimiento iluminador que han recibido por la gracia y por medio del Espíritu Santo, entonces hay razones para tener esperanza de que esto llevará a una relación salvadora con Dios, lo cual es siempre y necesariamente por Jesucristo.
148. Los metodistas y los católicos afirman su confianza en la misericordia de Dios en cuanto a los infantes y otros que mueren sin haber recibido el sacramento del bautismo y creen que ellos también participan en la promesa de vida eterna. Sin embargo, los católicos y los metodistas son exhortados a bautizar los bebés prematuros y a otros en peligro de muerte. En casos de emergencia, cualquier persona puede bautizar a otra usando agua en unión a la fórmula trinitaria. En respuesta a necesidades pastorales, los católicos y los metodistas proveen ritos funerarios para bebés que nacen muertos (cf. UMBW, p.1771; MWB, p.492). Pastoralmente, es comúnmente importante ofrecer rituales a los padres que les permitan dar voz al dolor por la pérdida del bebé que nació muerto y que demuestren la dignidad humana del niño. En tiempos

recientes, ritos litúrgicos han sido elaborados para mujeres y padres que sufren malpartos. En circunstancias trágicas como éstas, los ritos litúrgicos y el cuidado pastoral de los afligidos ayuda a reconocer la realidad de la muerte y la pérdida mientras que facilita el proceso del duelo.

El juicio de Dios

149. El Credo de los Apóstoles afirma que Cristo “vendrá otra vez para juzgar a vivos y muertos”. Aunque algunos cristianos consideran desagradable la idea del juicio divino y prefieren enfocarse exclusivamente en la misericordia de Dios, la plenitud del evangelio invita a los creyentes a mantener la misericordia y la justicia unidas. En el Día del Juicio, la persona estará ante la santidad de Dios y la historia total de su vida será expuesta (Mat 12:35-37). Las consecuencias del vivir en santidad y los fracasos del pecado serán revelados ante el Señor quien ordena a sus discípulos a amar a Dios y al prójimo (Mc 12:30-31), a alimentar al hambriento, dar de beber al sediento, recibir al extraño, vestir al desnudo, y visitar al enfermo y al que está en prisión (Mat 25:31-46). A la vez, Dios otorga a cada persona el don de la libertad para que siempre tengan la libertad de aceptar o rechazar el don gratuito de la salvación de Dios y el llamado a la santidad.
150. Los metodistas y los católicos creen que el juicio particular de Dios al momento de la muerte determina el destino final de la persona. Aunque algunas tradiciones de santidad metodista enseñan y esperan la perfección en esta vida, ambas tradiciones aceptan que muchos fracasarán en alcanzar la santidad incondicional que se necesita para que alguien pueda ver a Dios cara a cara (Heb 12:14). Cuando una persona muere sin haber alcanzado tal perfección los metodistas y los católicos están de acuerdo en que ésta le será concedida en la transición a la vida eterna (JCS, p.90). La naturaleza de esta transición es debatida.
151. La misericordia de Dios es ilimitada, pero ni los católicos ni los metodistas creen en el universalismo (que todos serán salvos sin considerar su libre albedrío), aceptando que una persona puede decidir cortar su relación con Dios. Las tradiciones católicas y metodistas permiten una variedad de interpretaciones sobre lo que ocurre en el juicio y ambos reconocen la posibilidad de la condenación eterna. Igualmente, ambas tradiciones describen el infierno con la vívida imagen bíblica del fuego eterno. Sin embargo, las explicaciones contemporáneas del cielo y el infierno se enfocan en la relación con Dios. Como cualquier relación, la relación de una persona con Dios después del bautismo puede madurar y profundizarse o puede disminuir y secarse. El infierno se puede

entender como la muerte de una relación con Dios y por tanto como la enajenación total de Dios. Los católicos y los metodistas consideran que es apropiado esperar que nadie sea condenado eternamente.

152. Una diferencia significativa entre los católicos y los metodistas concierne el asunto de como la santidad incondicional es concedida a los que han muerto sin haberla alcanzado. La doctrina católica del purgatorio concibe un proceso de purificación después de la muerte; en este estado intermedio la persona difunta es purificada de sus pecados y perfeccionada en santidad por el efecto purificador de la gracia de Dios. Sin embargo, los reformadores protestantes rechazaron esta enseñanza como una mera especulación propensa al abuso. Siguiendo la iniciativa de Juan Wesley, quien también rechazó la doctrina del purgatorio siguiendo la interpretación de los reformadores protestantes, los metodistas han sido circunspectos al enseñar sobre esta transición. Algunos metodistas entienden la perfección como un regalo de Dios otorgado instantáneamente al morir, mientras que otros consideran el crecimiento en santidad como un proceso que continúa en un estado intermedio después de la muerte. Curiosamente, Wesley parece haber mantenido esta última perspectiva y escribe sobre las almas que moran en el seno de Abraham “continuamente maduran para el cielo” y declara además que “es cierto que los espíritus humanos aumentan rápidamente en conocimiento, santidad, y felicidad, conversando con todas las almas sabias y santas que han vivido en todas las edades y naciones desde el comienzo del mundo”.²⁵
153. Recientemente, la enseñanza católica ha definido aún más la doctrina del purgatorio. El Papa Benedicto XVI en su encíclica de 2007 *En esperanza fuimos salvos (Spe salvi)* ofrece posibilidades para desarrollar un entendimiento ecuménico de la purificación después de la muerte. La encíclica describe la purificación como un encuentro dramático con Cristo, ante quien toda falsedad se esfuma. Es un encuentro doloroso; la enfermedad de nuestras vidas se hace evidente a nosotros, pero “es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios” (*Spe salvi* §47). Buscando superar la controversia teológica que surgió cuando el purgatorio fue concebido en términos de tiempo y espacio, la encíclica declara que “no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la “duración” de este arder que transforma... Es tiempo del

²⁵ Juan Wesley, ‘On Faith’, §6, WJW 4:191-92.

corazón, tiempo del “paso” a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo” (*Spe sahi* §47). Los católicos ofrecen esta encíclica a los metodistas como una manera posible de describir el proceso de purificación y perfección que sigue a la muerte. Este entendimiento compartido entre católicos y metodistas provee un fundamento cristológico para un diálogo adicional sobre la purificación posterior a la muerte y la doctrina del purgatorio.

La oración por los difuntos

154. Tal como los cristianos oran los unos por los otros aquí en la tierra, los católicos continúan orando por los que todavía están siendo purificados, y especialmente por sus seres queridos. El que “todos los lazos de afección que nos tejen en unidad a lo largo de nuestras vidas no se desatan con la muerte” anima a los católicos a creer que un intercambio espiritual de su oración y sus efectos es posible entre todos los miembros del cuerpo de Cristo.²⁶ Además, el precedente de esta práctica se encuentra en una oración en las escrituras déutero-canónicas por los que han muerto (2 Mac 12:44-45; 1 Cor 3:15). Las oraciones de intercesión son un acto de confianza en el poder misericordioso de Dios para salvar por medio de la obra redentora de Cristo. Igualmente, los actos de caridad, oración, la celebración de la misa por la intención de un ser querido, o las buenas obras como las limosnas por la gracia de Dios pueden ayudar a los que han muerto. Los católicos oran por los fieles difuntos para que sus pecados sean perdonados y para que puedan ser recibidos en el cielo: “O Señor, concédeles descanso eterno, y que la luz perpetua los ilumine. Que descansen en paz.”
155. Al rechazar la doctrina del purgatorio, los reformadores protestantes del siglo dieciséis igualmente rechazaron la práctica de orar por los difuntos. Sin embargo, en el siglo veinte se experimentó un interés creciente por la oración a favor de los difuntos en respuesta a necesidades pastorales creadas por el número inmenso de muertes lejanas ocasionadas por la guerra. Consecuentemente, es claro que los metodistas están cada vez más interesados en explorar la práctica de orar por los difuntos. Algunos ritos metodistas reconocen el lugar de los fieles difuntos en la comunión de los santos. En las liturgias eucarísticas el *Sanctus* de la oración de acción de gracias hace referencia a los santos en el cielo uniéndose con los santos en la tierra en la alabanza de Dios. Las liturgias funerarias metodistas a veces hacen referencia a la comunión de los santos (“En la gloriosa compañía de los santos en la luz”; UMBW,

²⁶ Cf. *Order of Christian Funerals*, Invitation to Prayer from the Vigil for the Deceased, y CCC §§1475-6.

p.150). Las oraciones específicas por los difuntos son muchas veces inspiradas por los textos de la Misa de Réquiem católica; por ejemplo, “oramos por aquellos a quienes amamos pero ya no vemos” (MBW, p.458) y “te adoramos por la gran compañía de todos aquellos que han terminado su carrera en fe y que ahora descansan de sus laborares...Que la luz perpetua brille sobre ellos” (UMBW, p.143).

Los santos unidos en amor y alabanza

156. Los metodistas y los católicos honran a los santos en el cielo como testigos de la santidad y ejemplares del vivir en santidad. Algunos, como los apóstoles y los mártires de la Iglesia primitiva, son nombrados públicamente y honrados por todos los cristianos. Los santos en el cielo adoran a Dios, mientras que los santos en la tierra se unen a su alabanza por medio de la oración, el canto, y el culto, especialmente la eucaristía. Los santos en el cielo animan a los santos en la tierra a continuar su peregrinaje terrenal: “Los santos en la tierra permanecen en peregrinaje, marchando y orando por una cada vez mayor expresión de unidad, santidad, catolicidad, y apostolicidad. Los santos en el cielo son sus amigos invisibles, divididos temporeraamente por la muerte, pero unidos en fe, amor, gratitud y alabanza” (CLP §2.4.13).
157. Para los católicos, los santos en el cielo son también intercesores por los lazos de amor existentes entre todos los miembros de la Iglesia y Cristo. La intercesión de los santos es un evento diario cuando los santos son mencionados en las oraciones litúrgicas. En las palabras del Prefacio de la Misa por los Santos: “Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita, por Cristo, Señor nuestro” (RM). Además de solicitar las oraciones de los que los rodean, los peregrinos terrenales pueden pedir a sus amigos en el cielo que intercedan por ellos. Este fuerte sentido de amistad y apoyo mutuo edifica la comunión de la Iglesia mediante oraciones reciprocas. Toda oración de este tipo depende de los méritos ganados por la muerte y resurrección de Cristo, el único mediador, que son aplicados para el beneficio de los individuos y la comunidad. En la imaginación católica, los coros celestiales y terrenales adoran a Dios en unísono y oran los unos por los otros como amigos en Cristo.
158. Los metodistas reconocen la misteriosa solidaridad de los santos en el cielo con los santos en la tierra. Ésta se deriva de los lazos inquebrantables de amor y comunión que los une en el cuerpo de Cristo. A su vez, los metodistas han sido reacios en explorar en

detalle las implicaciones de tal solidaridad y mutuo apoyo entre los santos terrenales y los celestiales. En general se han mostrado resistentes a invocar a los santos para no arriesgar la unicidad absoluta de Cristo como único mediador. El Artículo 14 en el compendio de Juan Wesley de los Treinta y nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra denuncia la invocación de los santos (entre otras prácticas católicas) como “supersticiones, vanas invenciones sin fundamento en las Escrituras y contrarias a la Palabra de Dios”. Por otro lado, Wesley sugiere en otro lugar que el espíritu de los fieles difuntos pueden servir junto con los ángeles a los vivos: “¿No podemos suponer que los espíritus de los justos, aunque generalmente habitando en el paraíso, pueden a veces, en unión con los santos ángeles ministrar a los herederos de la salvación?” Entonces añade, “¿Cuánto añadirá a la felicidad de esos espíritus, que ya han sido descargados del cuerpo, permitírseles ministrar a los que son dejados atrás?”²⁷ Esto sugiere que Dios puede encargar a los santos difuntos ministrar a los vivos, aunque los vivos no pueden invocar la intercesión particular de los santos. Una convergencia adicional dependerá de sobre y como los metodistas desarrollan las implicaciones litúrgicas y prácticas de la solidaridad entre los santos en el cielo y en la tierra.

159. A este respecto, designar días a los santos demuestra la importancia de los santos en el calendario católico y en ciertos calendarios metodistas. Algunos metodistas han encontrado que la observancia de los días de los santos y la reflexión orante de las vidas de los santos es útil como señales del amor de Dios y los frutos del Espíritu que inspiran crecimiento en santidad.

María: Vida y Señal de Gracia y Santidad

160. El tercer capítulo consideró a María, la Madre del Señor, como una mujer de oración (Hec 1:14) que encuentra favor con Dios (Luc 1:30), es sierva del Señor (Luc 1:38), y cuya santidad siempre señala hacia Cristo. Aquí el dogma de la Asunción de María es brevemente explicado en relación a la gracia y la santidad, reconociendo que los metodistas, junto con otros, mantienen reservas sobre sus fundamentos bíblicos.
161. Los católicos creen que María, al final de su vida corporal, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial. La fiesta del “quedarse dormida” de María data de finales del sexto siglo. En el Este, la fiesta era conocida como la “dormition”, lo cual implicaba su muerte pero no excluía su ser llevada al cielo. En el Oeste, el

²⁷ Juan Wesley, ‘On Faith’, §12, WJW

término “asunción”, enfatizaba su ser llevada al cielo, pero no excluía la posibilidad de su muerte. Esta creencia se manifiesta en la teología de la Iglesia primitiva, pero el dogma de la Asunción no fue definido formalmente hasta el 1950.

162. Es importante reconocer que “el dogma no adopta una postura particular sobre cómo terminó la vida de María, ni usa el lenguaje de muerte y resurrección, sino que enfatiza la actuación de Dios en ella”.²⁸ En el corazón del dogma yace la convicción de que al final de su vida María sería abrazada y llevada inmediatamente a la presencia del Dios que tomó carne en su vientre. Preparada por la gracia para su rol singular en la historia de la salvación, su camino a la santidad fue vivido en la intimidad de ser Madre del Verbo encarnado. María ya comparte plenamente la esperanza de la resurrección, la cual es la esperanza de todos. Su asunción al cielo completa su redención, siendo elevada por Cristo y totalmente dependiendo de él. Los católicos entienden a María como totalmente santa, *panagia*, plenamente santificada y perfeccionada por el don del Espíritu Santo que la ensombrece y llena su vida. En este modo, María es un signo que anticipa el futuro de los cristianos como individuos y aún más como la Santa Iglesia de Dios. Ella resulta ser un signo e ícono del llamado universal a la santidad (cf. MML §26).
163. Los metodistas afirman el rol único de María en la historia de la salvación, como testificada en las escrituras—notablemente su respuesta llena de gracia a la invitación de Dios a llevar el Verbo encarnado en su vientre, y en su discipulado ejemplar en el cual ella insta a otros a obedecer el llamado a la santidad (Jn 2:5). Aunque no encuentran ningún fundamento bíblico para el dogma católico de la Asunción, los metodistas pueden afirmar su intención medular de dar testimonio a la obra salvífica de Dios en Cristo y la consumación final del vivir en santidad. Por la gracia, María fue hecha perfecta en el amor y santidad por medio de su íntima relación con su hijo. Desde una perspectiva metodista, en la vida de María se ve fácilmente la manifestación de la perfección cristiana o la plena santificación. Por eso, su “quedarse dormida” anticipa y testifica el glorioso futuro de todos los hijos de Dios, hecho posible por el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo.
164. Donde los católicos y los metodistas difieren, sin embargo, concierne sus maneras de entender las implicaciones espirituales y pastorales que tiene el lugar único que María ocupa dentro de la comunión de los santos, para los santos de la tierra. Al invocar las

²⁸ ARCIC, *Mary: Grace and Hope in Christ*, §58.

oraciones de los santos difuntos, los católicos consideran que la intercesión de María es efectiva de modo particular por su estado elevado dentro de la comunión de los santos como “Madre de Dios”. Los metodistas, por otro lado, no ven ninguna razón para pedir la intercesión de María (o de cualquier otro santo), pues todos son igualmente dependientes en Cristo para su redención. Los metodistas preguntarían a los católicos si el buscar la intercesión de María no demuestra una desconfianza en Jesucristo que vive por siempre para interceder por nosotros (Heb 7:25; cf. Rom 8:34). Además, el invocar la intercesión de María promueve una devoción excesiva que detrae del culto debido solamente a Dios, a pesar de las distinciones teóricas que están presentes en la doctrina católica. Los católicos preguntarían a los metodistas si el ser fieles al testimonio de la escritura no conduce al reconocimiento del estado exaltado de María en la nueva creación: “mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva” (Luc 1:47-48). Además, las escrituras mismas señalan la devoción apropiada a María: “Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones” (Luc 1:48). Continuar la reflexión en conjunto sobre estas preguntas conducirá a un mayor entendimiento mutuo y, ojalá, a una confluencia mayor entre los católicos y los metodistas sobre María, la Madre del Señor, como signo de gracia y santidad.

Esperando el regreso de Cristo

165. La esperanza cristiana en la resurrección aguarda el día cuando: “Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” y todas las cosas serán hechas nuevas (Ap 21:4-5). Las escrituras hablan del fin de la historia de la salvación utilizando imágenes vívidas; entre éstas se destaca la idea del “cielo nuevo y tierra nueva” (Ap 21:1). En este estado celestial, todos los santos experimentarán al final la vida eterna en su máxima y más íntima comunión de amor con Dios, participando gozosamente en el “banquete mesiánico” (Is 25:6; Mat 22; Luc 14:15; Ap 7:16). Aunque “ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara” (1 Cor 13:12). Los católicos y los metodistas creen que el cielo es el último fin y cumplimiento de los más profundos deseos humanos, el estado de la alegría y felicidad suprema.
166. El artículo del Credo de los Apóstoles “Creo en la resurrección del cuerpo”—literalmente, la resurrección de la carne—significa no solamente que nuestra alma inmortal vivirá después de la muerte, sino que “el cuerpo mortal” también experimentará resurrección. Las imágenes bíblicas describen una transformación en la cual Cristo “transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como

su cuerpo glorioso” (Fil 3:21) y hablan de un “cuerpo espiritual” en el cual nuestros cuerpos corruptibles se visten de incorruptibilidad (1 Cor 15:44, 49-55). Como Cristo asumió todo lo que es humano, todo lo que es humano será redimido. Los católicos y los metodistas comparten esta esperanza en común y la responsabilidad de mantener la promesa de la vida eterna viva en el corazón de los creyentes y de evangelizar el mundo.

167. Unidos en culto y oración con los santos en el cielo, los santos en la tierra aguardan el regreso del Señor, tal como es dramáticamente representado en las escrituras (1 Tes 4:16-17; Ap 21:2), el cual dará el cierre a la historia de la salvación. La misión y ministerio de la Iglesia serán cumplidos finalmente cuando todas las cosas sean restauradas en Cristo por el poder del Espíritu Santo (Ef 1:10). Rodeados por tan gran nube de testigos entre los santos en el cielo, los santos en la tierra corren con perseverancia la carrera que tienen por delante, fijando la mirada en Jesús, el pionero y perfeccionador de su fe (Heb 12:1-2). “Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22:20).

Heleny Guariba

Heleny Guariba es uno de los “desaparecidos” del tiempo de la dictadura militar y de los llamados *anos de ferro* (“años de hierro”) en Brasil (1964-1985). Ella fue perseguida, encarcelada, torturada, y, aparentemente, ejecutada por el Servicio de Inteligencia Nacional. A pesar del sufrimiento que ella experimentó, Heleny se mantuvo fiel a su Señor y Salvador y a su entendimiento del reino de Dios como reino de justicia y paz.

Como metodista, Heleny fue líder del movimiento juvenil en su iglesia y se dedicó a la educación religiosa, especialmente por sus aportaciones a la revista *Cruz de Malta*. Estos escritos pedagógicos siempre enfatizaban el ecumenismo, los asuntos sociales, y la valentía requerida por los cristianos para testificar en el Brasil contemporáneo. Por el vigor de sus artículos, Heleny fue despedida de su trabajo en la Iglesia mientras que el control del régimen se apretaba.

Sin embargo, la resistencia de Heleny continuó. Ella fue parte de una red clandestina que proveía salvoconductos a los que caían bajo sospecha y corrían riesgo de arresto. Una persona a quien ella ayudó fue a Frei Beto, un fraile dominico y teólogo. Un año después de su escape, ambos se volvieron a encontrar, esta vez en la prisión. Frei Beto escribió sobre ella: “Aun en la prisión tu gozo era contagioso. Yo me acuerdo de la escena la última vez que nos vimos; fue en tu cumpleaños y tus niños trajeron un pastel con velas y un pequeño regalo. Cuando tu desamarraste la cinta de seda rosa y desenvolviste el pale, viste el regalo y lo sentiste graciosísimo. Qué paradójico tras toda la tortura que habías sufrido. Se lo mostraste a todos y besaste a los niños quienes se reían

contigo... Pronto después, tú fuiste liberada de la prisión. ¡Aún bajo la tortura no pudieron probar nada contra ti! En 1971 corrieron noticias de tu desaparición. Lo único que se sabe es que fuiste prendida por el servicio de seguridad nacional y que moriste bajo tortura. Oí que tu cuerpo fue arrojado al mar. No sé. No puedo aceptarlo. Lo único que sé es que ahora Iemanjá (la Reina de los mares) luce para mí un rostro alegre.”²⁹

Christian de Chergé

Christian de Chergé (1937-1996) nació en Francia, pero pasó parte de su juventud en Argelia. Regresó allí por un tiempo como seminarista, y durante este tiempo, un amigo musulmán salvo su vida durante una escaramuza militar. Al siguiente día su amigo fue asesinado por proteger a Christian. Años después, Christian escribió “en la sangre de este amigo, llegué a saber que mi llamado a seguir a Cristo tendría que ser vivido, tarde o temprano, en el mismísimo país en el cual yo recibí la muestra del mayor amor de todos”.³⁰

Eventualmente, Christian se hizo un monje trapista y, con el tiempo, prior del monasterio Notre Dame de l'Atlas, que se encuentra en Tibhirine, Argelia. Su comunidad y él vivieron su observación monástica con dedicación y en paz, tras haber establecido fuertes relaciones con sus vecinos musulmanes. En ocasiones, Christian se reunía para orar con uno de esos vecinos, Mohammed sin perder de vista las diferencias significativas entre los musulmanes y los cristianos. Hablaban de su oración como un “cavar un pozo juntos”. Un día Christian le preguntó a Mohammed: “¿Qué encontraremos en el fondo de nuestro pozo? ¿Agua musulmana o agua cristiana? Mohammed respondió: “Bien sabes lo que encontraremos en el fondo de nuestro pozo. Lo que encontraremos es agua de Dios.”³¹

En 1993, estallaron conflictos entre fuerzas rebeldes y el gobierno de Argelia. Advirtieron a todos los extranjeros a que partieran del país. La pequeña comunidad de monjes decidió permanecer, rechazando la protección del gobierno, por solidaridad con sus vecinos musulmanes.

El 27 de marzo 1996, siete de los monjes fueron secuestrados por rebeldes pertenecientes al Grupo Islamista Armado (GIA). Varias semanas más tarde fueron encontrado muertos y Cristian era uno de ellos.

²⁹ Frei Beto, *O Batismo de Sangue*, 6th ed. (1983), pp. 51-52.

³⁰ Christian Salenson, *Christian de Chergé: A Theology of Hope*, trans. Nada Conic (Trappist, KY: Cistercian Publications, 2012), p. 24.

³¹ Ibid., pp. 49-50.

Dos años antes del secuestro, pero consciente del riesgo que corría su comunidad, Christian envió una carta a su familia en Francia para ser abierta en caso de su muerte. La carta concluye con esta oración por su futuro verdugo.

Y tú también, mi amigo en el último momento, que no vas a haber sabido lo que hacías: Sí, quiero darte gracias y que esta despedida sea un “a-Dios” por ti, también, porque en el rostro de Dios, veo el tuyo. Ojalá nos encontremos otra vez como dos ladrones alegres en el Paraíso, si le place a Dios, el Padre de ambos. ¡Amen! ¡Inch’Allah!³²

³² Ibid., p. 199.

CAPÍTULO CINCO

Creciendo en santidad juntos: Aperturas para testimonio, devoción y servicio común

¿Cuánto han avanzado los católicos y los metodistas caminando juntos como peregrinos?

168. En la introducción a este reporte (§5), constatamos que “el llamado a la santidad es también un llamado a la unidad en la Iglesia”, y que “la santidad y la unidad cristiana pertenecen juntas como aspectos gemelos de la misma relación con la Trinidad de tal modo que la búsqueda de una de estas implica la búsqueda de la otra”. La relación entre la santidad y la unidad explicita porque nuestras dos comuniones mundiales han entrado en diálogo en primer lugar, y porque el tema actual ha sido tratado. Como Cleofás y su compañero de camino a Emaús y de vuelta a Jerusalén, los católicos y los metodistas han encontrado al Señor resucitado y han sido transformados por este encuentro. Caminamos en el mismo camino, buscando seguir al mismo Señor fielmente, deseando ser guiados por el mismo Espíritu, y añorando encontrar nuestra identidad como hijos del mismo Padre. El Dios trino quien nos llama a la santidad también nos llama a la unidad.
169. Ya son cincuenta años desde que el Concilio Mundial Metodista y la Iglesia Católica Romana entraron en diálogo, y este diálogo ha sido tremadamente fructífero. En las diez rondas de este diálogo, los miembros de la comisión muchas veces han llegado a mayores convergencias que las anticipadas. El consenso entre los católicos y los metodistas en cuanto los fundamentos trinitarios y cristológicos de la fe, y la convergencia sobre muchos otros aspectos, es una señal tangible de que el Espíritu Santo ha estado obrando fructuosamente en nuestras iglesias, y en el diálogo y los esfuerzos para la reconciliación. Cuando consideramos todo lo que el Espíritu de Dios ha logrado por cincuenta años de diálogo y las crecientes relaciones, hay muchas razones para regocijarnos.

170. La experiencia de la comisión en esta ronda de diálogo ha sido alentadora sobremanera. Conscientes de que el llamado a la santidad es un llamado universal y social, hemos buscado tratar las maneras en que nuestras comunidades entienden y buscan la santidad, identificando áreas de consenso y señalando las diferencias. Hemos encontrado áreas de consenso en nuestro conocimiento del ser humano creado por y para Dios; en nuestro conocimiento de la obra de la gracia divina al capacitar, justificar, y santificar al débil ser humano, y al crear hijos e hijas de Dios capaces de testificar y compartir la obra salvadora de Dios por el mundo; en las maneras en que los seres humanos son llamados a vivir vidas santas en la Iglesia y en el mundo; y en la esperanza compartida de vivir con Dios después de la muerte. Hemos reflexionado sobre las diferencias que permanecen, y esa conversación nos ha llevado a un entendimiento mutuo mayor. Cuando hemos encontrado diferencias que nos distancian de estar en plena comunión, no las hemos considerado como callejones sin salida, sino como áreas que merecen más trabajo, y donde el Espíritu de Dios tendrá que mostrarnos cómo avanzar en el camino en la hora de Dios.
171. En el trabajo del diálogo, la identificación de áreas de consenso y la exploración de divergencias conllevan diversas tareas a nuestras comuniones, como compañeros de diálogo en el camino a la plena unidad visible de la Iglesia. ¿Cuáles son los siguientes pasos? ¿A dónde nos está llevando el Espíritu Santo ahora? Al final de la primera ronda del diálogo católico-metodista, el Reporte de Denver (1971) planteó su meta como “la educación de nuestras Iglesias a niveles laicos, ministeriales y locales, para superar los prejuicios y malentendidos” (§121); mejor comunicación y “la promoción de buenas relaciones, de diálogo y cooperación a nivel local y nacional” (§122); y renovación espiritual, compartir espiritual (§131) y el testimonio unido a los valores cristianos (§131). En 1986, el reporte de Nairobi identificó una meta más completa: “la plena comunión en fe, misión, y vida sacramental” (§20). Esta meta ha sido reiterada en reportes subsecuentes y sigue siendo el objetivo del diálogo católico-metodista.
172. Los metodistas y los católicos han llegado a verse unos a otros como hermanos y hermanas en Cristo, y a nuestras iglesias como en una relación real de comunión imperfecta o incompleta. Para los involucrados en el diálogo a lo largo de los últimos cincuenta años, este sentido de comunión real se ha hecho más fuerte y tangible.
173. La comisión es consciente de que los reportes de nuestro diálogo no son bien conocidos entre los católicos y los metodistas, y de que el consenso y la convergencia que estos textos documentan no han tenido el efecto transformador sobre nuestras relaciones que

habíamos esperado. Las declaraciones de convergencia como tales contienen un rico potencial, pero, a fin de cuentas, son meros documentos hasta que sus intuiciones y entendimientos sean recibidos. Esto nos deja con un sentido de urgencia y esperanza permanente de que nuestros esfuerzos y los de otros hacia la reconciliación entre los cristianos divididos, contribuyan a que nuestras iglesias se involucren de una forma productiva.

174. Los miembros de la Comisión provienen de once países diferentes, y se han reunido en cuatro continentes distintos durante esta ronda de diálogo. Esto nos ha recordado con frecuencia que las relaciones entre los metodistas y los católicos varían grandemente en diversas partes del mundo. En algunas regiones, las relaciones son cordiales; en otras, están marcadas por la sospecha. En algunos lugares es común que los católicos y los metodistas, usualmente acompañados por cristianos de otras comunidades, trabajen juntos por la justicia o en proyectos sociales; en otras áreas, la posibilidad de colaborar parece difícil y problemática. En algunos países el reunirse para orar y testificar en común la fe cristiana sucede fácilmente y frecuentemente, mientras que en otros países, tales reuniones son infrecuentes. Hay razones históricas, sociales, y eclesiásticas que ayudan a explicar el estado de las relaciones católico-metodistas en diversas partes del mundo. Pero la Comisión tiene la convicción de que mediante la experiencia del diálogo y el encuentro del uno con el otro, estas relaciones pueden ser fortalecidas en todas las partes del mundo; de que ninguna encarna la realización perfecta de lo que es posible; y de que Dios desea que los católicos y los metodistas aprendan a caminar más cercanamente.
175. En 1952, poco tiempo después de la fundación del Concilio Mundial de Iglesias, se formuló el Principio de Lund, que invitaba a las iglesias a preguntarse “si no deberían actuar unidas en todas las cosas, excepto en aquellas en las cuales diferencias de convicción críticas los obligan a actuar separadas”. Los metodistas han invocado el Principio de Lund en numerosos encuentros ecuménicos durante las últimas décadas. Una versión católica del Principio de Lund es expresada en el Directorio Ecuménico de 1993, el cual observó que la contribución que los cristianos pueden hacer a las necesidades del mundo “será más efectiva cuando la hagan juntos, y cuando se vea que están unidos al actuar” (§162). Desafortunadamente, la historia del ecumenismo nos enseña que no es fácil cambiar el modo de ser de las iglesias, y que hay resistencia al querer involucrarse hondamente en un testimonio y misión compartida; las iglesias tienden a elegir el actuar separadamente excepto cuando circunstancias extraordinarias meritan actuar juntos.

176. Al abordar este capítulo final, los lectores son invitados a considerar la relación entre la santidad y la unidad, y a hacer conexiones entre la búsqueda de la santidad y el tomar pasos hacia la reconciliación entre nuestras dos comuniones, basados en nuestro entendimiento mutuo sobre lo que nos mantiene unidos. Cada área en la cual hay consenso en el conocimiento de nuestra fe se puede traducir en aspectos de un testimonio común, oración unida, y un más profundo compartir la misión encomendada por Cristo a su Iglesia. Cada convergencia puede ser un estímulo para el estudio común y la continuación del diálogo. Cada paso hacia una mayor comunión en la fe, misión, y vida sacramental es un paso valioso.
177. En la apertura de la Oficina Ecuménica Metodista en Roma en el 6 de abril de 2016, el Cardenal Kurt Koch, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, comentó la relación entre los varios pasos que impulsan a los católicos y los metodistas hacia la reconciliación: “Nosotros decimos que el deber principal del ecumenismo es el unirnos juntos en un testimonio y una misión común. ¿Pero cómo podemos comprometernos en un testimonio común a no ser que sepamos que somos inspirados por un amor común que emana de la Trinidad? ¿Y cómo podemos ubicar este amor común a no ser que oremos juntos y hablemos los unos con los otros? Finalmente, como dos comuniones mundiales, ¿cómo es posible esperar que podamos entrar en oración ante el Señor y en conversación santa sin abrir espacios donde podamos estar juntos y establecer una relación más cercana entre nuestras estructuras, nuestra misión, y en efecto, nuestras vidas eclesiales?
178. Las relaciones ecuménicas no avanzan por medio de acomodo o negociación. Al contrario, las relaciones avanzan cuando el encuentro con el otro nos lleva a reconocer que nuestros hermanos y hermanas en Cristo de otra comunidad cristiana tienen mucho en común con nosotros; que cada una de nuestras comunidades es enriquecida cuando está dispuesta a recibir los dones del otro; y cuando lo que tenemos se expresa vivamente en nuestras iglesias por medio de la oración común, la amistad ecuménica, la misión unida, y el testimonio común. El involucrarse en esta obra de reconciliación es una parte intrínseca de la santidad deseada por el Dios que es totalmente santo. De hecho, el Espíritu Santo es el que nos guía en esta jornada; el Señor resucitado es quien nos acompaña al caminar juntos.
179. En este último capítulo, la Comisión ofrece un resumen en modo de declaraciones de fe basadas en los previos capítulos, de lo que los católicos y los metodistas pueden decir juntos. Donde se han encontrado diferencias, éstas serán notadas. En ese caso, plantearemos una serie de preguntas que pueden surgir de estas

declaraciones comunes y divergencias, conscientes de que estas preguntas deben ser contestadas no principalmente en el nivel de la Iglesia universal, sino en cada país, región y congregación o parroquia donde los metodistas y los católicos viven juntos. Tenemos esperanza de que estas preguntas y resúmenes a modo de credo puedan ser estudiados en congregaciones y escuelas, en familias y en grupos de clérigos, en áreas donde las relaciones entre metodistas y católicos son fuertes, y en áreas donde éstas son mínimas. Nuestra esperanza es que estos recursos sean utilizados en vistas de la estrecha relación entre la búsqueda de unidad y el crecimiento en santidad. Todas las referencias en esta sección son a los párrafos de este documento salvo donde se indique lo contrario.

El retorno al Capítulo Uno: La persona humana

180. Los metodistas y los católicos han llegado a reconocer que poseen un alto grado de entendimiento común sobre el ser humano. Juntos creemos que:

- los seres humanos son un misterio para sí mismos, un misterio que deber ser vivido en relación con Dios, con los otros, y con la creación (14, cf.17-22);
- los humanos son creados por y para Dios (16), a imagen de Dios (15), para ser hablados por Dios y oír y recibir la palabra de Dios (17);
- el origen y destino de la persona humana está vinculado a la identidad de Dios (16); nosotros somos creados con un deseo que solamente puede ser satisfecho en comunión con Dios (14);
- nuestra relación con Dios es la única dimensión absoluta de la cual toda otra dimensión humana toma su punto de referencia (20);
- en nuestra naturaleza social reflejamos al Dios trino a cuya imagen hemos sido creados (19); como seres sociales, somos creados para vivir en relaciones con la familia, la comunidad, y la sociedad; la vida en la comunidad, la cual evoca la auto-entrega interpersonal, es intrínseca al vivir en santidad (18-19);
- en el encuentro con el otro como persona, los humanos se encuentran ante una imagen que no ha sido hecha por manos humanas (19); por tanto, nosotros tenemos una obligación de respetar y cuidar el uno del otro, y nuestra identidad y satisfacción está vinculada intrínsecamente con la de los demás;
- los seres humanos son creados por Dios de tal modo que necesitan del mundo que los rodea para su propia subsistencia; además, el mundo está lleno de la gracia de Dios, y el cuidar e impulsar la creación es parte de la vocación humana;

- los seres humanos fueron hechos para vivir en armonía con Dios, la creación, y el prójimo (20), esto implica tanto dones como responsabilidades que son partes esenciales del vivir en santidad;
- los seres humanos son una unidad misteriosa, constituida del cuerpo y el alma (23-4); como seres con cuerpo, los seres humanos son finitos y mortales; como seres con alma, transcendemos el mundo y somos llamados a la inmortalidad (23-4);
- el cuerpo humano fue creado bueno y es esencial para la identidad personal, y es llamado a transformación final en la resurrección, pero ahora mismo es débil, caído, y necesitado de transformación (24-5);
- los seres humanos hemos sido creados con libertad, lo que nos hace capaces de amar, de comunión y de dar forma a nuestra identidad por las decisiones que tomamos; como todo aspecto de la existencia humana; nuestra libertad es finita y limitada (26);
- la santidad requiere que los seres humanos reconozcan y respeten los límites de su existencia como criaturas; por nuestro fracaso en hacerlo, hemos caído, y por nuestro pecado, nos hemos alejado de Dios, de los demás, y del mundo creado (27-29); toda la historia es moldeada tanto por el pecado como por la gracia de Dios;
- mientras que el pecado puede desfigurar o deformar la imagen de Dios en el ser humano, no puede destruir la imagen (30);
- Dios no quiere que nadie se pierda; en la gran misericordia de Dios, Dios no abandona a sus criaturas caídas sino que continúa superando la alienación humana actuando en nuestra historia y llamándonos a vivir en relación (31-33).

181. Los católicos y los metodistas están de acuerdo en que el misterio total de la persona humana se revela en Jesucristo:

- al igual que el ser humano lleva la imagen del primer Adán, también nosotros llevamos la imagen de Jesucristo al compartir su cuerpo resucitado; la imagen creada (*imago Dei*) desfigurada por el pecado es hecha una nueva creación en la imagen de Cristo (*imago Christi*) por el poder del Espíritu Santo (34);
- la vocación cristiana a la santidad es la ser conformes a Cristo y vestidos con su imagen (34);
- todo ha sido creado por Cristo, y todo es dirigido hacia él; Cristo es el que da a la imagen de Dios en el humano su verdadera y definitiva forma; él es la medida perfecta del ser humano, y la meta final de la existencia humana (8, 36, 39);

- el plan de Dios, revelado inicialmente en el don de la creación, es confirmado y re-creado en los misterios de la encarnación y la redención (15);
- la salvación es ante todo la liberación del pecado y la reconciliación con Dios en Cristo (36);
- el vivir en santidad comienza con el reconocimiento de los muchos dones recibidos; consiste en vivir la identidad bautismal en la tareas ordinarias de los asuntos cotidianos; al hacer esto, los cristianos contribuyen a la transformación del mundo, la re-creación del universo (37, 41);
- en Cristo, la libertad humana alcanza su meta, la receptividad al Padre y la apertura hacia todas las gentes en una postura de servicio, misericordia y amor (40);
- la gloria de Dios es la persona humana plenamente viva, y la vida de la persona humana es la visión de Dios; el ser conformes a Cristo en santidad no disminuye al humano, sino que lo humaniza (42).

182. Preguntas para discutir a nivel local y regional: ¿Cómo pueden los católicos y los metodistas apoyarse unos a otros en el vivir en santidad siendo más profundamente conformes a Cristo? ¿Cómo podemos aprender el uno del otro según buscamos vivir nuestra identidad bautismal?

Conscientes de nuestro entendimiento común sobre los seres humanos como creados por y para Dios, para ser hablados por Dios y escuchar y recibir la palabra de Dios, ¿de qué maneras podemos reunirnos creativamente en oración o juntarnos para estudiar la palabra de Dios? ¿Cuáles son algunas maneras en su región en que la dignidad humana es comprometida o amenazada? ¿Cuáles son algunas de las preguntas éticas claves que se debaten en su sociedad? Dado a que en muchos aspectos los metodistas y los católicos mantienen un entendimiento en común de la persona humana, ¿qué pueden hacer juntos en defensa de la dignidad e integridad de la persona humana?

A raíz de nuestro reconocimiento común de que cuidar e impulsar la creación es parte de la vocación humana, y de que somos llamados a vivir en armonía con el mundo natural, ¿cómo podemos aglomerar nuestras energías al servicio del medio ambiente y el cuidado de la tierra y sus criaturas?

Nosotros podemos proclamar juntos que Dios no quiere que nadie se pierda y que él no nos abandona. ¿Cómo podemos trabajar juntos para superar el extrañamiento humano por medio del

servicio de los marginados y los que están más necesitados entre nosotros?

¿Cómo estructurariamos un diálogo local o regional entre metodistas y católicos? ¿Compartir las maneras en que nuestras comunidades entienden y buscan la santidad, podría ser un buen primer tema para esa discusión?

El retorno al Capítulo Dos: La gracia de Dios

183. Los católicos y los metodistas comparten un entendimiento común de la gracia de Dios. Juntos, nosotros creemos que:

- la gracia está activa en la obra de Dios de re-crear la humanidad, superar el extrañamiento humano de Dios como resultado del pecado y guarnos a la salvación (45);
- la gracia es el amor salvador revelado en la persona y obra de Jesucristo, en su encarnación, y en su misterio pascual de muerte y resurrección; en el misterio de la salvación, la gracia de Jesucristo transforma la naturaleza y condición humana, dándonos una nueva manera de vivir en el mundo, reconciliados con Dios y los unos con los otros de acuerdo al patrón de su manera de vivir en santidad (43, 46-47);
- el don del Espíritu Santo, “el Espíritu de gracia” (Heb 10:29), fue otorgado a la Iglesia primitiva en Pentecostés y continúa presente y activo en la Iglesia a través de los siglos; el Espíritu nos busca en nuestros pecados, y hace presente la gracia de Cristo en nuestras vidas; los dones del Espíritu Santo siempre son un don de gracia en nuestras vidas (49-52, cf. 14);
- la gracia que capacita, la gracia que justifica, y la gracia que santifica son aspectos entrelazados del amor salvador de Dios y del llamado a la santidad (68);
- la gracia que capacita o la gracia “preveniente”, que es ofrecida universalmente a los seres humanos, está actuando antes de que los individuos lleguen a la fe, preparando la gente para recibir y responder a la salvación ofrecida a nosotros por medio de Jesucristo. Es por medio de la iniciativa de Dios que somos salvos, y nosotros somos salvos solamente por medio de Jesucristo. Como los seres humanos nunca están separados de la gracia que capacita, no puede haber una separación radical entre la “naturaleza” y la “gracia” (53-54);
- la gracia que capacita, la cual precede y prepara la respuesta humana a la iniciativa divina de la salvación, no remueve la necesidad de una respuesta humana libre, pero no somos salvos por medio de nuestra respuesta. Los católicos y los metodistas hablan de esta primera obra de la gracia del Espíritu

- Santo en términos de arrepentimiento o conversión (53, 55-56);
- “sólo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo que renueva nuestros corazones, capacitándonos y llamándonos a buenas obras” (59, citando JDDJ §15).
 - las buenas obras de misericordia y piedad en la vida cristiana son consecuencia inevitable de la justificación y una obligación del vivir en santidad, aunque éstas no contribuyen a la justificación (61, 79);
 - “La justificación no es un evento aislado en la vida cristiana sino un aspecto del proceso de la santificación, el ser hechos santos por medio de una relación cada vez más profunda con Cristo en su cuerpo, la Iglesia” (64, citando Honolulu §13). La gracia que santifica es un don habitual o disposición que permite al cristiano crecer en la imagen de Cristo y llevarlo más profundamente a la vida del Dios trino (64-65);
 - por la gracia de Dios, todos en la Iglesia son llamados a la santidad, y tal santidad es personal y social a la vez (68-70; cf. 94);
 - la gracia que santifica lleva al amor perfecto según los cristianos crecen en gracia y se dedican al amor de Dios y del prójimo; porque no hay límite al poder de la gracia de Dios, los católicos afirman que la perfección en el amor es posible antes de la muerte (73-77);
 - la experiencia de la gracia y la santidad está siempre orientada al fortalecimiento de la Iglesia y a reunir todos las cosas en la nueva creación en Cristo; como agente elegido de Dios e instrumento del llamado a la santidad, la Iglesia en la tierra es misionera en su esencia y orientada hacia la transformación del mundo; elementos de gracia y santidad existen más allá de la Iglesia visible, pero están siempre dirigidos hacia la incorporación en Cristo (71-72, cf.10);
- MISSING

184. Los metodistas y los católicos no han alcanzado un pleno acuerdo sobre la gracia de Dios. En cuanto a las posibilidades de alcanzar un estado de amor perfecto en esta vida los metodistas muestran mayor esperanza que los católicos (77). El texto retoma este tema en el capítulo 4 cuando habla del tema del purgatorio. El tema donde la presencia del desacuerdo es más evidente es el las buenas obras y los méritos (80-86). Los católicos y los metodistas afirman que los individuos pueden cooperar libremente con la obra de la

gracia de tal modo que son completamente responsables de sus acciones; pero “la justificación siempre es un don inmerecido de la gracia” (80, citando JDDJ §38). Donde los católicos y los metodistas discrepan es en cuanto a la posibilidad de que el mérito que surge de las buenas obras de los cristianos puede ayudar a la santificación de otros. Para los católicos, los lazos de amor posibilitan un “intercambio admirable” por el cual “la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo causar a los demás” (83, citando CCC §1475). Los metodistas sienten inquietud ante cualquier idea que pueda socavar la suficiencia de la muerte salvadora de Cristo y que arriesga crear un entendimiento mecánico y transaccional de tales obras (84). Se invita a que se haga una reflexión adicional sobre las implicaciones de los lazos de amor entre la comunión de los santos (86).

185. Preguntas para discusión a nivel local o regional:

Los católicos y los metodistas comparten un entendimiento común sobre la gracia como el amor salvador revelado en la persona y obra de Jesucristo y como la obra de Dios en re-crear la humanidad, haciendo posible una nueva manera de vivir en el mundo. En su cultura y región, ¿Qué es lo que dificulta el creer en la gracia de Dios, y qué podemos hacer juntos para dar un testimonio común de lo que Dios está haciendo por nosotros en Cristo y en el Espíritu Santo?

¿Cómo es que nuestro entendimiento común de la gracia de Dios nos ayuda a mirarnos los unos a los otros como hermanos y hermanas en Cristo y a ver nuestras iglesias existiendo en una relación de comunión real pero imperfecta? ¿Cómo nos impulsa esto hacia la meta de la plena comunión en la fe, la misión, y la vida sacramental?

Los católicos y los metodistas confiesan juntos que los fieles pueden depender de la misericordia de Dios y sus promesas, y de la obra de Dios de capacitar, justificar, y santificar por la gracia que mora en nuestras vidas. Conscientes del deseo de Jesús de que sus discípulos sean una sola cosa, ¿cómo es que nuestro entendimiento en común de la gracia y fidelidad de Dios se puede traducir en la adoración en común?

La Declaración conjunta sobre la doctrina de justificación (JDDJ), firmada por la Iglesia Católica y la Federación Mundial Luterana (1999) y afirmada por el Concilio Mundial Metodista (2006) trajo reconciliación a una gran controversia de la Reforma Protestante. ¿Cuáles son los contextos apropiados en su región para estudiar la JDDJ y las implicaciones pastorales de este documento?

Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que la Iglesia en la tierra es misionera por esencia y está orientada hacia la transformación del mundo. ¿Cuáles son las áreas de mayor injusticia en su región? ¿Cómo podemos actuar juntos como artesanos de reconciliación y agentes de justicia?

Reconociendo que existen elementos de la gracia más allá de la Iglesia visible como resultado de la obra del Espíritu Santo, ¿hay maneras en que los católicos y los metodistas puedan fortalecer relaciones y entrar en diálogo con los practicantes de otras tradiciones religiosas?

El retorno al Capítulo Tres: Los santos en la tierra

186. Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que la vida cristiana de santidad involucra el caminar con el Cristo resucitado. La fe, conversión de vida, y membresía en la Iglesia son fundamentales (93-94). Juntos creemos que:

- “los creyentes individuales están unidos a una familia de discípulos; el pertenecer a Cristo significa pertenecer también a la Iglesia que es su cuerpo”; juntos estamos llamados a la santidad como Iglesia (94, citando Nairobi §11);
- las estructuras de la Iglesia deben servir efectivamente tanto a la santidad de sus miembros como a la misión de la Iglesia” (95 citando Seúl §101);
- el Cristo resucitado saca a sus discípulos del temor y la duda a la fe y el gozo, para enviarlos al mundo como testigos; la Iglesia es santa en que comunica con toda seguridad las bendiciones y gracias del misterio pascual de Cristo (100-101);
- la Iglesia capacita al pueblo de Dios para la misión de Dios en y por el mundo; la misión y el servicio son características del llamado a la santidad (100);
- la santidad de la Iglesia es la de un pueblo en el camino del peregrino; está marcada por los pecados de sus miembros y es un lugar de quebrantamiento humano; es un pueblo llamado a perdonar y encarnar el plan de amor de Dios para el mundo quebrantado; la santidad no consiste principalmente en ser exitosos o en ser buenos, sino en estar abiertos ante todo el sufrimiento y la bondad de nuestras vidas a la gracia transformadora de Dios (101; 111);
- las comunidades cristianas son llamadas “familias” de gracia y santidad; la Iglesia posee un sacramental; como signo, instrumento, y visión anticipada del reino de Dios, está llena de gracia y sirve de instrumento para otorgar la gracia (100, 102-103);

- la economía de la salvación tiene un carácter sacramental; las liturgias y prácticas cultuales, y especialmente los sacramentos y la predicación, son maneras eclesiales públicas de nutrir el vivir en santidad en el mundo (105);
- el bautismo es una gracia sacramental que acompaña al cristiano en su caminar a lo largo de su vida, que nos sumerge en el misterio pascual, y nos consagra en la obra santa de la misión de Dios (106);
- la continua participación en la eucaristía renueva a los fieles para la misión y el vivir en santidad, transforma a los discípulos más y más en la semejanza con Cristo; al partir el pan, Cristo está verdaderamente presente y los que lo reciben son enviados al mundo a portar un nuevo testimonio de él (107);
- los dos ritos principales de vocación para adultos—el matrimonio y el presbiterado—dan gracia al individuo o la pareja para que la comunidad en general pueda crecer en gracia; no hay jerarquía en cuanto a los diversos estados de la vida cristiana, y todos pueden servir de caminos y expresiones de santidad; la vida en comunidad y las formas de vida consagrada emergentes siguen siendo descubiertas y vividas con integridad a medida que los cristianos discernen piadosamente cómo Dios los llama para que respondan al evangelio y a las necesidades del mundo (109-110);
- la Iglesia es llamada a ser una comunidad solidaria con los necesitados, y solidaria especialmente con aquellos cuyo pecado, enfermedad, y marginación los deja necesitados de profunda compasión, acompañamiento, y de ser vendados de sus heridas (111);
- los ritos de auto-examinación, arrepentimiento, y reconciliación deben ser prácticas centrales del pueblo peregrino (113);
- el cuidado de los enfermos es un aspecto intrínseco del vivir en santidad, y la misma enfermedad puede ser transformada por la gracia en una forma especial de vivir en santidad y servicio (114);
- la lectura y estudio de las escrituras tanto en ambientes personales como comunitarios es un medio de gracia privilegiado para nutrir el crecimiento en santidad; la lectura y estudio de las escrituras en conjunto (ecuménicamente) es una fuente de gracia (116-117);
- la búsqueda de la santidad es fortalecida por disposiciones básicas y hábitos que dan forma a los afectos; estas virtudes o “temperamentos santos” orientan a la persona en su totalidad a

- lo que es bueno y de tal modo forman las acciones y decisiones de la persona (118-119);
- la vida cristiana de santidad se caracteriza por la proclamación gozosa del Cristo resucitado, y por el dar razón de la esperanza que está en nosotros; el testimonio del evangelio requiere una inserción profunda en la complejidad del mundo y de las culturas en las cuales vivimos (120);
 - nosotros testificamos no solamente por nuestras palabras, sino sobre todo por el vivir en santidad; éste se caracteriza por la fidelidad personal y el compromiso activo con el mundo en servicio al reino de Dios; el vivir en santidad se expresa socialmente en la búsqueda de la justicia y en actos de misericordia que encarnan la compasión y amor de Dios por el mundo (120-121);
 - la santidad se promueve por medio de oraciones privadas y familiares; el canto de canciones e himnos cristianos; peregrinaciones a lugares santos y santuarios; días de reposo y retiros espirituales; ayunos y limosnas (122);
 - el morir en santidad es parte del vivir en santidad; los santos en la tierra testifican el evangelio por la manera en que mueren; el paso de esta vida a la muerte es un lugar verdaderamente humano donde la gracia se encuentra aún en el sufrimiento y el dolor; al ayudar y honrar a los que mueren y a sus seres queridos, y al presentar una visión del final de la vida como un lugar de amor, paciencia, cuidado y esperanza, los católicos y los metodistas pueden impugnar algunas perspectivas seculares sobre el fin de la vida y la misma muerte (132-135).

187. Hay también diferencias en el vivir santo que reflejan desacuerdos teológicos subyacentes entre los metodistas y los católicos que frecuentemente tienen su origen en las disputas de la Reforma Protestante. En particular, hay diferencias sobre el número de sacramentos, aunque los metodistas sí entienden el carácter sacramental de lo que los católicos identifican como los siete sacramentos (107-114). Hay otras áreas de divergencia en cuanto al vivir en santidad:

- los católicos enfatizan que la Iglesia, como realidad escatológica presente en el mundo, no tiene pecado, aunque los miembros individuales sean pecadores. Los metodistas hablan de la santidad de la Iglesia pero entienden la correlación entre la Iglesia visible y la invisible en términos teológicos menos precisos que los católicos, y se sienten incómodos en hablar de la Iglesia como libre de pecados (97-99);

- mientras que los metodistas y los católicos reconocen el rol único de María como la Madre de Jesús y la portadora de Dios, y la ven como un ejemplo santo, discípula, y abogada de los pobres, los metodistas tiene serias preguntas sobre las devociones marianas en la Iglesia Católico Romana; éstas incluyen la oración del rosario y los peregrinajes a lugares de apariciones marianas, y preguntarían si la centralidad de la persona y obra de Jesucristo corre el riesgo de ser ofuscada (127);
- la práctica católica de la veneración de las reliquias preocupa a los metodistas debido al riesgo de que caiga en idolatría. Los católicos y los metodistas están de acuerdo de que la devoción popular a las reliquias debe ser objeto de discernimiento para que no se convierta en una distracción del culto exclusivo de Dios (130-131);
- otras prácticas devocionales que conciernen los santos, la adoración eucarística, el uso y veneración de imágenes, y la bendición de objetos inanimados, causan en los metodistas la inquietud y preocupación de que el evangelio esté en peligro de ser ocultado por la superstición (123).

188. Preguntas para discusión local o regional:

Los metodistas y los católicos están de acuerdo en que el pertenecer a Cristo significa pertenecer a la Iglesia y de que somos llamados a ser santos juntos. Durante las rondas recientes de diálogo hemos dado grandes pasos hacia un entendimiento común de la Iglesia. Sin embargo los textos de nuestros diálogos apenas han comenzado a cumplir su potencial de transformar nuestras relaciones; nuestras relaciones no pueden ser edificadas y fortalecidas por meros documentos. Identifique algunos contextos en su región donde los católicos y los metodistas puedan encontrarse mutuamente para forjar amistades ecuménicas y discernir maneras de crecer juntos en comunión y misión.

¿Cómo podemos admitir más explícitamente el reconocimiento de nuestros bautismos y nuestro entendimiento común de que el bautismo es una gracia sacramental que acompaña el caminar cristiano a lo largo de su vida, sumergiéndonos en el misterio pascual y llamándonos a compartir la misión de Cristo? Dado a que se necesita un diálogo adicional entre los metodistas y los católicos, antes de que los metodistas y los católicos puedan compartir plenamente las mutuas celebraciones eucarísticas, no obstante su gran acuerdo sobre la Santa Cena, ¿cuáles son algunas formas en que podemos orar y dar gracias a Dios juntos?

¿Qué pueden aprender los metodistas y los católicos los unos de los otros sobre como fomentar y anima todos los tipos de vocación cristiana, inclusive el matrimonio y la vida soltera, el ministerio y la vida consagrada? ¿Hay nuevas formas de vida en comunidad, incluyendo las de carácter ecuménico, emergiendo entre las comunidades cristianas de su región?

En lugares donde los metodistas y los católicos son vecinos, experimentan el desafío común de testificar al evangelio involucrándose en la complejidad del mundo y las culturas donde viven. ¿De qué maneras podemos trabajar juntos para dar razón de la esperanza que mora en nosotros (1 Pe 3:15)?

En muchas partes del mundo la eutanasia y el suicidio asistido son permitidos o su legalidad está siendo debatida públicamente. Los católicos y los metodistas testifican juntos al morir en santidad como una parte integral del vivir en santidad, y vemos el fin de la vida como un tiempo de gracia en medio del sufrimiento y la pérdida. ¿Existen en su región formas en que usted pueda trabajar en comunión para mantener la dignidad de la vida humana, proteger la libertad de conciencia de las personas que trabajan en el cuidado de la salud, y edificar las estructuras sociales para cuidar bien y compasivamente de las personas que están muriendo?

Como este capítulo explica, nosotros mantenemos algunas prácticas devocionales en común y discrepanos en otras. Anime las conversaciones entre las congregaciones metodistas y católicas vecinas sobre sus prácticas devocionales, asegurándose de compartir las maneras comunes y diferentes en que buscamos la santidad. Anime a los participantes a escucharse respetuosamente el uno al otro, abiertos a la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos, pero también a hacer preguntas difíciles mediante las cuales podamos aprender.

El retorno al Capítulo Cuatro: Los santos en el cielo

189. Los metodistas y los católicos reconocen por igual que las palabras, conceptos, e imágenes son incapaces de expresar el misterio del amor de Dios y la vida más allá de la muerte (137), pero la riqueza de la revelación de Dios en las escrituras nos permite profesar juntos:

- la conquista de Jesucristo sobre el pecado y la muerte y su promesa de vida eterna proveen un manantial de esperanza para los seres humanos, quienes encuentran la muerte como el límite extremo de la experiencia humana (144);
- la esperanza de la resurrección nos lleva a esperar el día cuando “Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las

primeras cosas han dejado de existir” y todas las cosas serán hechas nuevas (165, citando Ap 21:4-5). Los católicos y los metodistas comparten esta esperanza en común y la responsabilidad de mantener viva la promesa de la vida eterna en los corazones de los creyentes para evangelizar el mundo (166);

- los credos ecuménicos que afirman la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo, y la vida perdurable (141);
- el ser llamados a amar a Dios y el uno al otro en relaciones que comienzan en esta vida pero se extienden más allá de la muerte cuando el conocimiento y el amor sean perfeccionados (139). La comunión entre los santos en el cielo y los santos en la tierra es como la de una familia donde los lazos de amor perduran entre los vivos y los muertos (143);
- dentro de la comunión de los santos, nosotros reconocemos la presencia ejemplar de la gracia divina en personas específicas cuyas palabras y vivir en santidad—aun hasta el punto de derramar su sangre por Jesús—testifican la acción transformadora del Espíritu; su testimonio puede inspirar los santos en la tierra (142); algunos, como los apóstoles y los mártires de la Iglesia primitiva, son nombrados públicamente y venerados como santos; los santos en el cielos son los amigos invisibles de los santos en la tierra y los animan a que continúen en su peregrinaje terrenal (156);
- Dios desea la salvación de todas las personas; también creemos que la salvación se alcanza solamente por medio de Jesucristo. La esperanza para los que no llegan a una fe explícita y salvadora en Jesucristo radica en Dios quien es justo y misericordioso (147). Nosotros podemos encomendar a la misericordia de Dios a los infantes y a otros que mueren sin haber recibido el sacramento del bautismo, creyendo que ellos también comparten la promesa de la vida eterna (148);
- el poder creativo de Dios re-unirá al cuerpo y al alma en la resurrección general según el patrón de Jesucristo (146); como Cristo asumió todo lo que es humano, todo lo que es humano será redimido (166);
- Cristo “vendrá otra vez a juzgar a vivos y muertos”; en el Día del Juicio, cada persona deberá presentarse ante la presencia de la santidad de Dios y el relato entero de su vida será expuesto (149). La misericordia de Dios es infinita; una parte de la misericordia es el don de la libertad humana, inclusive la libertad de aceptar o rechazar el gratuito don de la salvación y el llamado a la santidad (149, 151); mientras que los seres humanos pueden decidir cortar su relación con Dios, los

católicos y los metodistas consideran como algo apropiado mantener la esperanza de que nadie sea condenado eternamente (151);

- nosotros esperamos el regreso del Señor; su venida llevará la historia de la salvación a su cierre; la misión y el ministerio de la Iglesia serán finalmente satisfechos cuando todas las cosas sean restauradas en Cristo por el poder del Espíritu Santo (167).

190. De esta profesión en común los católicos y los metodistas derivan ciertas prácticas que mantienen en común:

- ritos para los que están muriendo y para los difuntos que ofrecen consolación a los que lloran y proclaman la esperanza de la resurrección, incluyendo oraciones con los afligidos, frecuentemente en presencia del difunto; lectura de las escrituras; el canto de himnos cristianos; el encomendar al difunto a la misericordia de Dios; un velorio o vigilia; un funeral o misa; y un entierro o una cremación seguida por la distribución reverente de las cenizas (145).

191. Los metodistas y los católicos no han alcanzado aún un pleno acuerdo sobre la transición del cristiano de la muerte a la vida eterna, ni sobre la relación entre los santos en la tierra y los santos en el cielo. Las divergencias principales incluyen:

- la doctrina del purgatorio. Cuando una persona muere sin estar preparada todavía para ver el rostro de Dios, la doctrina católica del purgatorio describe un proceso de purificación después de la muerte; en este estado intermedio el difunto es purificado de sus pecados y es perfeccionado en santidad por medio del efecto purificador de la gracia de Dios. Los reformadores protestantes rechazaron la doctrina del purgatorio, y los metodistas se han mantenido reservados en sus enseñanzas sobre esta transición. Los metodistas y los católicos concuerdan en que el juicio particular de Dios al momento de la muerte determina el destino final de la persona y en que la transición de la vida terrenal a la celestial depende de la acción misericordiosa de Dios; esto provee el fundamento para diálogos adicionales;
- la oración por los difuntos. Los católicos creen que el intercambio espiritual de la oración y sus efectos es posible entre todos los miembros del cuerpo de Cristo. Por tanto, los católicos continúan orando por los que aún están siendo purificados después de la muerte y al hacer esto invocan la intercesión de los santos en el cielo. Aunque hay indicaciones

- de que los metodistas están cada vez más abiertos a la práctica de la oración por los difuntos, ésta permanece como un tema para conversación adicional (154-155);
- la intercesión de los santos. Íntimamente ligados al punto anterior, los católicos también ven a los santos en el cielo como intercesores por ellos y por los que aún viven, siempre conscientes de que Jesús es el único mediador entre Dios y la humanidad. Los metodistas reconocen la misteriosa solidaridad entre los santos en el cielo y los santos en la tierra, pero en general han resistido a la invocación de los santos para que la unicidad absoluta de Cristo como único mediador no sea desvirtuada (157-158);
 - el dogma católico de la Asunción de María y la intercesión de María. Los católicos creen que María, al final de su vida terrenal, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial. Los metodistas pueden afirmar la intención principal del dogma, el dar testimonio al obra salvífica de Dios en Cristo y a la consumación final del vivir en santidad, pero no encuentren ningún fundamento bíblico para el dogma (160-163). Los católicos y los metodistas continúan discrepando en cuanto a la manera en que cada cual entiende las implicaciones espirituales y pastorales que el rol único de María en la comunión de los santos tiene para los santos en la tierra. Sería beneficioso que los metodistas y los católicos continuaran haciendo preguntas uno al otro en cuanto al María como signo de gracia y santidad (164-165).

192. Preguntas para discusión local o regional:

La esperanza cristiana está arraigada en definitiva en la muerte y resurrección de Jesús; su victoria sobre el pecado y resurrección de los lazos de la muerte son las buenas nuevas al centro de nuestro testimonio. ¿Cómo pueden los metodistas y los católicos unirse con otros cristianos para proclamar la nueva vida—la promesa de la vida eterna—que nos es dada en Cristo?

Los católicos y los metodistas concuerdan en que hay lazos de amor que existen entre los vivos y los difuntos, y en que hay una comunión real entre los santos en la tierra y los santos en el cielo; los de arriba nos inspiran en nuestra peregrinación terrenal. Nosotros no estamos en pleno acuerdo en cuanto a la oración por los difuntos, la intercesión de los santos, y el rol de María en la vida de los creyentes. Considere maneras en que los católicos y los metodistas puedan compartir historias y reflexiones sobre la relación entre los santos en el cielo y los santos en la tierra. También

considere maneras en que nos podamos reunir para orar juntos por los que han muerto antes que nosotros.

Los metodistas y los católicos mantienen que Dios desea la salvación de todas las gentes, y de que la salvación es en Cristo quien confió a los cristianos el llamado a compartir el evangelio hasta los confines de la tierra. De igual modo, ambos creemos y esperamos que Dios, siempre rico en misericordia, puede ofrecer salvación a los no bautizados y los no creyentes. Los católicos y los metodistas en su región, ¿están involucrados juntos en un diálogo interreligioso? Y si no, ¿qué los capacitaría para esto?

Los metodistas y los católicos admiten prontamente que las palabras, conceptos, e imágenes no pueden captar adecuadamente o comunicar el misterio del amor de Dios y de la vida más allá de la tumba. Independientemente de la manera en que imaginemos esto, ambos creemos que compareceremos ante el trono judicial de Dios, y que dependemos totalmente de la gran misericordia de Dios. Invite a algunos pastores a compartir cómo mantienen la unidad entre la misericordia de Dios y la justicia de Dios en su enseñanza y predicación.

La doctrina del purgatorio ha sido un fuerte punto de desacuerdo entre los católicos y los protestantes desde el tiempo de la Reforma Protestante, pero existen señales de que nuestras diferencias en este tema no son tan grandes como lo fueron en el pasado. Cuando usted dialogue sobre el purgatorio y la transición de la muerte a la vida eterna, trate de no permitir que las diferencias conduzcan la conversación a un callejón sin salida, sino considere estas diferencias como el tema de diálogo adicional y esté listo para continuar la conversación.

En todas estas preguntas y reflexiones, regrese con frecuencia a la relación entre la santidad y la unidad, y anime a la gente de ambas comuniones a hacer conexiones entre la búsqueda de la santidad y el dar pasos prácticos hacia la reconciliación entre nosotros.

EFESIOS 1:1-10 (NVI)

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia y paz. Bendiciones espirituales en Cristo. Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado. En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento. Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad conforme al buen propósito que de antemano estableció en Cristo, para llevarlo a cabo cuando se cumpliera el tiempo: reunir en él todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra.

En la sección inicial de la Epístola a los Efesios, San Pablo reflexiona sobre los temas de la gracia y la santidad en relación a la amplia extensión de la historia de la salvación. Por la gracia, Dios ha hecho posible el que la humanidad alcance la salvación. Desde la fundación del mundo, Dios ha elegido un pueblo, en Cristo, para ser “santos y sin manchas ante él, en amor”, un estado que solamente es posible por la redención por medio de la muerte expiatoria de Cristo para el perdón de los pecados.

La redención lograda por Cristo es la fuente de bendiciones abundantes. En respuesta, Dios merece ser bendecido porque él nos ha bendecido tan ricamente “en las regiones celestiales”. La bendición del tiempo venidero nos ha sido otorgada en Cristo, quien reina a la derecha de Dios. Unido con Cristo, su pueblo electo ya participa en la esperanza venidera.

Decir que la elección en Cristo tuvo lugar antes de la fundación del mundo enfatiza que esto no fue una mera contingencia histórica o mérito humano sino solamente fue gracia soberana de Dios. El punto de referencia de esta elección no es individual sino comunitario: Dios escogió eternamente un pueblo en Cristo (es decir, la Iglesia), para ser

santos y sin manchas ante él tras el juicio final y de tal modo entrar en las plenas bendiciones del tiempo venidero.

La elección es descrita en un lenguaje de familia como la adopción por parte de Dios de hijos e hijas por medio de Jesucristo. San Pablo utiliza terminología de la ley greco-romana, donde la adopción confiere el estado de heredero a los que no lo fueron por nacimiento, para describir la nueva relación privilegiada de los que ahora gozan con Dios en Cristo. Bajo la voluntad de Dios que escoge libremente, los que están en Cristo son adoptados a la familia de Dios para gozar de una comunión íntima como hijos y herederos.

La redención en Cristo es posible por la gracia de Dios, la cual es “gloriosa” y concedida gratuitamente. Estos términos evocan abundancia y exuberancia, aunque las palabras no bastan para describir las riquezas inagotables de la gracia de Dios. Esta gracia, no solamente posibilita la redención, sino que también suple el conocimiento espiritual y sabiduría necesaria para mantener y profundizar el vivir en santidad.

El “misterio” de la voluntad operativa y salvífica de Dios fue revelado en la vida y ministerio, muerte y resurrección-glorificación de Jesucristo. San Pablo afirma que la elección de Dios es ilimitada en su alcance, pues es la intención de Dios en la plenitud de los tiempos “reunir en él todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra”.

APÉNDICE

Recursos para la oración y meditación

Oraciones de auto-entrega

La oración de San Anselmo

Señor Jesucristo; déjame buscarte deseándote,
Y desearte buscándote;
Encontrarte, amándote;
Y amarte en encontrarte.
Yo confieso, Señor, con gratitud,
Que tú me has hecho en tu imagen
Para poder recordarte, pensar en ti, y amarte.
Pero esa imagen está tan desgastada y manchada por mis culpas,
Y entenebrecida por el humo del pecado,
Que no puede hacer aquello para lo cual fue hecha,
A no ser que tú la renueves y rehagas.
Señor, no estoy tratando de escalar a tu altura,
Pues mi entendimiento no está a medida para esto,
Pero sí deseo entender un poco de tu verdad
La cual mi corazón ya cree y ama.
Yo no busco entender para creer,
Sino creer para poder entender;
Y es más,
Yo creo, que si no creo, no entenderé.

La oración del pacto wesleyana

Ya no me pertenezco a mí, sino que te pertenezco a ti. Haz conmigo lo que tú quieras; cuéntame con aquellos que tú quieras. Hazme trabajar o hazme padecer. Utilízame o deséchame. Exáltame o humíllame. Cólcame de bendiciones o envíame vacío. Permíteme tener de todo o niégamelo todo. He aquí que, libremente y de corazón, renuncio a todo para entregarme absolutamente a ti y a tu servicio. Y ahora, oh Dios glorioso y bendito, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: tú eres mío y yo soy

tuyo. Que así sea. Y que el pacto que yo he hecho aquí en la tierra sea ratificado en el cielo. Amén.³³

Suscipe de Ignacio de Loyola

Toma, Señor, y recibe toda mi libertad; mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mí poseer. Tú me lo diste y a ti lo regreso. Todo es tuyo; dispón tú de ello según tu voluntad. Dame tu amor y gracia que éstas me bastan.

Un himno de Carlos Wesley

Tú ante quien todos los corazones son conocidos,
Atiende mi súplica,
Escucha en mí el gemir de tu Espíritu
Por la pureza divina
Languideciendo por ser removido,
Yo espero tu imagen recuperar;
Lléname, Jesús, con tu amor,
Y recíbeme en ti.

Destituido de santidad,
Yo no soy como mi Señor,
No estoy listo para poseer
La inmensa recompensa de los santos;
No, mi Dios yo no puedo ver,
A no ser que de aquí yo parta.
Implántate tú en mí
Y hazme puro de corazón.

Compañero de tu naturaleza,
Y en tu imagen hallado,
Salvador, llámame a reinar
Con vida inmortal coronado;
Con tu gloriosa presencia bendecido,
Para en mudos éxtasis contemplar,
Envuelto en tu regazo descansar,
Y alabanza eterna respirar³⁴.

³³ MWB, p. 290.

³⁴ Citado de ST Kimbrough, Jr. and Oliver A. Beckerlegge, eds., *The Unpublished Poetry of Charles Wesley*, vol. 3 (Nashville: Kingswood, 1992), pp. 367-68.

Oraciones de gratitud por los que han sido salvos y oraciones del deseo de imitar a Cristo

Una oración de Susana Wesley

Yo te doy gracias, oh Dios, por las abundantes razones que tengo para adorar, alabar, y magnificar tu bondad y amor en enviar tu Hijo al mundo para morir por pecadores. ¡Cuánta razón tengo para alabar, adorar, y amar al Salvador quien sufrió tanto por redimirme! ¡Cuántos sentimientos de gratitud debería concebir por tal infinita generosidad a las almas! Ayúdame a tomar mi cruz alegremente y gozosamente por aquel quien sufrió la muerte en la cruz por mí. Capacítame para alabar y adorar al bendito Espíritu que santifica e ilumina la mente, que coopera con los medios de gracia, que consiente a visitar, ayudar, y refrescar mi alma por medio de sus poderosas influencias. ¡Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, los coautores de mi salvación! Amén.³⁵

Una oración de Carlos María Martini, SJ

Nosotros te alabamos y te damos gracias Señor Jesucristo, por estar presente entre nosotros y en nosotros. En nosotros tú alabas al Padre con la voz del Espíritu quien tú nos has dado. Señor, que esta voz del Espíritu se levante en nosotros cuando escuchamos las palabras de la escritura en una manera digna y adecuada, apropiada al significado del texto y en armonía con lo que es revelado a nosotros. Prepáranos para corresponder a la enseñanza y ejemplo propuesto a nosotros, pues tú eres Dios y vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Una oración de María Ward

O padre de los padres, y amigo de los amigos, sin haberte implorado me recibiste en tu cuidado y poco a poco me alejaste de todas las otras cosas para que al final pueda ver y depositar mi amor en ti. ¿Qué hice que pudiera complacerte? ¿O qué había en mí para yo poder servirte? Jamás podría yo merecer ser escogido por ti. Oh libertad felizmente comenzada, el inicio de todo mi bien, y más valiosa para mí que todo el resto del mundo. Aunque yo nunca hubiera resistido tu voluntad u obrar en mí, ¿cuál grado de gracia gozaría ahora? Sin embargo, ¿dónde estoy ahora? Mi Jesús, perdóname, recuerda lo que has hecho por mí y hasta dónde me has llevado, y por este exceso de bondad y amor que nunca más resista yo tu voluntad en mí.

³⁵ W. L. Doughty, ed., *The Prayers of Susannah Wesley* (London: Epworth, 1956), p. 37.

Un himno de Carlos Wesley

¡Cuán feliz todo hijo de la gracia
Que conoce que sus pecados son perdonados!
Esta tierra, dicen, no es mi lugar,
Yo busco mi lugar en el cielo:
Un país más allá de la visión mortal;
Sin embargo, Oh! Por fe veo
La tierra del reposo, el gozo de los santos,
El cielo preparado para mí.

Un extranjero en el mundo inferior,
Yo tranquilamente habito aquí,
Y no puede su felicidad o dolor
Provocarme esperanza o temor.
Sus males en un instante terminan,
Sus gozos pronto pasan.
Mas, Oh, la felicidad hacia la cual tiendo
Eternamente durará.

A la Jerusalén de arriba
Con canto yo voy,
Mientras que en la carne estoy, mi esperanza y amor,
Mi corazón y mi alma allá están.
Allá mi Salvador exaltado presente está,
Mi misericordioso sacerdote supremo,
Y todavía extiende sus manos heridas
Para tomarme en su regazo.³⁶

Oraciones por los santos en la tierra

Oración tradicional al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía, Señor, tu Espíritu creador. Que renueve la faz de la tierra. Oh Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

³⁶ Charles Wesley, *Funeral Hymns* (London: Strahan, 1759), no. 2, ss 1-3.

Oración de John Henry Newman—Nuestro lugar en la Familia de Dios

Dios me ha creado para un servicio concreto. Me ha encomendado una labor que no le ha encomendado a otro. Tengo mi misión. Quizás no la conozca en esta vida, pero me será revelada en la futura. Soy un eslabón en la cadena, una ligadura entre las personas. No me ha creado en vano. Yo haré el bien; haré su obra. Sin pretenderlo, seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, si tan solo guardo sus mandamientos.

Por tanto, yo confiaré en él, sea quien sea, jamás seré desecharo. Si estoy enfermo, mi enfermedad le puede servir; si perplejo, mi perplejidad le puede servir. Si estoy triste, mi tristeza le puede servir. Él no hace nada en vano. Él sabe lo que hace. Puede ser que me quite mis amigos. Puede ser que me arroje entre extraños. Puede ser que me haga sentir desolado, que me desanimé, que me oculte el futuro. Aun así, él sabe lo que hace.

Oración de la *Didajé* para la unidad cristiana

Te damos gracias, nuestro Padre,
Por la vida y la ciencia que nos enseñaste por Jesús, tu Hijo y Siervo.
A ti la gloria en los siglos.
Como este pan fue repartido sobre los montes, y, recogido, se hizo uno,
Así sea recogida tu Iglesia desde los límites de la tierra en tu reino
Porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, en los siglos.

Un himno de Carlos Wesley

Cristo, de quien fluyen todas las bendiciones,
Perfeccionando a los santos abajo,
Escúchanos a quienes compartimos tu naturaleza,
A quienes somos tu cuerpo místico.
Únenos. En un mismo espíritu únenos.
Que todavía recibamos de ti.
Todavía más a ti invoquemos,
A ti, que llenas todo en todo.

Más ligados a ti nuestra cabeza,
Nútrenos, oh Cristo, y aliméntanos,
Que diario crecimiento recibamos,
Más y más en Jesús vivamos.
Jesús! Nosotros somos tus miembros,
Valóranos con el más tierno cuidado,
De tu carne, y de tu hueso;
Amor, ama siempre a los tuyos.

Mueve y activa y guía,

Divide los dones diversos a cada uno;
Ubicados según tu voluntad,
Nunca de nuestro puesto te apartes,
Muéstrate como necesario a los demás,
Usa la gracia a cada uno otorgada,
Templada por el arte de Dios.

Dulcemente ahora acordamos,
Tocados por la más suave simpatía,
Bondadosamente nos cuidamos el uno al otro;
Cada miembro siente su parte;
Heridos por el dolor de uno;
Todos los miembros sufrientes gimen;
Enaltecidos si un miembro lo es
Todos participan de la felicidad común.

Muchos ahora son, y uno,
Nosotros que de Cristo nos hemos vestido.
No hay ni esclavo ni libre,
Hombre ni mujer, Señor, en ti.
El amor, como la muerte, todo ha destruido,
Rebajado a nada todas las distinciones:
Nombres, y sectas, y partidos también caen;
¡Tú, oh Cristo, eres TODO en TODO!³⁷

Oraciones sobre los santos en el cielo

Oración de San Ambrosio en la hora de muerte

Llévame, Cristo, en tu cruz, la cual es la salvación del errante, reposo del cansado, y en la cual solamente está la vida para los que mueren.

Oración para los que están muriendo (*Proficiscere*)

Parte por tu camino, alma cristiana,
en el nombre del Padre quien te creó;
en el nombre del Hijo quien por ti sufrió;
en el nombre de Espíritu Santo quien te fortalece;
en la comunión con los santos benditos,
con ángeles y arcángeles y con toda la hueste celestial.
Que descanses en paz.
Y que la Ciudad de Dios sea tu morada eterna. Amén.³⁸

³⁷ "The Communion of Saints, Part IV", John Wesley and Charles Wesley, *Hymns and Sacred Poems* (London: [Strahan], 1740).

³⁸ MWB, p. 431.

Oración de gratitud por los fieles que han partido

Padre eterno, Dios de los vivos y no de los muertos, te damos gracias y alabanza por los fieles de todas las generaciones quienes te sirvieron en piedad y amor y están ahora contigo en gloria. Nosotros te damos gracias por los que han enriquecido el mundo en verdad y belleza, por los sabios y buenos de toda tierra y era. Enseñanos a seguirles como siguieron a Cristo, para que al fin nosotros recibamos con ellos el premio de la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.³⁹

Un himno de Carlos Wesley

Felices las almas unidas a Jesús,
Y salvas solo por la gracia,
Caminando en todos tus caminos encontramos
Nuestro cielo en la tierra comenzado.

La iglesia triunfante en tu amor
Sus grandes gozos conocemos,
Ellos cantan himnos arriba al cordero,
Y nosotros en himnos abajo.

A ti en tu glorioso reino ellos alaban,
Y ante tu trono se postran,
Nosotros en el reino de tu gracia,
Los reinos son solamente uno.

Lo santo al santísimo conduce,
Desde allí nuestros espíritus se elevan,
Y aquel quien en tus estatutos camina,
Te encontrará en los cielos.⁴⁰

Oraciones para la misión

Oración por la tierra de *Laudato Si'* del Papa Francisco

Dios omnipotente, que estás presente en todo el universo
Y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
Derrama en nosotros la fuerza de tu amor
Para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas
Sin dañar a nadie.

³⁹ *Uniting in Worship 2* (Sydney: Assembly of the Uniting Church in Australia, 2000), p. 304.

⁴⁰ John Wesley and Charles Wesley, *Hymns on the Lord's Supper* (Bristol: Farley, 1745), no. 96

Dios de los pobres,
Ayúdanos a rescatar a los abandonados y olvidados de esta tierra
Que tanto valen a tus ojos.
Sana nuestras vidas,
Para que seamos protectores del mundo y no depredadores,
Para que sembremos hermosura y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
De los que buscan sólo beneficios
A costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
A contemplar admirados,
A reconocer que estamos profundamente unidos
Con todas las criaturas
En nuestro camino hacia tu luz infinita.
Gracias porque estás con nosotros todos los días.
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
Por la justicia, el amor y la paz.

ABREVIACIONES

BDUMC	<i>The Book of Discipline of The United Methodist Church.</i> Nashville: The United Methodist Publishing House, 2012.
BDUMC/ART	Articles of Religion of the Methodist Church (1808), §104, pp. 63-70.
BDUMC/CON	Confession of Faith of the Evangelical United Brethren Church (1963), §104, pp. 70-75.
CCC	<i>Catechism of the Catholic Church</i> : Second edition. 1997.
CLP	The Methodist Church in Britain. <i>Called to Love and Praise</i> . 1999.
CPM	The Methodist Church in Britain. <i>A Catechism for the Use of the People called Methodists</i> , Rev. ed. 2000.
ENNT	John Wesley. <i>Explanatory Notes on the New Testament</i> .
GUG	<i>Grace Upon Grace: The Mission Statement of the United Methodist Church</i> . Nashville, Tenn.: Graded Press, 1990.
HEFG	Heaven and Earth are Full of Your Glory: A United Methodist and Roman Catholic Statement on the Eucharist and Ecology. 2012.
JCS	English Roman Catholic–Methodist Committee. “Justification – A Consensus Statement”. 1991; en <i>One in Christ</i> 28 (1992): 87-91.
JDDJ	Lutheran World Federation and the Catholic Church. <i>Joint Declaration on the Doctrine of Justification</i> . 1999.
LG	<i>Lumen Gentium</i> (Dogmatic Constitution on the Church). 1964.
MAJDDJ	The World Methodist Council <i>Statement of Association with the Joint Declaration on the Doctrine of Justification</i> . 2006.
MML	British Methodist/Roman Catholic Committee. <i>Mary, Mother of the Lord: Sign of Grace, Faith and Holiness. Towards a Shared Understanding</i> . London: CTS Publications and Peterborough: Methodist Publishing House, 1995.
MSB	<i>The Methodist Service Book</i> . London: Methodist Publishing House, 1975.

MWB	<i>The Methodist Worship Book</i> . Peterborough: Methodist Publishing House, 1999.
PL	<i>Migne, Patrologia latina</i>
RM	<i>Roman Missal: Third edition</i> . 2002.
RVM	<i>Rosarium Virginis Mariae</i> . 2002.
SC	<i>Sacrosanctum Concilium</i> (Constitution on the Liturgy). 1963.
UMBW	<i>The United Methodist Book of Worship</i> . Nashville, Tenn.: The United Methodist Publishing House, 1992.
UR	<i>Unitatis Redintegratio</i> (Decreto sobre el Ecumenismo). 1964.
WJW	<i>The Works of John Wesley</i> , various volumes and editors (Oxford: Clarendon Press, 1975-1983; Nashville: Abingdon Press, 1984-).
Brighton	<i>Speaking the Truth in Love: Teaching Authority among Catholics and Methodists</i> , 2001.
Denver	<i>The Denver Report</i> , 1971.
Dublín	<i>The Dublin Report</i> , 1976.
Durban	<i>Encountering Christ the Saviour: Church and Sacraments</i> , 2011.
Honolulu	<i>The Honolulu Report</i> , 1981.
Nairobi	<i>Towards a Statement on the Church</i> , 1986.
Río	<i>The Word of Life: A Statement on Revelation and Faith</i> , 1996.
Seúl	<i>The Grace Given You in Christ: Catholics and Methodists Reflect Further on the Church</i> , 2006.
Singapur	<i>The Apostolic Tradition</i> , 1991.

Traducciones al español de los documentos católico romanos se encuentran en www.vatican.va.

Notas sobre las Citas Bíblicas

Todas las citas bíblicas vienen de la Nueva Versión Internacional.